

AÑO II.

Madrid, 1.º de Julio de 1877.

NÚM. 15.

DIRECTOR:
EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

REDACCION:
San Pedro, 1, segundo.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORO.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4.50 »
Tres.....	2.50 »

ADMINISTRACION:

CARRETAS, 12, PRINCIPAL, MADRID,

á donde se dirigirán los pedidos
de suscripciones.

SUMARIO.

Division de la propiedad rústica, por D. José Navarrete. — La Verja del parque. — El Campo en Asturias, por D. Alejandro Pidal y Mon. — La Caza de conejos, por D. Adolfo Derqui y Campos. — Valencia, por D. Roman J. Brusola. — La Fresa, por D. Felipe Benicio Navarro. — Árboles frutales en tiestos, por C. T. — La Langosta y una Revista argentina. — Lansquenet, por J. G. T. — Correspondencias. — Noticias generales. — Noticias de la sociedad. — Floricultura. — Tiro de pichon de Madrid. De Lisboa. — Mercado de Madrid. — Figuras geométricas de palabras. — Cuadrados de palabras. — Anuncios.

DIVISION DE LA PROPIEDAD RÚSTICA.

Nadie puede negar cuánta razon y cuánta justicia entraña el principio de que cada uno debe recoger el fruto de sus obras. Esto es incontrovertible, así en el orden moral como en el material. Si Dante hubiera escrito á sueldo la *Divina Comedia*, para que un extraño recogiera despues el lauro y la utilidad, seguramente no figuraria el poema entre los grandes monumentos literarios del mundo; sin la espuela de la esperanza de honra y de provecho, no hay progreso imaginable, porque no hay trabajo posible; y lo que respecto á una obra de arte digo, aplicarse puede á los talleres de la industria y al gran taller de la naturaleza: el campo.

Ciñéndonos, pues, á los trabajos agrícolas, y considerando el asunto, no en el terreno de lo posible, no en el terreno de lo que continuará inalterable por más tiempo del que dure la vida de los nietos de los actuales propietarios y de los actuales obreros, sino en la esfera del raciocinio, en la esfera de la filosofía, entre el jornal y la participacion, es indudable que la segunda es más beneficiosa para el obrero y para la tierra: el salario merma el estímulo y crea el holgazán: el hombre que tiene el pan asegurado en una tarea, emplea en darle cima el menor esfuerzo posible. Yo procuro no hacerme ilusiones nunca respecto al mundo en que vivo, y creo que hoy en este mundo, tal como es, al obrero que va á ganar un jornal no es lo que más le interesa que la cosecha sea buena ó mala, ni el que la fortuna ponga en zancos ó le vuelva la espalda al propietario.

Lo que más le importa — sobre todo si tiene una familia numerosa que mantener — es gastar en el trabajo pocas fuerzas, á fin de conservarlas mucho tiempo para sus hijos; y por eso, si el filo de la azada penetra una tercia en la tierra mientras está presenciando la cava el capataz, no bien éste quita

la vista del tajo, cuando ya sólo ahonda seis pulgadas la herramienta.

Esta es la verdad de lo que sucede: suponer que los obreros que trabajan á salario hacen caso de conciencia ejecutar las labores con igual interes, con el mismo cuidado, con idéntico esfuerzo, que si lo hicieran esperando colmar sus lagares con el esquilmo, ó desgranar las rubias mieses con el trillo para sus almacenes, es comenzar á discurrir sobre un cimiento falso; lo lógico, lo cierto, lo real, es que el obrero que cultiva el campo á jornal, lo hace perdiendo el más tiempo que puede, y que la pérdida es tanto mayor cuanto lo es la extension del predio que se labra.

Hay más todavía. Aun tratándose de un obrero que, esclavo de su deber, quiera labrar la tierra lo mejor que sepa, y que además el trabajo constituya para él un goce grandísimo, ante la perspectiva de unos dias, ocioso él y sin pan sus hijos en el momento que se concluya la faena que tenga entre manos en el cortijo A ó en la viña B, es natural que procure que esta faena dure mucho, para que mucho duren tambien los jornales.

Yo no quiero saber ahora, entre las distintas escuelas que tratan la espinosa cuestion (que para mí constituye una ciencia) de las relaciones entre el capital y el trabajo, cuál tenga razon: lo que sí juzgo perfectamente posible, lo que sí creo á todas luces conveniente y de todo punto indispensable para el aumento de la riqueza pública, es la division de la propiedad territorial.

Cuando yo escucho ponderar los productos de la tierra de un pueblo cualquiera, pregunto siempre, y no recuerdo haberme nunca equivocado: «¿Está muy dividida la propiedad en su término?» Esto es infalible; en ninguna de esas grandes extensiones de terreno pertenecientes á un solo propietario brotan jamas frutos notables: la rutina; de ahí no se sale; sus labores de año y vez y sus cosechas, más buenas ó más malas, dependientes exclusivamente del tiempo, porque el cultivo está hecho sin fe, sin esperanza, y por ende muy mal. Así hay perdidos en España, sobre todo en Andalucía, tantísimos terrenos que, bien cultivados, producirían, sin exageracion, cuatro veces más y más exquisitos frutos de los que producen hoy.

No es, en verdad, el problema de la conclusion del jornal llano y hacedero; á mí no me parece de clavo pasado, ni mucho ménos, la cuestion de que el obrero sea partícipe de la cosecha, para que tenga un interes directo en que los frutos sean ex-

celentes, y ponga de su parte cuanto le sea dable á fin de conseguirlo y procure, por la cuenta que le tiene, que hagan lo propio los demas obreros, sus consocios; pero sí opino, que multiplicando extraordinariamente el número de propietarios de pequeñas hazas, se acaba con las dos terceras partes de los inconvenientes del jornal; y como no hay lógica tan inflexible como la de los hechos y la de los números, voy, con el ejemplo de lo que sucede en un pueblo de Andalucía, á corroborar cuanto dejo apuntado.

En un rincon de la provincia de Cádiz, frente á la capital, mirándose en el espejo del mar, desde unas peñas, la mitad de la poblacion, y rodeada de arena ingrata la otra mitad, hay una villa de 7 á 8.000 almas que se llama Rota, donde viven los obreros de campo que no ceden á ninguno en amor al trabajo ni en conocimiento de las faenas agrícolas. Rota es un pueblo modelo de laboriosidad; es un pueblo que hoy está desconocido en España, porque en España nadie sabe lo que hay ni lo que deja de haber, como no se trate de plazas vacantes en las oficinas; pero si ese pueblo se estudiara y hubiese aquí estímulos al trabajo, premiando el mérito, seguro es que los roteños recibirian muchas medallas de oro.

¿Y cuál es el secreto, cuál es la causa original de que esto acontezca, siendo el término de Rota un arenal? La causa es que ese arenal está muy dividido; que raro es el obrero que allí no tiene siquiera una aranzada de tierra donde sembrar unas matas de tomates ó un puñado de maíz.

En Rota se hace todo á fuerza de estiércol y á fuerza de brazo: para lo primero es necesario que haya muchas caballerías que lo produzcan, y así sucede que el pueblo del mundo en que hay más asnos de cuatro piés lo es sin duda Rota, hasta el punto de que los borriquillos recién nacidos se tiran al mar, á semejanza de lo que se hace con los gatos; así como tampoco es fácil que haya en parte ninguna, como llevo dicho, obreros más inteligentes en su oficio, ni más enemigos de la inercia, ni por ende más virtuosos ni más honrados: no hay más que ver aquellos rostros aguileños, curtidos, tostados; aquellos brazos nervudos, aquellas espaldas cargadas y aquellas manos callosas, para conocer lo que es el campesino roteño, que se levanta siempre ántes que el lucero, y se pone á trabajar *en lo suyo* hasta las ocho en que va á ganar un jornal durante el resto del dia, y luego, las noches de luna, vuelve á emplearse en su

campo, sin entrar en el pueblo muchas temporadas más que á afeitarse, de dos en dos semanas, un sábado por la tarde, para tornar al trabajo otra vez el domingo al clarear el día.

Así sucede, que acostumbrados estos hombres á labrar admirablemente sus hazas, es para ellos difícil trabajar sólo para salir del paso en las tierras á donde van á jornal, cosa que además les sería difícil, por mucho que se lo propusieran, porque como allí los predios, áun los de las personas acomodadas, son pequeños, resulta que siempre está sobre el tajo el ojo del amo; y acontece muchas veces que el que va hoy á ganar un salario, lleva mañana dos jornaleros á su pegujal.

Por lo dicho se comprende que en el término de Rota serán muy raros los terrenos baldíos. Con excepción del extenso ejido, cubierto de una red de veredas formadas de montecillos de arena coronados de palmitos, y de las 800 ó 900 aranzadas de las tierras llamadas del Bercial, exceptuadas de la venta de bienes de Propios para dehesa boyal, todo el término de Rota está labrado de huerta, de viña, ó para cereales, escaseando mucho el arbolado, que destruye el aliento abrasador del viento Levante, del que se resguardan las hortalizas con lentiscos y vallados cubiertos de higueras de tuna.

No sólo luchan los roteños con aquellas arenas, sino que además el agua, que extraen con las norias de los pozos, no es muy abundante; pero como no hay hembra más agradecida que la tierra, ésta responde al mimo y al esmero con que aquellos esclavos del terruño la cultivan, y las hortalizas de Rota, con especialidad los tomates, las calabazas y los pimientos verdes, son más tempranos y más sabrosos que en ninguna parte, vendiéndose á subidos precios en los mercados de Sevilla, de Cádiz, de Jerez, de Huelva y de la costa de Africa, hasta el punto de que, sólo como producto de sus huertas, entran en Rota todos los años tres millones de reales, siendo también exclusiva de sus viñas, esa uva negra, pequeña y melosa, de escobajo grueso, cuyo zumo, mezclado con el mosto quemado de otra uva cualquiera, con el arripe, produce el bálsamo riquísimo que se llama tintilla, de la que se llenan anualmente 400 ó 500 botas de 30 arrobas, que se venden por término medio de 4 á 5 duros la arroba.

El campo de Rota es un jardín; cada mata de tomates tiene su cubierta que la resguarda de las heladas, cubierta que se forma clavando en el caballon dos ó tres cañas y echando broza encima, y las anchas hojas del maíz se columpian sobre las crestas de los caballones que cierran las tablas de regadío. En las arboledas, también se producen riquísimas frutas, con especialidad las brevas, los damascos de Nancy y los perillos; y la sandía grande, crujiente, encendida, de corteza blanca y escasa, con muy pocas pepitas, fresca y de un sabor exquisito, corre parejas en bondad, en renombre y en el alto precio á que se paga, con la calabaza y el tomate: los cereales, la cebada especialmente, son también inmejorables en aquel término.

Hé ahí lo que es capaz de hacer producir á un ingrato arenal la mano del hombre, cuando con fe y con esperanza y con amor derrama el sudor de su frente sobre un pedazo de tierra de su propiedad; cuando sabe que la ganancia es proporcional al esfuerzo; cuando llega á convencerse de que en aquellos terrones está el pan diario de sus hijos: hé ahí las ventajas innegables de la propiedad territorial descentralizada. Es bien cierto que si los arenales roteños tuvieran sólo un propietario, como le sucede, verbigracia, al pueblo de Bornos, cuyo término entero es de la casa de Medinaceli, no habría, sobre todo en los terrenos más inmediatos á la costa, otra vegetación sino unos cuantos arbustos silvestres.

Y como el amor al trabajo es la fuente más caudalosa de todas las virtudes, en Rota, en primer lugar, no se conoce la pobreza mendicante; afirmarse puede que el mendigo que allí va pidiendo una limosna de puerta en puerta (excepción hecha de tres ó cuatro ancianos decrepitos y enfermos que ya conoce todo el pueblo) es forastero: la cárcel está vacía casi todo el año, y la palabra empeñada por un roteño, es, como vulgarmente se dice, una escritura; sucediendo así que las personas pudientes que adelantan algunos pesos duros á los pegujaleros, y áun á los que no tienen más garantía que sus brazos, lo hacen sin un simple recibo,

y seguro está el que otorga el préstamo, por punto general sin interés ninguno (salvo algún usurero, tan miserable allí como los de todas partes), de que si el deudor vive, el importe de los primeros frutos que recoja por San Miguel, los consagrará, ántes que á surtir de pan su casa, al pago de la deuda; y también sabe que si el deudor se muere, le pagarán sus hijos con la misma religiosidad que lo hubiera hecho su padre; allí no hay borracheras ni otros vicios, y algo más bajo sería en España el nivel de la prostitución si todos los pueblos le prestaran el contingente de aquella villa, cuyas mujeres, con todos los caracteres distintivos de la hermosura árabe, son dignas de las mayores alabanzas como madres y como esposas.

Siempre que se ha tratado del reparto por los municipios de algunas tierras comunales ó de baldíos, se ha hecho la objeción, y no sin fundamento, de que el bracero á quien se da una fanega de tierra, la vende al otro día por la cuarta parte de su valor, y al cabo, todo el predio repartido vuelve á unas solas manos por un pedazo de pan. Efectivamente, así es la verdad; y para evitarlo, á los nuevos propietarios deben dársele los terrenos que han de labrar, con la precisa condición de no poder hipotecarlos, ni enajenarlos, por lo ménos en cierto número de años: el amor á todo es proporcional á los afanes que cuesta; es preciso que el obrero comience por desmontar aquella tierra que le dan, y que la conozca pulgada á pulgada, y que abra en ella muchos millares de surcos con la murgiente pareja, y que pierda por sus cosechas muchas ilusiones y que realice muchas esperanzas; y entonces, así que haya extraído de su seno bastantes cuarterones de pan para los suyos, tendrá la conciencia de lo que aquella tierra vale y comenzará á cobrarle cariño. El que á los treinta años de ser pobre hereda un millón, lo disipa; el que gana diez mil duros peso á peso, á fuerza de cálculos y de actividad, y de humillaciones y de insumnios, y de economías y de canas, conserva y aumenta su modesto capital: á los hijos hay que verlos nacer, y pasar el sarampion junto á su cuna, y oírlos balbucir las primeras palabras, y estampar muchos besos en sus mejillas para sentir por ellos ese amor que raya en el delirio. Es infalible: si al que está siendo esclavo de la miseria se le regala una aranzada de tierra, ó un reloj, como de lo que tiene más urgente necesidad es de matar el hambre, en vez de pensar en cuanto necesita para labrar la primera, ó en ver la hora, vende la tierra al que le da cualquier plata por ella, ó lleva el reloj á una casa de empeños.

Pero bien seguro es que no enajenará nunca el pelantrín roteño su pequeña hacienda: tienen los hijos de esa villa laboriosa tal concepto de lo que valen como propietarios, que la *Internacional*, que hizo tantos secuaces en Jerez, en Sanlúcar y en otros puntos inmediatos á Rota, no pudo lograr en esta villa que ascendiese á más de tres el número de sus prosélitos. ¡Cómo había de transigir con el principio de guerra á la propiedad individual un pueblo de propietarios!

Asóciense luego en buen hora esos pequeños propietarios, si á sus intereses conviniera; pero váyanse creando muchos, muchísimos, que ellos centuplicarán la producción.

El que esto escribe, abundando toda su vida en las ideas expuestas, se propuso crear en Rota doscientos propietarios, al ménos durante veinte años, y con este objeto, una de las veces que fué diputado á Cortes por el distrito á que la citada villa pertenece, pudo alcanzar de su Ayuntamiento y de la Diputación provincial, el que la mitad de la excelente dehesa del Bercial, de malas condiciones para pasto y desahogo del ganado vacuno, por el mucho monte crecido en ella á consecuencia de hacer muchísimos años que el hierro no penetra en su seno, monte donde se albergan la langosta y otras plagas, que devastan, cayendo sobre ellos, los predios colindantes, se dividiera en dos mitades, y una de éstas en lotes de dos ó tres aranzadas, para repartirlas entre doscientos braceros, que habían de cultivarlas durante diez años (el Ayuntamiento los redujo á ocho en su informe), al cabo de los cuales, quedando las tierras labradas para dehesa, se les entregaría, con idéntico fin, la otra mitad. Aprobada por la Diputación la solicitud de los jornaleros, sólo faltaba que un perito agrónomo hiciera el deslinde; pero los cambios políticos acae-

cidos después han dejado sin efecto una medida tan beneficiosa para aquellos ejemplares trabajadores.

Crear pequeños propietarios, muchos pequeños propietarios, esa es la solución fácilmente hacedera, conveniente para todos, capitalistas y obreros, y veneno de largos días de prosperidad para el país, que tiene hoy el problema social.

Pero no es sólo en el pueblo de Rota donde se patentizan las ventajas de la división de la propiedad rústica, sino en otros diversos puntos, entre ellos, por ejemplo, Novelda, Villena, Gijona y muchos pueblos más de la provincia de Alicante, que es, en mi concepto, una de las más laboriosas y feraces de España.

Recuerdo que hace algunos años, tuve ocasión de ver unos cajones de uva de Gijona en el rigor del invierno; y al contemplar aquellos dorados y hermosos racimos, de grano crecido, limpio y transparente, que más parecían ser labrados para una Exposición de objetos de cera que recién cortados de los sarmientos, y al recordar que en Gijona se cosecha la exquisita almendra con que se hace el turrón de universal renombre, pregunté, mejor dicho, afirmé, que en ese pueblo estaría muy dividida la propiedad. Así es ciertamente. Si tal no aconteciera, no brotarían de aquel suelo frutos dignos de admiración: que la tierra otorga sólo esas mercedes especiales á los que con incansante y cariñoso afán le consagran sus brazos.

Indiqué ántes que debían asociarse los propietarios de las pequeñas porciones de tierra; y entre otras causas lo dije y lo repito ahora, para que así puedan defenderse de los agiotistas que explotan su ignorancia; el trabajador roteño pierde, por no saber leer, ni escribir, ni hablar, ni otra cosa sino manejar la azada y el arado, podar una viña y aventar una parva, y por no tener idea, siquiera remota, de los beneficios de la asociación, de un 30 á un 50 por 100 de lo que debería obtener por sus frutas y sus hortalizas.

Al anoecer de todos los días del año, en el paredón que corre por la calzada del muelle de Rota, y pegados al cual hay bancos de piedra de trecho en trecho, se sientan en éstos los traficantes de hortalizas y fruta, que se llaman *marchantes*; y allí, á la luz de un farolillo, van anotando las canastas de tomates y de uva, los melones, las sandías, etc., que junto á él descargan de las bestias los pelantrines que empiezan á entrar, procedentes del campo, y desde el toque de oraciones, por el arco del muelle. Un falucho, que se llama el «barco de la fruta», atracado junto á la escala de la calzada, está dispuesto para recibir todos esos frutos y salir de madrugada con ellos y con los *marchantes* con rumbo á Cádiz.

Pues bien; los *marchantes* venden esos frutos con gran ventaja en el mercado de Cádiz, y puestos de acuerdo acerca de los precios á que se los han de pagar á los pelantrines que se los confían y que no tienen contra ellos defensa de ningún linaje, se ganan un 30 ó 40 por 100: eso suponiendo que no les hayan adelantado algunas sumas, que entonces doblan la ganancia con los deudores; y así, realmente, todos los afanes de aquellas honradísimas gentes se los comen, en término principal, esos explotadores, y así seguirá sucediendo hasta el día en que más educados los infelices trabajadores, puedan asociarse para los fines del comercio de lo que producen sus haciendas.

Descentralizar, dividir las grandes propiedades rústicas; multiplicar el número de los propietarios; eso es lo que interesa, hasta un punto que no se ha calculado bien todavía, al capitalista y al obrero, á la riqueza y á la paz pública de España.

JOSÉ NAVARRETE.

Madrid, 10 de Junio de 1877.

LA VERJA DEL PARQUE (1).

Muy jóven era aún cuando oí contar la siguiente historia; pero de tal modo me impresionó, que no

(1) No es esto un cuento; es una historieta de las más dramáticas que han salido de la pluma de Federico Soulié, quien la publicó hace ya tiempo. El interés que desde luego despierta este relato se aumenta y conmueve más desde el momento en que se sabe que el fondo de la aventura es completamente histórico.

ha tenido poca parte en prevenirme contra el menosprecio que en nuestra época se profesa hacia todo aquello que sea exaltación de ciertos sentimientos íntimos.

Y hé aquí de qué manera tuve conocimiento de un secreto que á nadie pertenece sino á mí, y que creo poder divulgar hoy, si es cierto que la muerte de los héroes excusa en el confidente toda indiscreción.

Allá por los años de 1848 visitaba yo con frecuencia la casa de Mme. de G....., viuda muy rica, que á la sazón contaba cuarenta años; era mujer hermosa todavía, y ya no era coqueta. No recuerdo haber encontrado en otra alguna más benevolencia unida á mayor dignidad, y si bien tenía muy claro ingenio, acompañaba á todas sus palabras una tan profunda melancolía, que en mis diez y ocho años, edad en que no se suele comprender más ingenio que el de la burla, no estaba en situación de apreciar su superioridad. Mucho tiempo después fué cuando me apercibí de lo difícil que es emplear cierta clase de talento con la circunspección y medida que caracterizaban á mi amiga. La causa de encontrarme en su intimidad, yo pobre estudiante de leyes, sin nombre que sonase ni protección que me amparase, era mi grande amistad con sus dos hijos, que habían entrado el mismo día que yo en el colegio, del que juntos también habíamos salido. Su madre deseaba introducirlos en la sociedad, lanzarlos al mundo, pero al mismo tiempo no quería romper las relaciones de infancia que en las escuelas se contraen: confiando en que los compañeros se convirtiesen en amigos verdaderos, recibía en su casa á todos los muchachos á quienes había oído elogiar.

Por mi parte, puedo decir que fuí acogido por la amable señora con una gracia tan seductora, que me atreví á menudear mis visitas más de lo que me había propuesto, y que no tardé en adquirir una especie de confianza que nada tenía de extraña ni de sospechosa, pues consistía, por parte de Mme. de G....., en hacerme el intermediario entre ella y sus hijos para darles consejos, evitándoles así el recibirlos directamente de una madre con frecuencia disgustada por su conducta.

Con efecto, los muchachos no correspondían cual debieran á los desvelos de aquella cariñosa señora; y para ella, tan elegante como distinguida, era una verdadera pena el verlos afectar modales y hábitos de tratantes de caballos y de guardabosque, sin hablar de otra cosa que de perros y caballos, de comilonas y francachelas.

—Casi preferiría,—me decía Mme. de G.....,—que hubiesen caído en el extremo ridículo de esos caballeros que á los diez y nueve años están cansados ya del mundo, según dicen.

Porque conviene que sepan nuestros sucesores que esas pretensiones de estar ya calvos cuando aún no les ha apuntado el bozo, no es más moderna que la mayor parte de las que sirven de único fundamento á la fama de muchos de nuestros artistas y poetas.

Sin embargo, Mme. de G..... no desmayaba, y empleó todos los medios que tenía á su alcance para combatir las perjudiciales inclinaciones de sus hijos, y juzgándoles con su corazón de mujer, y acaso también con sus recuerdos, constituyó en torno de ella un círculo de relaciones más íntimo, en el que no se admitía más que algunos hombres conocidos por la distinción de su trato y sus modales, y á dos ó tres amigas de la dueña de la casa, bellas y graciosas, á propósito para inspirar un verdadero cariño. Mas esta generosa tentativa dió tan poco resultado, que después de una comida en que mis jóvenes ganapanes habían sido colocados al lado de dos muchachas encantadoras, vi á Madame de G..... sentada en el salón, sola y pensativa, mientras que los convidados paseaban por el jardín.

Al punto comprendí que la falta de atención y hasta las groserías de sus hijos eran la causa de su tristeza, y me permití entrar y hablarle. Después de un momento de conversación, en que apenas se quejó de la conducta de aquellos señoritos, parecióme que se dejaba llevar por la corriente de las ideas que la preocupaban, cuando yo la abordé, y me dijo:

—Cuanto más reflexiono, mejor veo que no es su culpa tanta como yo creía; sufren las consecuencias de la marcha del siglo. Hoy se desprecia todo

aquello que constituye al hombre ilustre y á la persona *comme il faut*. El miedo que se tiene al imperio hace que se insulte á las grandes ideas de aquella época, y el odio á la monarquía absoluta pone en ridículo aquellas abnegaciones caballerescas que habían erigido á la sociedad francesa en el modelo de todas las de Europa. Si esto sigue así, dentro de diez años no habrá en Francia más que asentistas, abogados y palafreneros; los paseos serán *estaminets* (1), y los salones, cafés gratuitos.

—Sin embargo, señora,—le contesté,—las pasiones no se destruyen con hábitos, y cuando estén poderosamente excitadas, llegarán.....

—A producir repugnantes escándalos,—repuso, interrumpiéndome,—crímenes tal vez, pero no esos sentimientos puros y elevados que por sí solos constituyen la felicidad entera de la mujer que los ha inspirado.

En aquel momento se paseaba en el jardín, por delante de las ventanas del salón, el Conde de W....., antiguo militar, cuya reputación como bravo igualaba á su crédito como hombre de talento. Había perdido un brazo en campaña, y sus años de servicio le habían permitido ya retirarse de él. Mme. de G..... le miró pasar con cierta expresión compasiva, y dijo:

—¿Veis á ese hombre cuya glacial cortesía os admira y hasta os lastima alguna vez? Pues ese hombre ha hecho por una mujer lo que ninguno de vosotros, con vuestras fanfarronadas y vuestra osadía, hubieseis imaginado siquiera.

Oír esto é instarla á que me refiriese el caso fué una cosa misma. Después de una corta pausa, lo necesario para inventar los nombres de los actores sin duda, y trayendo á la memoria algún dulce recuerdo más bien que confiándome una aventura, hé aquí lo que escuché:

«Hace cosa de unos veinte años la casa de M. de Leurtal se citaba por sus brillantes reuniones, que, contra lo acostumbrado, no era en París ni durante el invierno cuando se celebraban. Monsieur de Leurtal tenía cerca de Auteuil una magnífica residencia, adonde se convidaba á ir á las personas de más viso. Entre las que iban con más asiduidad figuraba el Conde de W....., quien en aquel tiempo tenía ya cierta reputación en el ejército; había disfrutado siempre de la de hombre de claro talento, y á quien, en fin, se habían encargado de poner de moda algunas mujeres de aquellas que fueron uno de los atractivos del Directorio y habían infatuado á tanto villano. No os impondré en todos los detalles de la pasión en que nuestro héroe se sintió inflamado en breve tiempo por Mme. de Leurtal; nada os diré de los primeros tiempos de sus amores, y paso de seguida al suceso que os he citado.

»Eran las dos de la madrugada de un día de verano; reinaba una completa oscuridad, y en uno de los ángulos de la casa de campo, quinta ó *château* de M. de Leurtal se abría una ventana silenciosamente, por la que, más silenciosamente aún, bajaba un hombre. Una mujer abocada en el alféizar le seguía ansiosa con los ojos. Terminado el descenso, se hicieron una señal de despedida, y M. de W....., que él era, huyó por entre los bosquecillos de árboles exóticos que rodeaban la casa. Amelia permaneció en la ventana.....»

Mme. de G..... se detuvo, y con cierto embarazo prosiguió á poco:

«Mme. de Leurtal se llamaba Amelia.»
Era también este el nombre de la narradora; pero guardé para mí esta observación. Mi amiga prosiguió la historia en estos términos:

«Amelia no se retiró de la ventana, como digo, hasta que trascurrió el tiempo necesario para que M. de W..... llegase hasta la verja del parque. Entonces cerró la ventana; pero, ya fuese que la falleba rechinase al girar, ya que la verja se hubiese cerrado con menos precaución que de ordinario, ya fuese, en fin, el grito de un hombre, lo cierto es que Mme. de G..... oyó un sonido extraño que la impresionó. Volvió á abrir bruscamente la ventana, estuvo escuchando un breve rato, pero no oyó el más leve rumor, y el completo silencio de la noche calmó al fin su inquietud.

»Vino el día y llegó luego la hora del almuerzo. Mme. de Leurtal bajó al comedor para hacer con

su marido los honores á los huéspedes, y como de costumbre, luego se entabló alegre y animada plática versando sobre diversiones y con preferencia tratando de la fiesta que Mme. de Leurtal, disponía para aquella misma noche.

»Cada cual se proponía excederse en amabilidad y buen humor, cuando de pronto se precipita en el comedor, lanzando toda clase de exclamaciones, Antonio, el jardinero de la casa.

»—¡Señor! ¡Señor! —exclamó—¡lo que he encontrado! ¿Qué va á suceder aquí? Van á saquearnos otra vez; sí, señor, esos bandidos han vuelto á entrar en el parque. Deben ser chuanes ó jacobinos: ¡quién sabe si serán incendiarios!

»—¿Pero quién ha entrado en el parque? —repuso M. de Leurtal interrumpiendo las lamentaciones del expansivo Antonio.

»—¿Quién? Asesinos, señor, ladrones que tienen llaves falsas de la puerta de la verja que da al bosque.

»Amelia conoció que se ponía pálida al oír estas palabras, que suscitaban en su ánimo toda clase de temores. Afortunadamente, Antonio gritaba y se agitaba de tal modo que llamaba sobre sí la atención general. Monsieur de Leurtal tuvo que contener otra vez el curso de sus descosidas lamentaciones, y le preguntó qué era lo que había encontrado tan sorprendente para haberle trastornado hasta aquel punto.

»—¿Que qué es lo que he encontrado, señor? —repuso el jardinero, colérico y sin saber casi lo que decía ni hacía—¡Ahí está lo que he encontrado!

»Y esto diciendo, arrojó sobre la mesa, delante de su amo, dos dedos humanos horriblemente aplastados y mutilados.

»Todo el mundo se hizo atrás espantado. Amelia dió un grito; pero al mismo tiempo comprendió que le iba en el lance la vida y la del hombre á quien amaba, y sacó fuerzas de flaqueza. Durante los instantes de silencio que siguieron al grito de horror que había originado el aspecto de aquel sangriento despojo, el jardinero pudo continuar á sus anchas.

»—¡Sí, señor! —añadió—estaban cogidos en la verja; y lo que prueba que eran ladrones y asesinos y que eran muchos, es que la verja no ha hecho más que cogerles los dedos y que han acabado de cortarlos con una navaja, y de seguro no hay ningún hombre capaz de tener el valor de hacerse esta operación.

»Monsieur de Leurtal consideró aquel triste objeto con sombría atención; luego paseando una mirada singular al rededor de la mesa, sin fijarla, sin embargo, sobre ninguna mujer, ni siquiera sobre Amelia, dijo con cruel sonrisa:

»—Muy blanca es la piel de estos dedos y muy cuidadas están estas uñas para pertenecer á un ladrón: ¿no os parece lo mismo, señoras?

»Cada una de estas palabras cayó ardiente y acerada en el corazón de Amelia. Empezaba á turbársele la vista y á temblarle las mandíbulas, pero las vivas interpelaciones que tras de la reflexión de su marido le hacían á una sus amigas, le facilitaron aún el disimulo. La indignación de las otras sirvió de velo á su confusión. Entre tanto M. de Leurtal se disculpaba friamente y preguntaba á Antonio si el rastro de sangre que debía haber encontrado, podría proporcionar alguna averiguación.

»—Imposible, señor—contestó el jardinero—no hay manchas de sangre más que al pié de la verja.

»—¿Y no has encontrado otra cosa, algo que pueda ponernos sobre la pista, un trozo de tela, un látigo, una llave, en fin, alguna cosa que se le haya podido caer al herido?

»—No, señor, nada; pero otra prueba de que eran muchos, y por consiguiente ladrones, es que uno ha limpiado el cuchillo ó navaja con un pedazo de papel, lo cual no hubiera podido hacer un hombre sólo con dos dedos de menos en una mano. Mirad, aquí tengo el papel.

»—Dame—exclamó precipitadamente M. de Leurtal—y se apoderó con ansiedad del ensangrentado papel que le presentaba Antonio y que examinó con atención durante un buen rato.

»Todo el mundo guardaba silencio, y era éste tan profundo, que Amelia oía los latidos de su propio corazón. De repente el marido levanta los

(1) Establecimientos donde iban los hombres á fumar, cuando se guardaba á las mujeres más respeto.

ojos hacia ella y le dice alargándole el papel y sin que nada hiciese ver en él una sombra de sospecha:

»—Ved, examinad eso y de fijo que seréis de mi opinion. Fijaos en ese doblez tan fino y tan marcado. Ahí es donde ha pasado el filo de la hoja; observad á cada lado esos otros dos dobleces apénas señalados con sangre tambien por debajo. Esas señales me hacen creer que no es un cuchillo ordinario el que ha pasado por ahí, sino un puñal de hoja plana y ligeramente cuadrangular.

»—¡Precisamente, un puñal!—exclamó Antonio.—¡Claro! ¡Bandidos, jacobinos, chuanes!

»Monsieur de Leurthal impuso silencio duramente al interruptor y le mandó salir.

»Amelia en tanto habia tomado el papel, y maquinalmente, como la dueña de casa que preside la mesa, lo pasó á su vecino. Este lo examinó con curiosidad, y aumentando el terror que oprimia el alma de la desgraciada Amelia, añadió de repente:

»—¡Pero aquí hay algo escrito debajo de las manchas de sangre!

»—¡A ver! ¡A ver!—exclamó M. de Leurthal, con los ojos encendidos y la voz descompuesta. Devolviéronle el malhadado papel, y en uno de sus extremos descifró lentamente estas palabras:

«*Monsieur y Madame de Leurthal tienen la honra de invitar...*» Nada más; el papel estaba roto en este punto.

»Las sílabas de esta frase deletreada al traves de la sangre, sonaron como un toque fúnebre en el oído de Amelia. Monsieur de Leurthal arrugó el papel con horrible violencia, y dando á conocer entónces por primera vez toda la tempestad que rugia en su alma, dirigió á su mujer estas palabras con acento verdaderamente feroz:

»—¡Señora! ¡Veremos cuál de nuestros convidados falta á la funcion de esta noche!

»Tras esto se levantó y salió, siguiéndole todos los comensales en medio de un sospechoso silencio; Amelia quedó sola en el comedor, y por primera vez se atrevió á mirar el horrible objeto de acusacion. Le miró y, es preciso que os diga todo lo que una mujer puede observar en el hombre á quien ama, reconoció aquellos dedos en la perfeccion de las uñas, que tampoco habia escapado á su marido. ¡Los reconoció! Estaba sola, se los llevó.»

Al llegar á este punto, Mme. de G..... se detuvo agobiada por el terror de su relato. Creí que habia éste concluido, y dominado por el interes que me habia inspirado, le dije con animacion:

—¿Y juzgais, señora, á la juventud actual incapaz de abrigar el valor que tuvo M. de W.....?

Madame de G..... me miró con triste sonrisa y añadió dulcemente:

—¡Ah! Es que no consistió el sacrificio en lo que habeis oido. No fué esa la verdadera abnegacion por el nombre de la mujer á quien amaba. Horrible es mutilarse, pero escuchad el final de la historia. Yo me acerqué á Mme. de G..... y ésta prosiguió así:

«Deciros las inquietudes, los proyectos desesperados y las angustias que destrozaron el corazón de Mme. de Leurthal durante aquel dia, sería pretender referiros lo que en otra vida hubiese bastado para llenar años enteros de dolor. Sin embargo, sucedióle á Amelia lo que á todos los desgraciados cuyo infortunio no se ha consumado; una vaga esperanza flota siempre entre el choque de todos los sufrimientos. Los deberes que impone la sociedad y las costumbres de la vida habitual vinieron en auxilio de la atribulada mujer, y entretenida al parecer en atender á los preparativos y provisiones de la funcion de aquella noche, trascurrieron las horas.

»¿Qué más os diré? Llegada la de la fiesta, se presentó en el salón deslumbradora y tranquila. A medida que se aproximaba el momento del peligro, sentia aumentar su fortaleza. Habia hecho todo lo que le toca á toda alma resuelta que trata de sostenerse á la altura de su suerte. En lugar de dejar acercarse en su vida el peligro paso á paso, le habia recibido de una vez en su imaginacion; habia reflexionado que el fin de aquella noche podia traerle la deshonra y la muerte, y habia tomado una resolucion ante tamaña catástrofe.

»Empezó la fiesta, y los convidados fueron llegando en tropel. Monsieur de Leurthal, en pié cerca de la puerta, demostraba aquella noche una cortesía, gracias á la cual podia contar, por decirlo así, á los que iban entrando.

»Pero el tiempo volaba, y M. de W..... no venia; algunos otros elegantes del dia se hacian tambien esperar. Madame de Leurthal era bastante hermosa aún en aquella época para haber excitado más de una aficion y recibido frecuentes tributos de admiracion, de modo que las sospechas de M. de Leurthal podian aún flotar en medio de la indecision.

»Continúa la fiesta y faltan aún algunos convidados; pero ya no son más que mujeres, ancianos ó inválidos, ni uno sólo de quien se pueda sospechar, fuera de M. de W..... Amelia lo nota, y su marido le dice en voz baja al pasar junto á él:

»—El círculo de mis sospechas se va estrechando: ya no encierra más que tres nombres, y me atrevo á escoger entre ellos y asegurar que monsieur de.....

»En el mismo instante en que iba á pronunciar el nombre fatal, se oyó el estrépito de la puerta y aparece á poco en el dintel de la del salón M. de W... Monsieur y Mme. de Leurthal fijaron en él sus miradas con tal ahinco que no pudieron apercibirse de la turbacion que á entrambos los vendia; pero el aspecto de M. de W..... sumió á sus almas en sentimientos asaz distintos. Monsieur de W..... entró con su clac bajo el brazo, la *mano izquierda* acariciando la chorrera, y la *derecha* jugando con la larga cadena de reloj que llevaban los elegantes de la época.

»—¡Ah! ¡no era él!—pensaron á un tiempo M. y Mme. de Leurthal.

»—No es de él de quien debo sospechar—dijo para sí el marido avergonzado de pronto y confuso.

»—¡No es él el herido!—exclamó en el fondo de su alma Amelia.

»¡Oh! desde aquel momento ¡cómo cambió todo para ella! Desvanecida la magnitud de su peligro, salvado M. de W....., calmadas sus angustias: todo esto le aligeró el corazón hasta el punto de que si M. de Leurthal no hubiese esperado aún á los otros convidados, que no vinieron al fin, hubiese adivinado la verdad en el rostro y las miradas de su mujer.

»Monsieur de W... pasó repetidas veces por delante de ella, hablándole alguna con aquel desembarazo y aquella exquisita cortesania que tenian en él un modelo. El sarao caminaba hacia su término; todo se habia salvado. Segun costumbre en los bailes de la época, propúsose una gavota, y algunas voces designaron á los bailarines más renombrados y á las muchachas más de moda en nuestros salones de entónces. Fué uno de los primeros M. de W..... A Mme. de Leurthal no se le dió sino el segundo puesto, de modo que venian á encontrarse *vis-à-vis*. Hasta aquel instante habia quedado en el fondo de la alegría de Mme. de Leurthal un resto de inquietud, nada suponia, nada adivinaba, pero aún temia.

»Pero toda ansiedad acabó por desaparecer cuando pudo contemplar la ligereza y la perfeccion con que M. de W..... bailaba ante aquel atento concurso. Con mirada y sonrisa tranquilas y corteses, las *pasadas* hechas con ligereza y sin evitarlas, la mano sobre que debian apoyarse, presentada con desembarazo: todos estos detalles dieron á madame de Leurthal tanta certidumbre de haber sufrido inútilmente, que ya hasta se entregó con más abandono á aquel baile tan admirado entónces, y en un instante en que la rapidez de los movimientos podia ocultarlo todo, se arriesgó á estrechar la mano de M. de W....., como para felicitarle por una felicidad que él no debia ni podia comprender. En aquel momento se oyó un grito desgarrador.....»

—¡Ah!—exclamé yo, interrumpiendo á pesar mio á Mme. de G....., —¡era M. de W.....!

—¡No!—repuso Mme. de G....., con una energia que nunca habia notado en ella;—no, amigo mio, no; M. de W..... no palideció siquiera, ni fué el que gritó; fué la desgraciada Amelia, que cayó desmayada, al sentir que cedia bajo la presion de su mano la mano mutilada de M. de W..... al apretar, sin que contestasen á la insinuacion, aquellos dedos de algodón tan diestramente preparados bajo el guante!

Una terrible calentura se apoderó al dia siguiente de Mme. de Leurthal, y M. de W..... fué todos los dias durante una semana á informarse de su salud, continuando así su sublime abnegacion.

Despues partió para el ejército llevándose su secreto.

—¿Y le guardó siempre?—pregunté.

—Sí;—repuso con tristeza Mme. de G.....—y á poco supimos que en un encuentro con el enemigo se habia expuesto con tal temeridad, que fué gravemente herido y tuvo que sufrir una terrible operacion. Cuando le volvimos á ver tenia un brazo ménos.

«—¡Ah!—exclamó Mme. de Leurthal—¿qué habeis hecho?»

»—Era lo más prudente—contestó con naturalidad M. de W.....»

Tras estas palabras, Mme. de G..... quedó sumida en un profundo arrobamiento y yo no me atreví á decirle cuánto la compadecia por sus grandes sufrimientos.

EL CAMPO EN ASTURIAS.

«Asturias.... situada en el extremo septentrional de Reino y confinada entre la más brava de sus costas y una cordillera de montañas inaccesibles.... es, no ya poco conocida, sino siniestramente juzgada por los españoles, que tienen de ella poco más ó ménos la misma idea que de la Siberia ó la Laponia.»

JOVELLANOS.

I.

El caminante que despues de haber atravesado las áridas y dilatadas llanuras de Castilla, trepa por las escabrosas faldas de las montañas de Leon y llega á sobreponer la elevada cumbre de uno de aquellos formidables montes que sirven de frontera y de baluarte al histórico Principado de Asturias, hállase de pronto en presencia de tan inesperado y soberbio espectáculo, que rara vez logra contener un grito de admiracion y de sorpresa.

Sus ojos, hasta allí fatigados por las interminables perspectivas de monótono y uniforme aspecto que presenta la *Tierra de Campos*, abrasada por los ardores de un sol africano que desde que se levanta hasta que se pone en la vastísima extension de sus remotos horizontes, no encuentra ni una nube que vele sus rayos, ni una bruma que los empañe, ni una montaña que los detenga, ni un árbol que sombree y guarezca de sus rigores algun cristalino manantial en cuyas ondas pueda tomar la brisa algunas gotas de rocío con que templar la caldeada atmósfera; apénas si pueden dar crédito á lo que ven y apénas si la duda les deja recrearse y reposar en el esplendente paisaje que como por encanto apareció á su vista.

¡Montañas colosales de formas ciclópeas y de gigantescas proporciones que, arrancando sus faldas de los abismos, esconden en las nubes sus picos coronados de perpétuas nieves; hondas simas en las que saltando se precipitan mugientes cataratas; agrestes y solitarios lagos tendidos entre las cumbres de las salvajes cordilleras; bosques seculares de hayas añosas y corpulentos robles; rocas tajadas que cubiertas de amarillento musgo surgen del fondo de los insondables precipicios; verdes praderas surcadas por espumosos arroyuelos y matizadas de blancas y rojas florecillas, y todo envuelto en la flotante gasa de las nieblas que se levantan del hondo cauce por donde corre el rio, ascienden lenta y majestuosamente tendiéndose á lo largo de los valles, desgarrándose en las crestas de los peñascos, coronando las cimas de los montes y confundiendo con los grupos de fantásticas nubes entre cuyos vapores y celajes quiebra su luz el sol rompiéndola en mil brillantes matices de oro, de púrpura y de azul con que tiñe y colora el cielo!

¡Maravilloso y enajenador espectáculo que nunca olvida el que lo ve y que no se cansa de ver el que lo mira!

Contéplalo con embebecimiento el pastor que, empujando sus rebaños trashumantes desde las ardientes dehesas de Extremadura, por los antiguos caminos de la *Mesta*, hasta los puertos secos asturianos, detiéndose asido á su cayado mientras sus ovejas sestean allá en las altas lomas de *San Isidro* y *Vegarada*; admíralo como fascinado por su hermosura y majestad el cazador de robegos, que apoyado en su carabina, como inmóvil estatua, destaca el perfil de su hercúleo torso sobre el fondo claro del cielo, en la elevada cumbre de algun pico de las renombradas *Peñas de Europa*; y clava sus abiertos ojos en él, con tanto asombro como espanto, el viajero que, encerrado en la estrecha prision de la destartada diligencia precedida más que arrastrada por el largo tiro de mulas y forradas sus ruedas con la plancha y el *cuadro* que

ara con su acerado diente el camino, mira desprenderse en rápidas revueltas la ancha carretera por las verticales pendientes de *Pajares*.

Pero más á su sabor que caminantes y pastores puede juzgar de la incomparable grandeza de este espectáculo el águila caudal, que, tendiendo sus alas poderosas, déjase caer desde la encumbrada roca en el abismo para remontarse serena y cernerse en anchos y espirales círculos, vecina de las nubes. Desde este elevado observatorio, al que, si no con alas materiales, podemos remontarnos con las alas inmateriales del espíritu, descúbranse en toda su extensión y magnificencia las diferentes comarcas del Principado.

Desde allí se divisan los renombrados territorios de todas las Astúrias, desde las que empezando en las agrestes fronteras de Galicia hallaban término y confin en el histórico *rio de España*, hasta las que con el nombre de *Cantabria*, corrian desde las márgenes de este río á Laredo, limitadas en lo Mediterráneo por las guajaras de Covadonga y de Liébana; desde las que llevaron el nombre de Astúrias de *Sant-Anderii* y las que se conocieron con el nombre de Asturias de *Cusellio* hasta las que se llamaban Astúrias de *Sant-illana* y las que se denominaron Astúrias de *Oviedo*, Astúrias todas que, limitadas ya por los naturales linderos de los montes, mares y ríos, constituyen hoy las verdaderas Astúrias, que son las que corren del *Eo* al *Deva* y desde los altos montes de la cordillera astúrica á las tajadas costas del Cantábrico.

Y desde allí se dominan las tres distintas zonas de estas Astúrias, deslindadas por el dedo de Dios con los diversos accidentes de la naturaleza, y cuya múltiple variedad en nada rompe la imponente unidad de su majestuoso conjunto.

Elévase primero la *Montaña*, compuesta de los escarpados montes, hondos valles y angostos desfiladeros de la cordillera *Asturo-Cántabra*, que arrancando de las salvajes comarcas de Occidente con los puertos que se levantan en los confines de los antiguos reinos de León y de Galicia, viene á morir en las grandiosas regiones del Oriente, con los soberbios *Urrieles* asturianos, en los gigantescos *Picos de Europa*. ¡El Titan de Cantabria!

Síguese á la *Montaña* la *Vega*, encerrada entre los *cordales* ó estribaciones de la gran cordillera que ramificándose y extendiéndose por el centro del Principado, dejan abiertos anchos valles, por cuyo fondo, cubierto de maizales y praderas, corren ríos tan caudalosos como el *Nalon*, el *Navia*, el *Narcea*, el *Sella* y el *Piloña*, á la sombra de los espesos y sombríos bosques de castaños, nogales y pomares.

Y sucede á la *Vega* la *Marina*, ancha faja de risueñas y amenísimas campiñas sembradas de colinas coronadas de pinos, en cuyas llanuras florecen al aire libre limoneros y naranjos, y por cuyas *huelgas*, cubiertas de juncos y espadañas, tienden su caudal tranquilo las anchas rías de *Rivadeco*, *Navia*, *Avilés*, *Gijón*, *Villaviciosa* y *Rivadesella*, formando, como dice un escritor castizo (1), «tranquilos y anchurosos lagos, donde ora se refleja la solitaria y monumental iglesia del concejo, ora se retrata el modesto y característico *horreo* de la aldea, ora se dibuja la moderna y pretenciosa alquería del opulento americano»; pero cortada también bruscamente por barrancos profundos y hondas simas en las cercanías de la costa, que ya se abre en espaciosa y doradas playas, ya se extiende en estrechos y dilatados cabos, ya se cierra con altas y tajadas murallas de granito, con escarpadas peñas, escollos, islotes y arrecifes entre los que despedaza sus alteradas ondas el embravecido mar Cantábrico.

Y desde allí se contemplan también las venerandas ruinas con que la mano de la religión, del arte y de la historia han ido santificando, embelleciendo é ilustrando todos los lugares. El monte en que desierta se levanta la hospitalaria abadía, erigida por los antiguos monjes para socorro y alivio del caminante sorprendido por la tormenta y por la nieve en el corazón de los Alpes asturianos; el valle en que tiende sus muros vastos y sombríos el olvidado monasterio bajo cuyas bóvedas de piedra encontraron soledad y retiro los sabios, consejo y sepultura los reyes, asilo los desvalidos y menesterosos; el río en que gallardo ostenta sus oji-

vales arcos el encumbrado puente que ofreció franco paso á las acosadas huestes asturianas en los días de las grandes luchas; la colina en que solitaria se destaca la ermita como un monje postrado en oración al pie de la elevada cruz que la sombrea; la peña en que iergue aún formidable sus derruidas torres el castillo feudal, como viejo guerrero que cubierto de cicatrices contempla en pie todavía el antiguo teatro de sus hazañas.

¡Ruinas artísticas realizadas por las espléndidas galas de la naturaleza que las engarza; ennoblecidas por el augusto sello del tiempo que las blasona; consagradas por el heroico recuerdo de la historia que las ilustra, y poetizadas por las leyendas y consejas con que la tradición las enriquece, rodeándolas de terrores y de misterios! Ruinas que sólo Asturias posee, porque como asegura un arqueólogo ilustre (2): «Sólo Asturias combina esta triple ventaja uniendo los pintorescos paisajes del país vasco con los preciosos monumentos de la adusta y árida Castilla.»

Y así es en efecto. Dólmenes erigidos por los celtas en las remotas edades prehistóricas, en el seno de frondosos bosques; trabajos de minas abandonadas hoy, un día abiertas por la insaciable codicia de cartagineses y romanos en las rocas; aras romanas elevadas en los promontorios de los cabos; vestigios de castramentación en puntos estratégicos; grutas y santuarios venerados por la tradicional piedad de los montañeses como lugares santos de apariciones milagrosas; capillas contemporáneas de los albores de la Reconquista, en que la arquitectura latino-goda concentró en diminutas joyas la riqueza de su ornamentación y sus gallardas proporciones; iglesias, colegiatas y monasterios anteriores, contemporáneos y posteriores al apogeo del arte bizantino, tendidos sobre los montes y riberas; castillos arruinados, atalayas de valles y cañadas, á cuya vista de águila en vano pretende ocultarse el caminante de aquellas comarcas agrestes; torres de los antiguos Templarios, que aún levantan sus pardos murallones en las erías, como protesta contra la injusta proscripción de sus caballeros; fuertes erizados en las montañas y en las costas contra las correrías de los árabes y los desembarcos de los normandos; puentes fantásticos, cuya fábrica atribuye la tradición al Diablo, cabalgando sus arcos ojivos coronados de hiedra sobre las corrientes torrenciales de los ríos, y, por último, el primitivo templo astúrico más tarde monasterio bizantino, y hoy soberbia catedral gótica que levanta á lo alto sus caladas agujas en el centro de la histórica ciudad de Oviedo, indican á cada paso que estos montes inaccesibles, estas comarcas salvajes y estas bravas costas asturianas han recogido en su seno los ricos legados de todas las grandes civilizaciones que las codiciaron como la última y más preciada conquista de su poder y de su gloria, adivinando tal vez en ellas el signo providencial que las señala para último asilo de todas las agonías solemnes, y primera cuna de todas las gloriosas restauraciones, como elocuentes lo pregonan, más que sus monumentos artísticos, obra del hombre, sus monumentos naturales, obra de Dios.

Tal nos lo grita el venerable *Monsacro*, envuelto en el misterioso sudario de sus brumas, y en cuyas tortuosas cavernas hallaron amparo y refugio las reliquias de los santos y los vasos sagrados, que como restos escapados del naufragio de la España Goda, transportaron sobre sus hombros en los días tristes de la patria los fugitivos de Toledo, y tal nos lo confirma también, y sobre todo, allá en lo más abrupto de la región oriental, en las ramificaciones de los *Picos de Europa*, debajo del profundo lago de *Enol*, á través de las espumosas aguas del *Diva*, en el mismo corazón del gigante *Auseva*, en aquel «santo lugar cuya extrañeza, como dijo el sabio cronista de Felipe II, no se puede dar á entender bien del todo con palabras», la veneranda cuna de la religión de la monarquía y de la nacionalidad española: ¡*Covadonga*!

Descendamos, pues, de estas alturas, no sin haber exclamado antes con un sabio arqueólogo español (3), que «el antiguo Principado de Asturias, una de las regiones más pintorescas de la Eu-

ropa meridional, que compite, y no sin ventaja muchas veces, con la celebrada Suiza, así por lo quebrado y majestuoso de sus empinadas montañas, como por lo risueño y frondoso de sus angostos y tortuosos valles, como por sus elevadísimos picos, cuyo grandioso aspecto sobrecoge y admira, es la tierra clásica de las tradiciones históricas y populares que en cada montaña, cada colina y cada roca están consagradas por el vivo recuerdo de alguna tradición misteriosa, ó por el noble testimonio de alguna patriótica hazaña, en la que no se acierta á dar un paso sin que surja un nombre venerado ó el recuerdo de algún hecho de alta trascendencia», y paseando nuestra vista por las laderas en que trisca el ganado ó se entrega á sus rústicas faenas el labrador, deslicémonos suavemente á lo largo de la pendiente y sinuosa carretera, que orillando insondables despeñaderos y bordada de macizos y elevados pilares que indican su trazo en los días de las grandes nieves, nos conduce al seno del antiguo reino de Oviedo, para ver de cerca sus costumbres campestres, principal objeto de este trabajo.

II.

Rudas, sencillas y guerreras fueron siempre las costumbres de los habitantes de esta comarca, en cuyos naturales límites comprendió la naturaleza y la historia las razas gemelas de Cántabros y Astures (4), que fieros y celosos de su independencia resistieron el poder de Roma, emponzoñándose con el zumo del tejo ántes que rendirse prisioneros, y entonando al morir en la cruz de que los suspendían sus enemigos, himnos y cánticos de victoria; que se levantaron animosos contra los feroces invasores del Norte, acaudillados por los Bagandas, tipo y ejemplar de los posteriores guerrilleros españoles, que llevaron á cabo con Pelayo la restauración de la Monarquía, que encerrada en los estrechos límites de una cueva se extendió después por los ámbitos de dos mundos, y cuyos hijos más tarde declararon la guerra al vencedor de Europa, desde el fondo de sus gloriosas montañas.

Religiosos en alto grado unieron á sus creencias en un solo Dios Creador y Señor de todas las cosas, al que festejaban con danzas y coros en las espléndidas noches del plenilunio, las más atroces y crueles supersticiones, sacrificando al número de la guerra hombres y caballos juntamente. Tendencia tan irresistible á lo maravilloso en estas razas, que aún hoy día, á pesar del invasor escepticismo de los tiempos, no faltan crédulos aldeanos que afirmen la existencia de las misteriosas *vanas*, lavando sus madejas de oro en el trasparente remanso de los cristalinos manantiales, y la temida aparición de la *Hueste*, desfilando en lenta procesion por las cumbres de las montañas en las altas horas de la noche.

Así lo relatan los ancianos á los jóvenes, cuando sentados cabe el *llar*, donde resplandece y chispea el encendido tronco del roble ó del castaño, se entregan hombres y mujeres á las rústicas labores de la *esfoyaza* ó de la *fila* en las claras noches de verano, ó en las largas y brumosas del invierno, mientras el jarro de la clásica *sidra* pasa de mano en mano y de boca en boca, y mientras las castañas revientan y se doran bajo el rescoldo y la ceniza.

El *bable*, antiguo dialecto de sus montañas, hijo, sin duda, de aquella enérgica y sonora lengua que, según el inspirado cronista del emperador de las Españas Alonso VII, «enardecía los corazones como el vibrante y agudo clamor de una trompeta», y cuya semejanza con el antiguo castellano aparece al momento que por primera vez se oye pronunciado con el melancólico acento de aquellos hijos de las nieblas, es el idioma nativo con que se expresan los astures; y la graciosa monterra, derribadas las puntas sobre el lado izquierdo, la verde chaqueta terciada sobre el mismo hombro, el corto y apretado calzon hasta la rodilla, y el nudoso garrote en la mano, en los hombres, y el vistoso pañuelo sobre la cabeza, el dengue cruzado sobre el ancho seno, las medias azules y las sayas cortas, verdes ó amarillas, en las mujeres, constituyen los tradicionales y pintorescos trajes de aquellos sencillos aldeanos.

(1) AMADOR DE LOS RÍOS, *Poesía popular de España*.

(2) CUADRADO, *Recuerdos y bellezas de España*.

(3) AMADOR DE LOS RÍOS, *Poesía popular de España*.

(4) Véase sobre los límites definitivos de la Cantabria, AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA, *El Libro de Santoña*.

Las *romerías* celebradas al rededor de algun histórico santuario situado en lo alto de alguna colina sobre las riberas del mar, ó en el fondo de algun sombrío bosque de copudos *carbayos*, son las fiestas habituales de estas comarcas. Allí, á los fulgentes resplandores de alguna colosal *foguera* alimentada por carros enteros de secas *argomas*, unidos hombres y mujeres por las manos, y con los palos levantados en alto á guisa de lanzas, se entregan, formando ancha rueda, á los acompasados movimientos de la *danza prima*, antigua *danza guerrera* de los primitivos astures cuyo misterioso origen se remonta á las edades homéricas, acompañada de cantos tristes y candenciosos, sólo interrumpidos por el feroz *jijú!* lanzado de cuando en cuando á los aires en són de reto, como salvaje grito de guerra, y no pocas veces terminados al són de tremendos garrotazos entre los contrarios y rivales habitantes de dos comarcas vecinas.

La siembra y cultivo del *maíz*, planta favorita de los asturianos, que les suministra la dorada *borona* con que reemplazan el pan; la cria del ganado vacuno, providencia de aquellas montañas; la fabricacion de la *sidra* en los gigantescos *llagares* de madera, son las labores ordinarias de aquellas gentes, que las alternan con la elaboracion de la manteca y del queso, en las montañas en que los sustanciosos y aromáticos pastos dan á la leche las apetecidas condiciones.

El carro de macizas y claveteadas ruedas, cuyos apretados ejes rechinan con estridente y desaparecible chirrido; el *horreo* levantado sobre cuatro pilares, y revestido de las amarillas ristras de panojas, son los objetos más característicos de su agricultura, que tienen la explicacion de su particularidad, el primero en la angostura y declive de los senderos, y el segundo en la humedad del suelo y en la abundancia de roedores.

Diseminados por los montes los caseríos de las aldeas, sólo conocen sus habitantes como lugar de reunion la iglesia, en cuyos pórticos aprenden la doctrina y las letras los traviesos rapaces, y leen con grave voz los alcaldes los bandos de la autoridad, y bajo cuyas bóvedas asiste el pueblo á la celebracion del Santo Sacrificio con edificante devocion y recogimiento. Las distancias que algunos tiene que recorrer para cumplir este precepto son grandes y de tránsito peligroso en algunas épocas y regiones. Morales recuerda en su *Viaje Santo* su visita á la iglesia de Santa Eulalia de Abamia: «El día que yo allí estuve, dice, era domingo, y parecia que estaba allí el Real del Rey don Pelayo, pues habia más de doscientas lanzas hincadas al derredor de la iglesia de los que venian á misa. Y dan razon del traerlas, que como vienen por aquellas breñas, pueden encontrar un oso de que hay hartos, y quieren tener con qué defenderse.»

Mayores peligros y dificultades suelen ofrecerles las nieves, que cayendo copiosamente en aquellas montañas, sepultan sus pueblos y caminos bajo el blanco sudario de sus copos. A desembarazar las degolladas ó pasos de los puertos acuden á centenares los *espaldadores*, labrando entre los blancos paredones hondo camino, por donde transitan con sus caballerías, comunicándose sólo los habitantes de las aldeas encaramadas en los montes por agujeros y túneles abiertos en la nieve. Los remolinos formados por la ventisca, y los aludes y las abalanchas que se desprenden desde la cima de los montes, hace peligrosísimo el tránsito por aquellos parajes, en los que sólo en días serenos y despejados se aventuran los guías, sondeando ántes de moverse el terreno con largas *pértigas* ó palos para asegurarse de su firmeza.

Estos trabajos y faenas hacen del asturiano un hombre duro, sobrio y fuerte, cuyo natural melancólico resalta más con su rostro, de tez blanca dorada por el sol, adornado por los ojos azules y por los cabellos rubios ó castaños comunes á las razas del Norte, y dan á las asturianas que alternan con los hombres en los trabajos campestres, hilan el lino y trepan por las montañas á las fuentes, con la graciosa *ferrada* cubierta de sus brillantes aros de hierro sobre la cabeza, la salud y la robustez que atestiguan su fecundidad, y los largos años de vida que por lo comun alcanzan.

Tales son los comunes caracteres de los tipos, costumbres y usos asturianos, tomados en conjunto, pues mal pueden equipararse en un todo los

habitantes cercanos á las ciudades de la costa con los que viven perdidos en lo más áspero y salvaje de las montañas del interior, y regiones hay en que, como dice un diligente investigador de nuestras bellezas (1), «á medida que se interna hácia el Sur, hácese más quebrado y montuoso el suelo, más escasos y míseros los lugares, más incultos sus moradores, y al llegar el viajero, cruzando el concejo de Ibias, á los encumbrados puertos que divididos por hondos valles trazan los confines de las tres provincias de Galicia, Asturias y Leon, asómbrase de verse en el seno de un país completamente salvaje. Grupos de pajizas cabañas, figuras pálidas y vellosas con informes harapos por vestidos, con inarticulados gritos por lenguaje, parecidos casi á los osos de sus breñas, tropas de niños y mujeres huyendo con espanto al desacostumbrado ruido de las pisadas de un caballo, ó saliendo á su encuentro con estúpida curiosidad; pobrísimos hogares donde son objeto de lujo casi desconocido el pan, el vino y el aceite, pueblan solamente aquel territorio, por otra parte pintoresco, pero agreste é infeliz sobre todos los fronterizos.»

A estas salvajes montañas, y cuando derretidas las nieves que las sepultan descubren sus verdes y menudas gramas las ondulantes praderas que las tapizan, es adonde conducen sus ganados las tribus casi nómadas de *vaqueros* que habitan las solitarias *brañas* en lo alto de los escarpados montes del interior y de la costa.

Raza maldita, cuyo desconocido génesis atribuyen unos á los primitivos aborígenes asturianos, otros á los siervos moros que se rebelaron contra Aurelio, y los más á los fugitivos restos de los moriscos derrotados en las Alpujarras, sin que falten algunos que, con mayor fundamento á nuestro modo de ver, pretendan encontrarlo en los esclavos orientales que para el laboreo de las minas transportaron los romanos á estas regiones, ofrece el singular espectáculo de una sociedad dentro de otra sociedad, de un pueblo viviendo en el seno de otro pueblo, sin confundirse ni mezclarse, separados por la infranqueable valla de añejas costumbres y arraigadísimas preocupaciones.

Gente montaraz y arisca, exclusivamente entregados al pastoreo, viven vida comun con sus ganados y familias en el estrecho recinto de sus chozas de piedra, donde soportan las inclemencias del invierno, y que abandonan solitarias cuando llega la época de sus periódicas emigraciones. Organizadas entónces en grandes caravanas, dejan las costas y las montañas del interior para dirigirse á los altos puertos de las cordilleras, á través de casi impracticables senderos, llevando consigo todo su ajuar sobre los lomos del ganado vacuno, y suspendiendo sus más frágiles menesteres, sus animales domésticos, y hasta sus tiernos niños de pecho entre las astas de los bueyes, á cuya prudencia y seguro paso los confían en las penosas jornadas del camino.

Llegados á los puertos ni siquiera establecen su aduar, viviendo vida primitiva en aquellos pintorescos lugares, alimentándose de la leche de sus ganados y durmiendo á cielo raso bajo la espléndida bóveda del cielo.

El origen maldito que se les atribuye, su vida de soledad y apartamiento, el apego á su rústica profesion y á sus salvajes costumbres, los encumbrados lugares que de antiguo habitan, y más que todo el influjo de la tradicion, perpetuada por las generaciones, hacen de estos *vaqueros* una especie de *párias*, objeto de aversion y de menosprecio para los labradores asturianos, cuyo desvío pagan ellos con la más absoluta indiferencia. Ni los unos consienten sus alianzas, ni los otros las buscan ni las desean, manteniéndose siempre á distancia en todas las relaciones de la vida. Aún hay iglesias que conservan la inmensa viga atravesada por la nave, como insuperable barrera entre labradores y *vaqueros*, y aún hay mercados en los que el precio de la res se deposita sobre una piedra, de donde lo recoge el *vaquero*, cuyo temido contacto parece recordar el de los antiguos leprosos de la Edad Media.

Y, sin embargo, es menester confesar, como decia Jovellanos (2), «que si hay un pueblo libre

(1) CUADRADO, *Recuerdos y bellezas de España*.

(2) Carta sobre el origen y costumbres de los *vaqueros* de *alzada* en Asturias.

sobre la tierra lo es éste, sin disputa, no porque no esté sujeto como los demás á las leyes generales del país, sino porque su pobreza lo exime de las civiles y su inocencia de las criminales; los reglamentos económicos no tienen jurisdiccion sobre él, porque sólo cultiva para existir y sólo trafica en los mercados libres.... la aspereza de sus poblaciones aleja de él los molestos instrumentos de la justicia, y su rudeza natural los sorteos y los enganchadores para la guerra.»

III.

País tan áspero y montañoso y regiones tan salvajes y agrestes no pueden ménos de ofrecer á los cazadores que, despreciando el regalo y comodidades de las expediciones cortesanas, codicien las grandes emociones de las verdaderas monterías, largo premio y rica recompensa á sus duras penalidades y trabajos.

Consisten éstos, sobre todo, en lo quebrado y pendiente de los cazaderos, que obligan al cazador á descender y á subir trabajosamente las peñas y montañas que en corto vuelo atravesó la pintada perdiz, y en lo tupido y espinoso de los matorrales y bosques en que se guarece el azulado faisán ó la picuda chocha; pero compénsanse estos trabajos con la mucha espera de la caza, que busca más su salvacion en las defensas del terreno que en la rapidez y fuerza de sus alas, lo que unido al gran andar y muchos vientos de los enjutos perros asturianos produce al fin riquísima cosecha de triunfos venatorios.

Coloca el cazador sus *atalayas* en los más altos puntos del cazadero, y colgando un sonoro cascabel al collar de su perro de caza, le deja galopar á su sabor por campos y por mieses, atento más que á nada al sonido del vibrante metal, cuyos ecos le indican el punto del monte que registra, y cuyo silencio le advierte que el perro está *de muestra*. Diríjese allá despacio el cazador, si no es que el perro, más amaestrado, retrocede á buscarle, indicándole con sus saltos que descubrió la caza apetecida, y preparada la escopeta, animale á *romper la muestra*, diciéndole con voz breve el imperioso: *Entra*. Lánzase el perro sobre la banda de perdices, que no siempre consigue levantar, y mientras el cazador hace lucida *carambola*, los *atalayas* cuentan el número de las perdices que quedaron y siguen con vista atenta su vuelo, marcando el punto en que, doblando, se abatieron: acude allí entónces el cazador, y registrando bien la *quebrada*, derriba una tras otra todas las restantes, sucesivamente *paradas* y *cobradas* por su perro, dejando sólo tres de cada banda que descubre.

En cuanto á la caza de robegos, verificase aún con mayores trabajos y peligros, abandonando el cazador la bota y la polaina para calzar su pié con la flexible y apretada albarca, que con mayor dificultad resbala sobre la lisa superficie de las encumbradas rocas, adonde dejando atras los bosques y praderas, tiene que trepar el cazador si ha de sorprender á las astutas reses en sus sabrosos pastos y solitarios abrevaderos.

Erguido sobre la más alta peña, destácase con apuesto continente el macho, jefe de la manada, tendiendo atentos el olfato, la vista y el oído á los cuatro puntos del horizonte, mientras el resto del rebaño busca entre las grietas de las rocas y á la orilla de los ventisqueros la aljofarada hierba y el menudo césped de las alturas, y pronto el galopar sonoro de todos ellos por sobre las aristas de las peñas indican que el viento descubrió con las emanaciones de su cuerpo ó con el sonido de sus pisadas la presencia del cazador artero.

El eco sordo de una detonacion rasga los aires, y en breve el vigilante centinela que entre todos descollaba por su gentileza y gallardía disminuye la velocidad de su marcha, hace esfuerzos por salvar un barranco que delante de sus piés se abre, y rueda por fin en él con estrépito, dejando matizadas de sangre las desnudas piedras.

Y por lo que hace á la montería del tardo y corpulento oso, rey de los montes asturianos, requiere, por lo general, mayor aparato y ostencion que la que en los demás casos se usa.

Señalada la presencia del oso en el seno de alguno de los intrincados montes que frecuenta, ya por el destrozo de las mieses cercanas, ya por las huellas de sus garras impresas en el tronco del

haya gigantesca, á que trepó para alcanzar su fruto, ó en el hueco y colosal tronco del roble, desgarrado para extraer la miel de la colmena que en su interior labraron las abejas silvestres, ya por el estrago de los ganados, cuyas robustas fuerzas paraliza el tremendo animal sujetándolos por las astas y por los lomos, organizase en breve la correía, que dura, por lo general, largas horas.

Colócase el cazador de antemano, ya en la cumbre de un elevado peñasco suspendido sobre el abismo, ya á las márgenes de un caudaloso torrente, sentado en alguna redonda piedra pulimentada por las aguas, ya en el medio de alguna escondida senda perdida en lo interior de los bosques. Pasos todos forzados de un monte á otro, y por cuyo centro tiene que atravesar el oso apénas acosado abandone el reposo de su *cubil* ante el estrépito de los ojeadores.

Comienzan éstos la batida, moviendo gran algarazara y ruido por todo el monte, batiendo las malezas con sus fuertes y nudosos palos, disparando cohetes á lo largo de las cañadas, atronando los valles con su estentóreo griterío. Los perros, ensangrentándose con las zarzas y abrojos, laten con voz sonora y solemne, como si conociesen la importancia de la fiera que cazan, y las alimañas asustadas vagan temerosas por la espesura, mientras las inquietas ardillas saltan de rama en rama por las altas copas de los árboles.

Nada de esto percibe el cazador que, solitario, espera apoyados los cañones de su carabina sobre el caído tronco de algun árbol ó sobre la cresta de la roca en que se guarece. Sólo el ruido del viento que zumba en las alturas, ó el estruendo del río que se despeña, ó el murmullo que forman las hojas al caer hiere sus oídos, atentos al más leve rumor de la montaña.

Pero crece de pronto la vocería; un *jahí va!* prolongado y potente retumba en las fragosidades de la sierra; menudean los tiros y disparos de *voladores*, arrecian los perros su ladrar, y si el eco de estos estrépitos no llegan repercutidos de valle en valle á los oídos del cazador, no tarda éste en sentir el chasquido de la maleza que se rompe, el fragor de las piedras que se desprenden y ruedan por la pendiente de la montaña, el áspero ronquido de una respiración fatigosa, y con el corazón palpitante y el rostro sereno, apoya el dedo en el gatillo de la carabina, fija la vista en el negro boquete de piedras y follaje que se abre á sus pies, y espera.

¡ Ahí está!... imponente, majestuoso, magnífico, erizadas sobre la cabeza las lustrosas cerdas, brillantes los hundidos ojos, mostrando al descubierto su ancho y velludo pecho y sus fornidas garras. Asómbrase más que irritase al descubrir al cazador que lo contempla, y sólo cuando éste se echa con seguridad y rapidez la escopeta á la cara lanza fieros rugidos, alzándose sobre sus nervudos y disformes pies para abalanzarse sobre el hijo de San Huberto.

Pero el disparo suena, y apénas el oso sacude sus ensangrentadas melenas con furia, cuando una segunda detonación ensordece el espacio, y el oso, herido en el corazón por las certeras balas, se desploma y rueda por la pendiente, llevando entre sus garras tierras y malezas, tronchando los retoños de las hayas y arrastrando tras sí una avalancha de piedras que, envolviéndole, le acompañan hasta el fondo del río.

Pronto los ojeadores acuden por veredas y atajos, y en breve, sobre rústicas andas, desciende en hombros de robustos paisanos á la aldea del valle el glorioso trofeo de la destreza del cazador, espanto y gala poco há de las selvas.

Cuando la noche tiende su manto sobre los cielos, el oso, suspendido de un árbol é iluminado por los vivos resplandores de una hoguera, sirve de centro á la alegre danza de los labradores, que victorean al cazador héroe de tanta hazaña.

Si tan variados lances y tan halagüeñas emociones ofrece el arte de la caza en los bosques de estas montañas, no menores ni ménos gratas ofrece el arte de la pesca en los caudalosos ríos que las bañan, vistiéndolas al paso de amenidad y de frescura.

Nacen los ríos asturianos en lo más alto y fragoso de las cordilleras, ya tomando sus aguas del misterioso fondo de algun lago perdido entre sus cumbres, ya del brillante y cristalino manantial

que brota de la musgosa peña en la cima del bosque, ya de las nieves que blanquean los encumbrados picos de las montañas, y derrumbándose en fragorosos torrentes bajan saltando por estrechas gargantas y desfiladeros llamados *foces*, encallejados entre altísimas y paralelas rocas coronadas de arbustos hasta dar en la vega, en cuyo fondo, matizado por el verdor de las praderas y maizales, y sombreado por tilos, plátanos y fresnos, serpean en caprichosos giros, formando aquí remansos sobre profundos y transparentes pozos, rompiéndose más allá en espumosos *rabiones* contra los redondeados cantos de su lecho, encerrando despues entre sus brazos estrechas y prolongadas islas cubiertas de sauces y tamarindos, hasta que llegando á la marina se tienden por las juncosas riberas y arenales, formando anchurosos lagos que, acrecidos con las aguas del Océano en las grandes mareas, se desbordan y extienden sobre los campos, inundan las praderas y asemejan un mar tranquilo, de cuyo seno surge allá una colina, acullá un bosque, más allá un molino ó una cabaña, y sobre cuyas superficies, cuajadas de brillantes insectos y pececillos se ciernen y se abaten las blancas gaviotas de la mar, mientras el ánade describe círculos en los aires, y el martin-pescador, con el iris sobre las alas, roza silbando la superficie de las ondas, pronto á calar tras el plateado *moil* al transparente seno de sus cristales.

Tal variedad de aspectos en tan accidentada carrera ofrece variedad infinita tambien de ocasiones al arte de la pesca, que ya persigue la salmonada trucha con la *garrafa* y el *trasmallo* en las angosturas de los ríos, ya acosa y encierra al *moil* y á la *llobina* con *trainas* y redes en las desembocaduras de las costas, no léjos de donde aparejan sus lanchas y *boniteras* los pescadores de sardina, y los que, más audaces, se lanzan á los azares y peligros de alta mar en persecución de los atunes; alcanzando esta variedad tambien á la pesca más especial y característica del país, que es la variada pesca del salmon, el monarca fluvial de los espumosos ríos asturianos.

Remontan con la *red de palos* sus furiosas corrientes en los *rabiones*, donde el río se quiebra contra la fortaleza de las peñas, los más expertos enemigos de esta presa, mientras sus compañeros apedrean las aguas desde las márgenes para obligarla á que penetre en las redes; y escudriñan más tarde unos y otros con la acerada *fisga*, armada de tres arpones afilados, las tranquilas aguas de los remansos, donde el salmon, confundido con las arenas, reposa.

Pero la verdadera pesca del salmon verificase en los profundos pozos que se abren en el mismo cauce de los ríos. Cercada su boca con anchos y resistentes *paradejos*, arrójase al agua un buzo, sin más aparato que la robustez de sus pulmones, y dirigiéndose al salmon que en sus hondos senos habita, trata de enlazarlo con el corredizo nudo de un cordel de azote; si lo consigue, remóntase ligero á la barca, llevando en su mano el otro extremo del cordel, y en breve empieza una azarosa y violenta lucha, en la que, vencida la resistencia del salmon por el acertado *tira y afloja* de los pescadores, sucumbe al fin sin fuerzas, saliendo á la superficie de las aguas sofocado y rendido. Si se escapa al contacto del cordel, pronto otro de los corpulentos hijos de Asturias *chapuza* diligente á su vez, y lanzándose á traves de las aguas como disparada saeta, pasa su mano por encima del lomo del salmon, apretándole con entrambas por las agallas. Sacude el salmon sus recios coletazos, agitando el agua del pozo, y el pescador, abrazándole contra su pecho, hiere con el talon el cauce del río para elevarse rápido á la superficie, donde le espera la barca, en cuyo fondo arroja su magnífica presa, que salta y se debate con las últimas congojas de la agonía.

Tambien es curioso cómo se verifica la abundante pesca de anguilas en estos ríos en las épocas de las grandes avenidas. Levantan los pescadores una choza en el centro de alguna isla de las que encierra entre sus brazos el río, y con los mismos *regodones* que forman su lecho elevan grandes *cañales* en forma de embudos, que abrazando por una parte todo lo ancho de la corriente, vienen á rematar en la opuesta en grandes cestos de mimbres. Las aguas, acrecidas con las lluvias ó con el deshielo de las nieves de las montañas, aumentan en caudal

y velocidad de tal suerte que, arrolladas las anguilas, se precipitan á millares siguiendo las paredes de la *cañal*, en el cesto que las remata. No sin que alguna vez suceda que, creciendo mucho las aguas destruyan las paredes de los *cañales*, invadan la isla en que se hallan los pescadores y véanse éstos resignados á perecer sin posible socorro, pues ni la fuerza de la corriente consiente barcas, ni la distancia que de las orillas los separa permite arrojarles cuerdas ó tablas de salvamento. Escena triste cuyo horror es imposible describir, pues al llanto de las acongojadas familias, acorridas al siniestro rumor de la catástrofe, únese la solemne confesion de sus pecados, hecha en voz alta por aquellos infelices, coronada por la suprema bendición del sacerdote, que cae sobre sus cabezas próximas á sumergirse bajo las aguas.

Auxiliares del hombre en estas expediciones y correrías, tanto para vadear con seguridad los torrenciales ríos como para trepar con firmeza por los escarpados senderos de las montañas, son los famosos caballos *asturcones*, tan celebrados por los romanos, y cuyos servicios, más útiles que brillantes, sólo pueden apreciarse recorriendo estas regiones montuosas.

Críanse éstos caballos en estado casi salvaje, sueltos en manadas por los puertos, sobre todo en el renombrado de *Sueve*, adonde siben á cazarlos acosándolos entre las peñas sus presuntos dueños para conducirlos al mercado. Su corta alzada, finos remos é inteligente cabeza apénas hacen sospechar la dureza y sobriedad de sus cuerpos y la valentía y agilidad con que trepan por las verticales pendientes de aquellos montes á la orilla de barrancos y precipicios; y no ménos ayudan á los montañeses, así para la guarda de sus ganados como para las duras fatigas de la caza, los enormes mastines de sus cabañas y los vistosos y mosqueados perros de sus antiguas razas cazadoras.

IV.

Cuadro verdaderamente encantador es el que, como vemos, presenta este país privilegiado, pero aféalo en parte ya ese enemigo de la inocencia, de la sencillez y de las bellezas silvestres, engalanado por nuestro orgullo con el mentido nombre de *civilización*.

La larga carretera labrada en la falda de las montañas de los puertos á fuerza de hierro y oro, hasta el punto de preguntar Carlos IV *si estaba empedrada de plata*, abrió una nueva y más cómoda comunicacion á las ideas y costumbres del resto de España que la que hasta entónces tenían con las vecinas provincias de Galicia y de Santander por el camino que, aunque bautizado con el pomposo nombre de *Real* en nuestras *Cartas Topográficas*, obligó á exclamar á un viajero frances (1) « que no se podia dar idea de los peligros de este camino, colgado en partes sobre el mar, á menudo en medio de altas montañas y gargantas estrechas ó entre espesos y sombríos bosques, teniendo que atravesar treinta y seis ríos, y de éstos sólo seis sobre puentes, nueve en barcas y el resto á caballo. » Pero hoy ya la negra locomotora atruena con los prolongados silbidos de las válvulas de sus calderas los ecos de los valles, anunciando que la *civilización*, con todo su cortejo de miserias, crímenes y deformidades, ha hecho irrupcion en las comarcas asturianas.

Así lo atestigüais tristemente vosotros, hermosos valles de Mieres y Langreo, con vuestros altos hornos encendidos y con la sorda trepidación de las máquinas de vuestros talleres. El negro carbon, arrancado del seno de vuestros montes por la insaciable codicia de los extranjeros, cubre de espesa nube de negro polvo las verdes hojas de los árboles y los claros manantiales de vuestras fuentes. Montañas de sucia escoria interrumpen el curso de vuestros ríos, de cuyas turbias aguas huye ya la moteada trucha y el plateado salmon y la ondulante lamprea; el hacha del minero tala incesante vuestros poblados bosques, para sostener, con sus desnudos troncos, que ántes se alzaban gallardos á las nubes, las subterráneas galerías de vuestras minas; vuestros honrados moradores, joviales, sa-

(1) Alexandre de Laborde, *V. á E.*

nos, limpios y robustos, parecen hoy espectros ó demonios cuando, tiznados los rostros y las manos, con el hacha ó el pico en la cintura y la agonizante linterna en la montera, salen, como fieras de sus guaridas, de las entrañas de la tierra para consumir el precio de su salud y de su trabajo en el innoble seno de algun *chigre*, donde la blasfemia, entrándose por los oídos, toma carta de naturaleza en los labios, y donde, perdido el cariño y respeto á toda creencia, á toda tradición y á toda autoridad, que constituían su peculiar fisonomía, se convierten en estúpidos soñadores de las concupiscencias socialistas, esclavos del primer charlatan que los explote, y déspotas y verdugos de su familia y de su alma.

Celebren en buen hora los entusiastas adorado-

res de los *intereses materiales* la riqueza mineral de este suelo, cuyos ríos arrastran arenas de oro, cuyas cuencas están preñadas de carbon, y cuyas peñas ocultan ricos filones de cobre, de cinabrio, de hierro, de cobalto, de blenda y calamina. Nosotros, amantes de lo *bello* y de lo *bueno* antes que de lo *útil*, preferiríamos que Asturias permaneciese siempre en su primitivo aspecto de país patriarcal, y que su pueblo, feudal por tradición y naturaleza, conservase sus piadosas creencias y sus antiguas costumbres en el seno de sus alegres aldeas, entregado á la Ganadería y á la Agricultura, á la caza y la pesca, viviendo bajo la autoridad paterna del venerable párroco que le asiste, remedía y consueta en sus necesidades y dolores, y á la sombra de los muros de su iglesia, que como ma-

dre cariñosa le llama con la sonora voz de sus campanas para que levante la vista al cielo, que le señala con la cruz que se eleva sobre sus torres.

Sí, tenemos ese mal gusto, y, lo confesamos sin rebozo, nos placen más los pintados mármoles de nuestras montañas que los negros pedruscos de carbon de nuestras minas; preferimos el blanco crespon de nuestras blanquecinas nieblas al fúnebre penacho que corona las chimeneas de nuestras fábricas; encontramos más bellas las cavernas cuajadas de estalactitas de nuestras costas que los pozos oscuros de nuestras explotaciones industriales; nos satisface más el honrado aspecto de nuestros fornidos labradores que el demacrado rostro y la mirada torva de nuestros infelices mineros, y cuando, cruzando por las ásperas veredas de nues-



EL PUERTO DE PAJARES.

tras sierras, descubrimos las arruinadas murallas de un monasterio, recordamos la piedad, la instrucción, la defensa, el socorro que nuestros mayores hallaban entre sus muros, é involuntariamente se nos vienen á la imaginación nuestras fábricas, donde nuestros hermanos encuentran todos los males y miserias que corroen, en una sociedad que ha renegado de su Dios, el corazón del proletario.

¡Y, sin embargo, aquéllos se llamaban *siervos*; éstos son *soberanos*, gozan de *derechos ilegales* y disponen del *sufragio universal*!

Pero ya que así lo quiere la Providencia, que pródiga con estas montañas no sólo abrió en ellas las grutas y cavernas que fueron templos de la independencia patria en los antiguos días, sino que escondió previsoramente con la poderosa mano de los cataclismos prehistóricos, bosques enteros bajo los montes y las rocas que los sepultan, para que cuando corriendo los tiempos y sucediéndose las generaciones, la industria que hace prosperar las nacionalidades y la guerra que las mantiene libres necesitasen la sustancia que les da vida, la encontrasen en estos montes, verdadero santuario de la libertad española; esperemos siquiera que, arrojando esas teorías funestas y esas prácticas aborrecibles, merced á las cuales España, desconociendo estas riquezas, hace tributaria su industria, y ¡hasta su marina de guerra! del carbon extranjero, constituyendo así á Inglaterra en árbitra de su por-

venir industrial, y hasta de su libertad política, proteja por todos los medios la explotación de estas cuencas carboníferas, que compiten en calidad y abundancia con las inglesas, que están próximas á la mar, que atraviesan dos líneas férreas y que sólo piden un arancel que las ampare, una marina que la ayude y un puerto que dé salida á sus productos para que España halle en ellas, y por lo tanto dentro de sí, el pan de su industria, la sangre de sus ferro-carriles y el viento que conduzca sus escuadras á la victoria.

Dejemos, pues, seguir el inevitable curso del *progreso*, que sin duda para grandes fines empuja con su mano la Providencia, y mientras los estadistas lo fomentan y los sacerdotes lo purifican, retirémonos nosotros á llorar al fondo de alguna ignorada gruta, como las antiguas divinidades moradoras de los bosques, la profanación de la naturaleza.

V.

Hemos terminado nuestra tarea esbozando el mal trazado bosquejo de los agrestes campos asturianos, cuyas soberbias magnificencias más son para vistas y sentidas que para descritas.

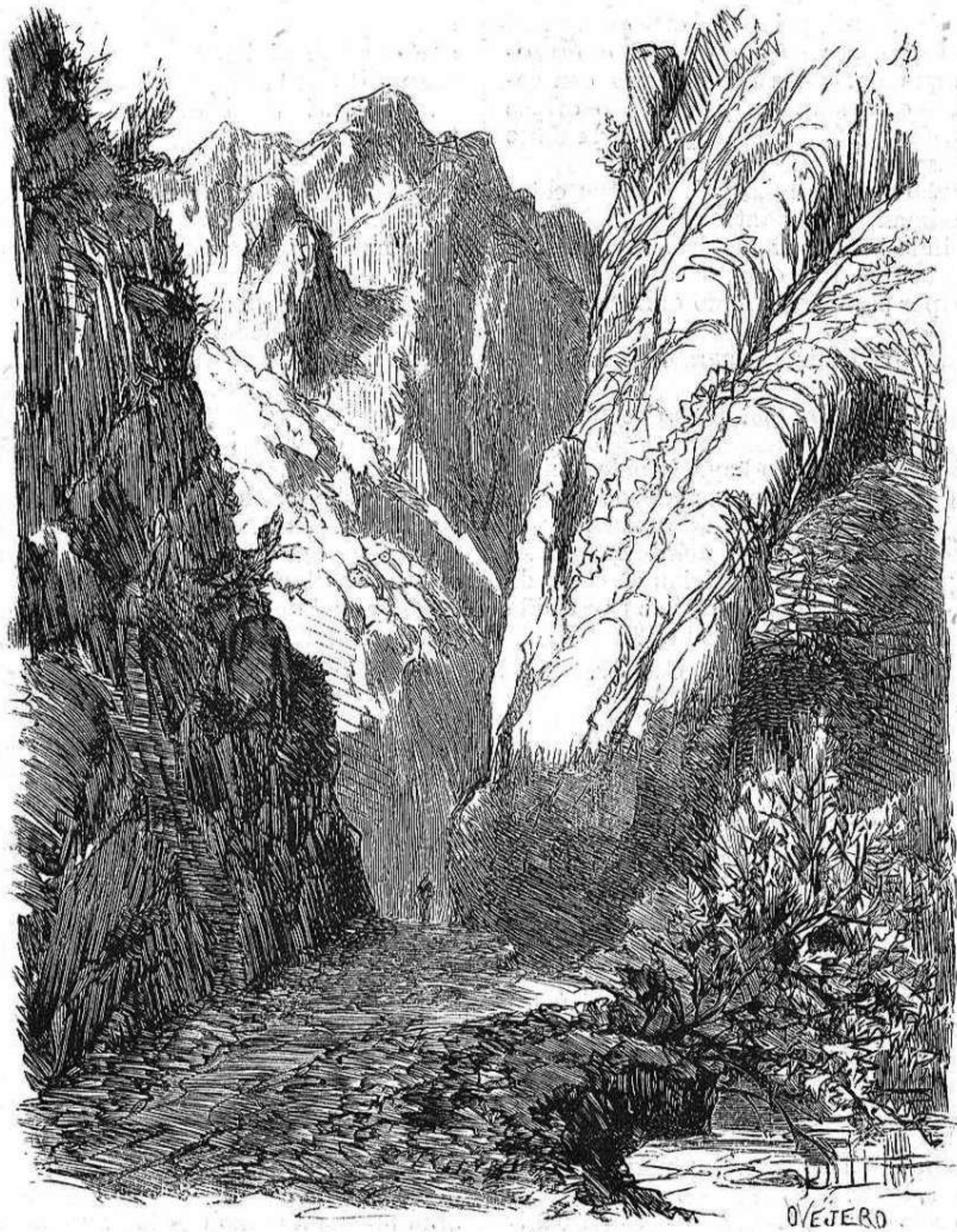
Desconócenlas en parte aún los mismos habitantes de las ciudades asturianas, por la gran dificultad y aspereza de los senderos, que tienen en Asturias vez y lugar de caminos, y que ya trepan

por entre riscos y malezas, como se labran en la desnuda pared de los *escobios*, como se internan en la salvaje espesura de los montes; y sólo las disfruta y aprecia el cazador aventurero, sorprendiéndolas en toda la deslumbradora desnudez de sus virginales atractivos.

Así las conocimos nosotros en esas horas des-acostumbradas del crepúsculo en que, sentados en las cumbres de las laderas, nos sorprendió la aurora escuchando el matutino cantar de la perdiz y el penetrante grito con que el gallo de monte saluda desde las copas de las hayas la venida del día; así las contemplamos cuando, al volver de la enriscada espera, nos deteníamos en la tajada cumbre para admirar los rojos celajes de las nubes, las negras proyecciones de las sombras en las montañas y los espléndidos destellos de las nieves de las alturas, heridas por los últimos rayos del sol, que lenta y majestuosamente se sepultaba entre los mares; así las divisamos también en la callada noche, cuando, escondidos entre los juncos que bordan las orillas de los lagos, esperábamos que se abatiesen con estruendo sobre sus aguas, iluminadas por la luna, las bandas de aves acuáticas que, lanzando sus salvajes graznidos al aire, se cernían en revueltos y caprichosos giros sobre nuestras cabezas. ¡Goces supremos desconocidos para los habitantes de las poblaciones, con que generosamente les brinda el paisaje asturiano!

Lo aseguramos sin vacilar. El hombre de fibra que, prefiriendo á las enervantes comodidades de las ciudades los encantos sublimes de la naturaleza, cabalga sobre un infatigable corcel asturiano, y suspendiendo del arzon de la silla la corta y reforzada carabina, precedido de un enjuto y resistente perro de raza asturiana y acompañado de un guía acostumbrado á las asperezas de estos montes, se entregue al inenarrable placer de recorrerlos, ya para admirar los sorprendentes espectáculos de sus accidentados paisajes, ya para estudiar sus históricas y artísticas ruinas, ya para recoger de labios del noble pueblo que los habita las tradiciones, leyendas y cantares en que consignó sus creencias, sus sentimientos y costumbres, ya para rendir, en desigual y valerosa lucha, al poderoso

rey de aquellas breñas, hallará seguramente incomodidades y privaciones en sus jornadas, tal vez encontrará peligros, habituales compañeros de semejantes excursiones, pero no turbarán su gozo ni el miserable aspecto del ratero, ni la faz criminal del secuestrador, ni el cobarde rostro del asesino. En los rientes cuadros de la naturaleza contemplará el benéfico influjo de la religión, que dotó de honradez y laboriosidad á sus moradores, en el torreado alcázar del noble como en la miserable choza del pastor, en la remota *braña* del vaquero como en el caserío del labrador acomodado, encontrará franca, generosa hospitalidad, que nunca se niega en esta tierra hidalga y devota de la Madre de Dios al que, peregrino, la solicita desde los umbrales del hogar con la salutación tradicional



LAS HOCES DE RIO ALLER.

en estas montañas del *Ace Maria*, y al apearse, de vuelta de su expedición encantadora, rendirá ardiente tributo de gracias al Señor, que tan hermoso ha hecho el primitivo solar de la monarquía española, y dará solemne testimonio de que, al trazar estas mal pergeñadas líneas, guió nuestra pluma tanto el desinteresado amor á la verdad como el amor al suelo asturiano, que es, para los que en él hallamos nuestra cuna y veneramos en él los huesos de nuestros padres, ya que no la patria toda entera, como el corazón de nuestra patria.

ALEJANDRO PIDAL Y MON.



LA CAZA DE CONEJOS.

Tan despiadadamente he visto tratar á la caza de conejos en un reciente y bien escrito libro y algun que otro artículo de periódicos, en que sus respectivos autores se esfuerzan en presentarla como despreciable y hasta odiosa, sin más razón para ello que un desmedido egoísmo y el no conocerla ni remotamente tal cual debe hacerse, que es como se practica en algunas partes, que varias veces me he sentido aguijoneado por el deseo de emborronar algunas cuartillas de papel en su defensa, siquiera por rendir un tributo de gratitud á una diversión á que debo tan deliciosos ratos y tan inolvidables días de placer; pero la desconfianza en mi torpe pluma se ha interpuesto siempre entre la voluntad y mi resolución hasta hoy, que al ver cómo se ha tratado este interesante punto por algunos de los asesores de la Comisión encargada de formular el proyecto de

ley sobre caza, me decidí á no pararme en barras, y por más que mi poca autorizada voz no haya de ser oída más allá de mi habitación, quiero decir algunas palabras sobre lo que, según el número 596 del periódico *El Globo*, se ha discutido y acordado en la reunión de aficionados celebrada en la corte á fines del pasado mes.

Dejando para luego la crítica de esta cuestión, después de algunas consideraciones, referiré el modo de hacerse en Andalucía la caza de conejos al salto y con un solo podenco castigador, desconocida por completo en una gran parte de España, donde sólo se ensaya el *ojeo* á la caza á *diente* por medio de la *jauría* ó *recova* y el huron.

No es de extrañar que los muchos aficionados que sólo conocen estos dos últimos sistemas (por más que merezca ser respetado el gusto de cada cual) traten con desprecio el primero, en que no existe el mérito, la inteligencia, habilidad, astucia é instinto del cazador, que hasta la mayor parte de los que la practican ni aun saben andar solos por el campo, y ataquen también al segundo, que, aunque más en carácter que el primero, le acusan de no entrar en él como esencial la destreza del tirador, deduciendo de todo ello que la caza de conejos es indigna de ser tomada en la menor estima. Esto es lo mismo que si los que, no conociendo otro modo de cazar la perdiz, ó no teniendo habilidad para buscarla y matarla de otra manera, nos presentáran como único medio de conseguirlo el del reclamo y el puesto en los aguaderos, pretendiendo por esto hacernos ver que la caza de perdices, indigna de todo buen cazador, debiera concluir por la extinción de tan preciosa ave. El caso es enteramente igual, y sin embargo, los que sabemos cazar la perdiz con perro de muestra, buscándola y sacándola de sus querencias, vemos qué distantes de la razón estarían los que, sin perfecto conocimiento de lo que decían, tal cosa pretendiesen.

Apénas habrá quien dude que el tiro de la perdiz es el más bonito, el más limpio y hasta el más elegante de todos, y que este ave nos ofrece en el campo con frecuencia el rey de los tiros, el que más entusiasmo á un cazador, que es el de pareja (1). Por mi parte puedo decir que no me

(1) Aquí distinguimos la pareja de la carambola, en que la primera es cuando se mata una pieza con cada cañón y distinta puntería, y la segunda cuando se matan dos ó más de un solo tiro.

causa nunca la muerte de una res en montería satisficcion más inmensa ni halaga más mi propia vanidad que el hacer una buena y vistosa pareja en perdices; pero asimismo sostendré también que la caza de conejos al salto en buen monte, tal cual la hacemos por aquí, nos proporciona el tiro más difícil de todos (no el más lucido), el de *tenazon*: pero el *tenazon* bien tirado, con perfecta conciencia de lo que se hace, sin confundirlo con los tiros precipitados que, á buen tuntun y pegue ó no pegue, cual palo de ciego, acostumbra los principiantes y chambones. El buen tirador deja correr una pieza, afinándola con calma y desahogo, cuando el terreno lo permite; y *tenacea* con imponderable ligereza y seguro tino cuando, en espeso monte, el conejo, rápido como una exhalación, sin dar apenas tiempo de que le miren, enseña momentáneamente el pelo al cruzar un claro de media vara. Conozco cazadores tan diestros en esta clase de tiro, que les he visto matar en un solo día doce, quince y hasta diez y nueve conejos seguidos al *tenazon*. Y ahora digo y pruebo á los que escriben y dicen que el que tira bien la perdiz tira bien á toda especie de caza, que están completamente equivocados. Mejor hubieran hecho en decir que el buen tirador ha de tirar bien á todo, y en ello estaríamos conformes.

El tiro de la perdiz es enteramente distinto del *tenazon* en el monte. Aquél consiste en la calma y serenidad adquiridas en más ó ménos grado á fuerza de costumbre, y éste en la excesiva ligereza, hija de una constante ejecución, aunque no todo el que mucho lo ejecuta llega á *tenacear* perfectamente, pues en esto sucede como en los *cantadores de soledá*, que el que no nace con disposición para ello, nunca hará más que vocear sin mérito. Son, pues, estos dos tiros tan diferentes, que conozco á más de diez que, tirando las perdices á la mayor perfeccion, no matan jamás un conejo en el monte, como no sea *gazapeado* ó de *bolo*, así como otros que, sin soltar en toda la vida la escopeta de las manos y que parece matan los conejos antes de verlos, sólo consiguen saludar con salva á las perdices, y hasta hay de ellos quien más de una vez ha llamado á mis hermanos ó á mí para que tirásemos las perdices que vió darse en algun cerretillo, mientras él quedaba sentado observando la operacion.

Cuando en fin de verano y principios de invierno acuden á Tarifa los ingleses desde Gibraltar para tirar las codornices durante el paso y luego los ánades y becacas en la laguna de Janda, se ve con mucha frecuencia entre ellos asombrosos tiradores de volateria; pero cuando han querido entrar en el monte, han quedado en el mayor deslucimiento. Este no es el tipo del tirador completo. Al que así sucede, tanto en la caza de pluma como en la de pelo, no es más que medio tirador, que para merecer el nombre entero, aun le falta la mitad.

Hechas las observaciones que me proponia, diré algo sobre la caza de conejos al salto, con un solo podenco castigador, llamado así por el tenaz empeño que muestra siempre en no abandonar el rastro de la caza hasta entregarla muerta ó encerrada.

A mi modo de ver, y el de los muchos que como yo piensan, el placer de la caza no se concreta sólo al acto de disparar sobre la pieza. Principia en el trabajo del perro desde que éste picó en el rastro y lo sigue en sus diferentes fases, manteniéndonos en las muchas y variadas impresiones que, según los distintos casos, experimentamos hasta el tiro, que es el complemento y corona del lance. Por eso esta caza, tan pródiga en emociones y peripecias, es una de las que proporcionan más diversion.

Lo primero que ha de procurarse el que á ella se dedica, si no puede hacerse de un perro maestro, es un cachorro podenco, fino y de casta pura y acreditada, pues tengo muy experimentado que con los perros mezclados sucede lo que con los mestizos en los gallos ingleses, que por bien que principien la pelea, á lo mejor la pegan.

Los perros atravesados suelen ser lo que por aquí se les llama *voluntariosos*, porque unos días están bien y otros muy mal, y si se les deja disfrutar por algun tiempo del descanso y buena vida más de lo que á ello estaban acostumbrados, suelen apoltronarse y renegar del trabajo hasta el punto de hacerse inútiles por completo. Más de una vez me sucedió con mis hermanos prendarnos de un perrillo de indefinida casta, al verle trabajar y castigar en toda ley; pero después que le adquirimos le sacamos de su terreno y se hizo á mejor vida: fué preciso darle detras de una mata la *licencia absoluta*.

Luégo que se adquiriera un cachorro de buena sangre, de las excelentes castas que hay en algunos pueblos de la provincia de Cáceres, de las muy buenas de Mallorca ó de las magníficas que en Andalucía producen Olvera, Ronda y toda la provincia de Cádiz, sobresaliendo entre todas éstas la tan justamente famosa que poseen los Sres. Calero, vecinos de Paterna, se someterá á la especial y esmerada enseñanza que al efecto necesita. Lo mejor es que el cachorro no cace con otro perro, y mucho ménos en jauría, pues en ésta los perros se alborotan unos con otros, dejan á cada paso el rastro que llevaban para acudir al latido de los compañeros, y atendiendo al trabajo de los demas, muchos aplican la vista más que la nariz, y con las voces de los perreros se excitan, corren y distraen á cada momento.

Por sobresaliente que sea un perro de jauría, nunca servirá como castigador. Yo los he tenido que, sacados de aquella y cazándolos solos, han trabajado muy bien á un conejo por espacio de largo rato, rehállándole cuatro, seis, ocho y más veces; pero de esto á entregar una pieza mientras corre sobre la tierra, hay una diferencia notable.

El cazador que, revestido de toda paciencia, se dedica á enseñar un cachorro, no cuidará por algun tiempo más que de ello, posponiendo su diversion. Cuando el animal pique un rastro de la manera incierta que lo hacen las primeras veces, el tirador, sin hablarle más que lo preciso y nunca con voces, le excitará á que no le abandone, haciéndole que vuelva á la *ida* cada vez que la pierda, ayudándole con la escopeta, dando con ella sobre el monte hasta lograr levantar al conejo, que si pudo matarle, dejará que el aprendiz le encuentre y le muerda bien, demostrándole á seguida con halagos que aquello es lo que se le pide. De este modo,

á fuerza de calma, se acostumbra el perro (que ya como cualidad de raza deberá tener esa tendencia) á no abandonar jamás el rastro en que una vez picó, haciéndose tan sumamente tenaz en él, que aun cuando tropiece con otro más reciente, no le cambie por el que ya llevaba.

Cuando el conejo va levantado de lejos delante del podenco y éste sin verle, le sigue nariz en tierra por el rastro, debe de tiempo en tiempo dar latidos más ó ménos vivamente acompasados, segun la distancia á que se halle de la pieza, y esto es á lo que por aquí se llama *golpearse ó hachearse por la ida*, y á los que bien lo hacen, se dice perros de *bueno campana*. Por ella el cazador desde lo alto de una piedra, ó á la vista de algun claro en el monte, sabe sin verla y conoce perfecta y distintamente si el perro lleva la caza más ó ménos lejana, si va ligera ó suave, cuándo la pierde y la vuelve á encontrar, donde dió un ligero *marronazo* y cuándo la sigue á la vista á corta distancia, por lo cual el cazador disfruta largo rato, entusiasmado durante tan excelente trabajo, variando á cada instante de emociones, pues ya sintiendo al perro de cerca latiendo ligero en su direccion, cree palpitante inmediato el momento de disparar; ya se retira de la cara la escopeta al comprender que el perseguido varió de direccion en su tortuosa carrera, ó ya se incomoda al notar un largo *marronazo* del perseguidor; y á todo esto, y si el perro es como debe y la estacion favorable, dirá para sí con orgullo: «No hay cuidado, corre cuanto quieras, que si no *tomas tierra*, á mis manos vendrás.» Y así debe suceder si el campo está recientemente mojado por la lluvia, pues sabido es que el conejo si no se encierra (y hay terrenos donde son tan valientes que pasan veinte veces por el vivar sin tomarlo) despues de dar vueltas y revueltas en el terreno de su querencia, á fuerza de largo castigo, vuelve al sitio de donde primeramente se levantó y en el que, si el monte es demasiado espeso, debe siempre esperarse para la muerte. ¡Cuántas veces abracé en mi entusiasmo á mi inolvidable *Chula*, despues de matar un conejo, al llegar á mis piés rendida por el trabajo de dos ó mas horas de incesante castigo! Acosados por éste, se ve á los conejos salirse desesperados del monte y aplastarse en medio de los rasos, llegando á ellos el perro tan empapado y fijo en el rastro, que aquéllos le saltan desconcertados y sin correr delante de la nariz sin éste reparar en ellos. Conoció en Tarifa un podenco llamado *Canelo*, perteneciente á D. Antonio Daza, y oriundo de la casta de la antedicha propiedad de los Sres. Calero, en Paterma, que ya muy viejo, casi ciego, en el verano y en un espeso jaral y sin salir de su pesado y torpe paso, tal castigo daba á un conejo que, aunque todo el dia estuviera éste de pié, no le abandonaba ni le perdía. Cuando se cansaba, que era frecuentemente, su amo se sentaba y le llamaba á su lado mientras echaba un cigarro, y despues de fumado volvía á poner en rastro á *Canelo*, que seguía su tarea con la mayor seguridad. Aunque he visto otros muy buenos, ninguno he conocido del mérito de éste.

En toda la provincia de Cádiz es donde con más afición é inteligencia se hace esta cacería, en que como vemos es indispensable un podenco de gran mérito. Yo soy á ella tan aficionado, que si no fuera por el temor de perder en lo mejor de mis años la no mala fama de que gozo entre el sexo bello, quizás me atrevería á decir aquí para nosotros, y sin que nadie se enterara, que aun me acusa la conciencia de haber dilatado alguna citilla cupidesca por asistir con mis hermanos y mi buen camarada D. Eduardo Urech á alguna improvisada cacería.

Desde el año 68 hasta la fecha, por los infinitos abusos y la completa y escandalosa inobservancia de todas las leyes venatorias, la caza de todas clases, especialmente los conejos, como más fáciles de perseguir, han disminuido en Andalucía de un modo tan terrible, que en algunas provincias, como la de Granada, falta ya muy poco para poder decir que desaparecieron por completo, y en todos los pueblos del Campo de Gibraltar, tan abundantes hasta hace poco en caza, la de pelo ha disminuido en muy pocos años, hasta causar ahora lástima y pena recorrer aquellos apurados montes que tan recientes y gratos recuerdos sólo ya contienen.

Uno de los medios que más está allí contribuyendo al completo exterminio de los conejos es el cazarlos de noche con candil, lo cual hace estragos tan atroces, que sólo viéndolo puede hacerse cargo quien no conozca este detestable artificio, que á más del daño mencionado, debiera estar perseguido, porque con tal pretexto los contrabandistas hacen señales que favorecen eficazmente sus intentos.

Afortunadamente tenemos ya en puertas las tan anheladas nuevas leyes de caza con todos los visos de que sean una verdad y que pueda aún ser tiempo de remediar el mal que tan de cerca nos amenaza.

Como ya dije, en el número 596 del periódico *El Globo* me han mostrado la noticia detallada de los puntos discutidos por los cazadores que asistieron á la primera reunion, invitados por los señores que entienden en el proyecto: pero allí he leído con asombro indecible, que hubo quien, llamándose cazador, declaró *guerra á muerte al conejo, que socava los terrenos, esteriliza los campos, ahuyenta caza mejor y se reproduce con asoladora fecundidad*. La expresada declaración no tiene desperdicio. Quizás este buen señor esté acostumbrado á verlos en algun abundantísimo corral de su casa y juzgue por él de la abundancia de conejos en toda España. Y así debe ser, pues no de otro modo se comprende que tanto le alarme lo que bajo tierra *socaven* estos animales. Jamás había oído, y estoy cazando toda mi vida, que á alguno se hubiese ocurrido el quejarse de lo que en el monte hagan los conejos debajo de tierra. Allí me las den todas, amigo mio; y por mi parte pueden horadar muy tranquilamente hasta llegar á los antipodas. En cuanto á *esterilizar los campos*, tambien está un poco chusco: eso, si acaso, podrá suceder en las orillas de algun plagado coto de por esos dichos terrenos. Aquí, donde apenas se ve ya un conejo, más bien parece un sarcasmo. Respecto á que *ahuyentan caza mejor*, eso será lo que tase un sastre. ¿Puede alguien explicarme qué quiere decir *caza mejor*? Si por ello se entiende la perdiz, habria mucho que hablar; pues si á unos, como á mí por ejemplo, gusta más el tiro de la

perdiz, á otros muchos, muchísimos, gusta más tirar los conejos. Si es por el valor de la pieza, en toda Andalucía vale ahora un real más el conejo que la perdiz, y si es como manjar, á mí, sin ir más lejos, me gusta infinitamente más el conejo que aquélla.

Más todavía. En otro párrafo aparece que *se inició la conveniencia de que no se vendieran conejos caseros porque fácilmente se confunden con los monteses*. Esto sin duda es para hacer más perseguidos los del campo, contribuyendo de este modo al pretendido exterminio. No de otro modo se comprende que lo que en otras naciones, como en Francia, es objeto de una industria de gran importancia, protegida por el Gobierno, aquí se solicite impedir. De otra suerte, ¿qué sucedería al desdichado que creyendo comer conejo montés lo comiese casero? ¿Puede nadie calcular las funestas consecuencias de la desventurada familia que comiera conejo casero por una equivocacion? ¡Horror, terror, furor!

Afortunadamente los señores de la Comision y demas aficionados habrán tomado las subrayadas pretensiones en la debida consideracion.

Hasta en la defensa que de ellos se hizo fueron desgraciados los pobres conejos, pues parece se dijo que *la piel servia para sombreros y la carne para alimentar á los pobres*. ¡Dichoso país en que los pobres se alimentan con conejos! Por aquí el pobre que logra atrapar uno, lo ofrece en seguida á otro más afortunado prójimo que pueda darle en cambio cuatro reales y medio.

Por lo que se ve, hubo allí sin duda quien en sus cotos tiene los susodichos animalitos en tanta abundancia, que no le divierte ni le brinda interes el matarlos, y ademas distraen á los perros de las perdices que será á lo que llame *caza mejor*, juzgando por sí mismo á todo el resto de España.

¿No sería más acertado pedir una ley para cada habitante de nuestra nacion?

Ya que otros han pedido, ¿por qué no he de pedir yo tambien?

Y á todo esto ¿será posible que no haya habido quien, haciéndose intérprete del deseo de todos los buenos cazadores de la Península, haya clamado con todas sus fuerzas por el completo exterminio de los hurones, la más activa persecucion de los lazos y la absoluta prohibicion de cazar de noche, que son los medios destructores que nos han traído la caza al desolado estado en que la vemos hoy?

ADOLFO DERQUI Y CAMPOS.

Loja, 8 de Junio de 1877.

VALENCIA.

I.

Apénas, si se registra la coleccion de EL CAMPO, se encontrará número sin que, ya en un concepto, ya en otro, hayamos hecho mencion de alguna particularidad ó region de esa rica comarca, tan interesante bajo el punto de vista agrícola. Mas si el acierto y el tino en una empresa, cual la que se ha propuesto con su publicacion EL CAMPO, requieran á los principios merecerse dulcemente y como recostados, en las generalidades de una atmósfera agricultora y de amenidad rural; ya este periódico, no sólo extiende más cada dia sus raíces, sino que tambien crece, aumenta, como se ve en el mayor número de páginas de que constan los suyos; y hora es ya de que *vayamos viniendo*, si no de una manera definitiva y resuelta, con bastante intencion y marcada puntería, á ocuparnos en temas más concretos y de más vital ó palpitante interes para todas y cada una de las regiones agrícolas de España, procurando llamar la atencion de los talentos especiales y de los hombres verdaderamente amantes de su país, hácia aquellas cuestiones, cuyo exámen y estudio más se apropien á las necesidades de su respectiva localidad y al fomento, mejoramiento y progreso del arte en la produccion de la riqueza agrícola.

Esto así, Valencia, es decir, el antiguo reino de este nombre, en sus tres provincias de Castellon, Valencia y Alicante, ó en sus cuatro si se quiere, pues las comarcas de Murcia son á las de ese reino tan simpáticas y afines, como si hermanas fueran todas é hijas de unos mismos padres; esa grande ó extensa faja de tierra, que por las costas del Mediterráneo se tiende cada tarde como ansiosa de ver aparecer de nuevo al sol por el lado opuesto de aquel vastísimo cuanto refrigerante lago; esa region, por lo perfeccionado y fructífero del cultivo con relacion á la densidad de su poblacion, y por esta misma densidad con relacion á la área ó superficie que ocupa, no puede ménos que merecer de nosotros la preferencia ó la distincion de ser la primera, tratándose de apuntar algunos de los problemas agrícolas, y por consiguiente sociales, que en ella es preciso resolver con prevision, y depuesta toda negligencia, si no quieren la generalidad de sus nobles hijos y la mayoría de las clases agricultoras, que son las predominantes en aquellas comarcas, ver arruinadas y perdidas las mejores conquistas de su civilizacion y malogrados tantos tesoros de laboriosidad, de inteligencia y de aptitud acumulados en esos países por cientos de generaciones.

Ciertamente que tales problemas no los vamos á plantear, ni ménos á resolver de una manera magistral ó didáctica. Esto requiriria la extension de un libro, que no admiten las columnas, por espasiosas que fueren, de un periódico. Pero tampoco pueden bastar para nuestro propósito los límites de un solo artículo, por más que nos apliquémos á condensar la frase, ni le concediésemos un número de renglones superior al que puede medianamente resistir todo lector no enteramente destituido de paciencia. Necesitaremos más de un artículo (siendo parcos, como prometemos serlo,) y con tanto más motivo, cuanto que para imponer bien y previamente al lector, y que nuestra tarea resulte más abreviada, necesitamos trasladar desde luego á este lugar una pintura exactísima y tomada del natural,

que hacia el inolvidable D. Fermín Caballero en su estimada *Memoria* titulada *Fomento de la poblacion rural*, tan justamente premiada por la Academia de ciencias morales y políticas. Un poco larga es la cita, pero estamos seguros de que no molestará al lector, por la erudicion en que abunda, la viveza del colorido y lo correcto del dibujo; á más de que siempre es grato recordar lo bueno, que con las múltiples atenciones de la vida, trascurriendo el tiempo, suele con facilidad deslizarse hácia el olvido.

Publicaba dicho patricio, de Real Orden (en Junio de 1864) la tercera edicion de aquella *Memoria*, aunque sin las pequeñas notas que hemos querido añadir y que ninguna falta hacian á su fácil diction, y decia á su página 51:

«Dos razones principales nos han decidido á formar un grupo de las provincias de Valencia y Murcia separado de las otras de la antigua corona aragonesa: es la primera que, si bien guardan relaciones históricas con el reino de Aragón, de clima con el litoral del Principado, y de poblacion agrícola con el uno y el otro, cuentan menor número de pueblos, aunque bastante grandes, y sobre todo, las familias aisladas en el campo viven de una manera más análoga á la de los árabes, sus predecesores, que á la de aquellos que vinieron á librarlos de los agarenos; y es la segunda, que la propiedad territorial difiere tambien en su mayor fraccionamiento y en la forma del cultivo, por efecto de las especiales condiciones del suelo, del cielo y de los moradores.

«Unos dos mil doscientos pueblos hay en las cuatro provincias de que me ocupo; de ellos, cerca de cuatrocientos exceden de doscientas cincuenta casas, aproximándose á mil los lugares que cuentan más de cincuenta vecinos. Ademas de la poblacion agrícola que habita en estos centros, hay una buena parte de poblacion rural dispersa por las heredades, pero que no tiene edificios formales para su morada, sino *barracas y bañías* cubiertas de cañizos ó ramaje, y guarnecidas de cal, yeso ó barro. Tanto en unas como en otras viviendas se nota más aseo y cuidado que en las comarcas del interior y del occidente, por lo mismo que los vientos, las humedades, los estercoleros y los frutos que cultivan, ocasionan enfermedades que no afligen á otros campesinos. Confiados los valencianos y murcianos en que habitan en la zona subtropical, á una temperatura media anual de diez y ocho á veintinueve grados centígrados, ni temen á la ligereza de sus chozas, ni visten apénas en el campo más prendas que la camisa, los zaragüelles, la faja y el pañuelo en la cabeza, aunque bien considerado, acaso haya influido tanto como el clima en las costumbres de estos labradores, respecto á viviendas y traje, la enseñanza de los musulimes, que no dejaron estas comarcas hasta mediados del siglo XVII (1). Así es que aquí se ven conservados muchos caracteres de la raza morisca, hasta en el modo de sentarse y en el sonido gutural del lenguaje, á la manera que sucede en las Alpujarras, serranía de Ronda y condado de Niebla: murcianos hay que mantienen la sangre árabe tan admirablemente, que pudieran confundirse con los africanos de las vecinas costas. ¡Cuánto llevan adelantado los muchos alicantinos que emigran á la Argelia!

«Exceptuando la cuenca del Palancia hácia Segorbe y Murviedro, y alguna otra hoya, el terreno de Valencia es flojo y el subsuelo estéril. Una escasa capa vegetal, debida al cultivo y á los abonos, constituye la cama de los frutos; y bastando remover ese lecho productivo, se limitan á labores someras; apénas les es permitido otro arado que el endeble de una caballería, que llaman *horcate*, y por eso labran mucho á mano con la azada y el legon. En Murcia al contrario, gozan terrenos pingües de mucha miga, que piden labor honda, y el de la huerta, sobre todo, es de lo más feraz de nuestro territorio. Así es que el labrador murciano ha de ser más duro en el trabajo, mientras al valenciano le toca sobresalir por la actividad y ligereza de sus movimientos. La provincia de Alicante presenta un país variadísimo, en que hay empinados montes, barrancos horribles y jardines deliciosos, completamente entremezclados; hasta en los puntos más áridos plantan los naturales árboles fructíferos, que por la sequedad viven pocos años y apénas les indemnizan de sus afanes, sin que por eso desistan del empeño aquellos labradores activos, acostumbrados á no estarse nunca quietos.

«Examinando el esmerado cultivo, la frondosa vegetacion y las incansantes cosechas de las huertas de Castellon, Valencia, Gandía, Alicante, Játiva, Orihuela y Murcia, no hay quien deje de admirar la agricultura de estas regiones y las proponga como pauta de buena labranza. Cierto que ha influido mucho en esta prosperidad una atmósfera generalmente templada y húmeda, así como las prácticas tradicionales de los sarracenos (2) y los excelentes establecimientos de riegos que éstos les dejaron (3); pero se perderian en gran parte esas ventajas si la inteligencia, el interes y la experiencia diaria no hubiesen convencido á los habitantes de cuáles son y en qué consisten los principales elementos de la produccion. Saben lo que vale el agua, y empiezan por *planear* las tierras para aprovechar las de pié y las del cielo: sin poner nivelado el terreno es imposible obtener frutos completos, porque unos pedazos se encharcan, otros quedan en seco y en otros corren las aguas arrastrando la flor de la labor y de los estiércoles. Sólo esta conviccion compromete á los afanes que emplean en allanar las heredades, y donde la excesiva pendiente lo impide, procuran dividirla en banales, como se ve en las huertas de Castellon y de Villena. Han conocido tambien el valor del estercolo, y es prodigiosa la insistencia con que recogen y multiplican los abonos: niños con *capazos* recorren los caminos por donde andan caballerías, y no hay labrador que deje de tener cerca su muladar, donde amontona hierbas, despojos y desperdicios, y donde toda la familia acude á

(1) Está demostrado, y es perfectamente demostrable, que las costumbres de los labradores valencianos respecto á viviendas y trajes, aprendidas de los moros, habianlas éstos aprendido de los moradores godo-hispanos, ó hispano-romanos, que hallaron en el país cuando se posesionaron de él.
(2) Que las habian heredado tradicionalmente de los hispano-romanos....
(3) Y que habian inventado y creado los hispano-romanos....

sus menesteres, aunque tenga que venir desde lejos. El guano natural y artificial no hubiera sido en España un ramo importante de beneficiar la tierra sin el celo de los valencianos, que lo estiman y lo pagan, pues de más de trescientos mil quintales importados en 1860, consumieron la mayor parte. Se han persuadido, finalmente, de que sólo estando sobre las labores y menudeándolas se logran buenos frutos, y procuran habitar cuanto pueden en el campo, siempre al cuidado de sus siembras y plantaciones, siempre vigilantes porque no se malogren. Nadie como ellos se atreve á cercenar las flores y gérmenes de los frutos cuando la planta está muy cargada, ciertos de que con menor número atempran el cogerlos y mejoran la calidad; nadie como ellos se entretiene en escoger las espigas más adelantadas, una por una, para lograr, con esta semilla, mejorar las especies y anticipar la época de la madurez.

»A pesar de tan penoso trabajo, los meros cultivadores de estas provincias son menos afortunados de lo que debieran. Sobre las enfermedades generales que les producen las humedades, los vientos reinantes y los estercoleros, se dedican á un cultivo excesivamente insalubre, al del arroz, que pide tener encharcadas las piezas desde la sementera hasta la grana. Mucho han clamado los filántropos contra este ramo agrícola que diezma la población ó la condena á una vida lánguida y enfermiza: más aún se ha ocupado la autoridad suprema y la provincial de los medios de circunscribir el cultivo, y cada día los arrozales crecen, porque rinden muchos productos pecuniarios y porque no falta quien sostenga con datos que la mortalidad en las comarcas arroceras no es mayor que en las demas. Mientras no se apague en el hombre el estímulo del interés y en tanto que el arroz se estime por alimento excelente y de precio, serán vanas las declamaciones é impotentes las medidas: habrá arroceros terciarios, como hay mineros temblorosos en Almadén, operarios intoxicados en las fábricas de albayalde y poceros que se asfixian.

»La renta de las tierras tiene en Murcia y Valencia un valor que parece fabuloso, pues llegan á pagarse de cuatrocientos ochenta á setecientos noventa reales por una superficie de cuarenta y cinco áreas; cantidad que, unida al trabajo incesante de una familia entera, al costo de utensilios, semillas, basuras, etc., indica que se explota la tierra admirablemente, pero que el colono tiene que contentarse con ir pasando. Y todavía es peor que en los terrenos sin riego de las provincias de Alicante y Murcia y la vecina Almería se pasan años enteros sin alcanzar el beneficio de las lluvias, quedando sin recompensa los infelices labradores, cuyo sudor no ha alcanzado á darles la humedad necesaria. ¡Qué zozobra la de estos trabajadores desgraciados! Siempre atentos á las variaciones atmosféricas, no hay astrónomo que los iguale en contemplar con interés el cielo, ni anacoreta que pida más fervorosamente las bendiciones del Altísimo. Las procesiones de San Marcos, los novenarios y rogativas pidiendo agua, generales en los pueblos agrícolas de muchas provincias, son en la estepa de Almería, Murcia y Alicante un frecuente clamoreo de plegarias, una romería incesante de ayes lastimeros, la expresión del dolor público amenazado de carestía y de hambre. En los años en que faltan ó escasean las lluvias, parte de la población agrícola cesante emigra á la Argelia y á Ultramar, ó se desbanda por el interior en busca de ocupación y hace la siega en la parte de Castilla hasta la ribera del Tajo, sin más provision que los dediles y las hoces.

»También es notable en estas provincias la subdivisión de las tierras, no sólo en el reguero, sino en los campos de secano. Pocas tahullas bastan aquí para el sostenimiento de una familia, pero ni aún esta corta porción se halla siempre reunida en una pieza. Las lindes de las heredades suelen estar plantadas de frutales, y más comunmente de moreras, con lo cual consiguen varias ventajas: evitar cuestiones sobre mojeneras, dar la alternativa de sol y sombra á plantas que la requieren, resguardar los frutos de los levantes, y por último, tener en la hoja de la morera alimento para los gusanos de seda, á cuya cría se consagran los labradores con afición é inteligencia. Es un ramo de gran producto, especialmente en Valencia, como lo es en Murcia el del pimiento molido ó pimentón, y en Alicante la almendra, el higo y la pasa moscatel y planta. Estas y otras industrias especiales, que exigen grande atención, mucho esmero y vigilancia continua, en parte alguna se ejercen mejor que entre la población rural, donde cada finca tiene su granja, alquería, barraca ú otro género de morada rústica, separada del bullicio de los pueblos grandes y consagrada á las atenciones de la agricultura.

»A primera vista choca que los valencianos y murcianos, tan buenos labradores y con tan abundantes forrajes y alfalfas, tengan tan escaso ganado boyal para el cultivo: existe, sin embargo, en contra de él lo caloroso de la estación estival, y que al terreno valenciano le bastan labores someras que hacen mejor el caballo y el asno, á cuya hembra llaman, tal vez por esa razón, la *somera*: en Murcia, que alcanzan campos de más fondo, hay mayor número de boyuno, aunque lo emplean con especialidad en las carreteras. Crian ganado asnal y caballar para sus ligeras faenas, y crían el mular más de lo que conviene al cultivo, porque les estimula el interés del aprovechamiento de las burras y las yeguas, cubiertas por los caballos y garañones que poseen.

»Se desprende de lo que queda expuesto, que la población agrícola y rural de las provincias de Valencia y de Murcia tiene la propiedad territorial muy fraccionada, si bien vive sobre ella ó cerca de ella, pues aún los pueblos agrupados se hallan en general menos distantes entre sí. Aparece asimismo que el cultivo se halla más adelantado que en otros puntos, porque saben aprovechar los elementos poderosos del agua y de los estiércoles. Hay pueblos murcianos que han gastado sumas considerables anhelando el alumbrar algún ligero manantial, y tanto éstos como los valencianos, cuidan afanosos de la limpieza y nivel de las acequias de río y de desagüe, alambicando la exactitud matemática de los *partidores*, que construyen hasta de bronce, y conservando el orden y policía del riego de un modo admirable, de que son modelos dignos de estudio el

Juzgado de aguas de Valencia y el alporchon de Murcia. Solamente en estas comarcas se han construido pantanos gigantescos, forzando á la naturaleza á depósitos artificiales, porque nadie como sus labradores ha comprendido el papel importante que representa la humedad en el misterio de la vegetación. Lo propio sucede con los abonos, elemento cardinal, si no han de esterilizarse los mejores terrenos: en materia de estercoleros y basuras, á nadie ceden los valencianos; y ¡ojalá el furor de recogerlos no los llevase al extremo de descuidar la educación primaria de los hijos, dándoles una espuerta en vez de cartilla, y por escuela el camino real, á retaguardia de las recuas! »

Tal es el cuadro trazado de mano maestra, que ni el bucólico Virgilio, con todos sus adornos mitológicos, hubiera podido aventajar. En él resulta bien claro que los agricultores valencianos son muy inteligentes, pero no enriquecen; que son muy laboriosos, pero no consiguen el menor ahorro un año para otro; que sacan grandes productos de la tierra, y sin embargo viven con estrechez, ó como dice el autor transcrito: «explotan la tierra admirablemente, pero se han de contentar con ir pasando»: y esto, que es absolutamente cierto, es también en sumo grado digno de meditación y estudio, no sólo para los, de cerca ó inmediatamente, interesados en las materiales circunstancias y detalles de los hechos, sino para cuantos, prescindiendo de las utilidades y lucros individuales, se ocupan seriamente en conocer y apreciar los males y bienes de lo que se recomienda y se alaba, como males y bienes de las cosas y de las clases productoras, y en los medios de remediar los unos y fomentar los otros. ¡Con que son los agricultores valencianos muy inteligentes, muy laboriosos, tan infatigables como peritos en explotar la tierra, y sin embargo son pobres?.... Esto es injusto; y, ó la frase *riqueza agrícola* es una decepción, una mentira con que se engaña y seduce á las clases más trabajadoras y, generalmente hablando, más morigeradas, lo cual negamos, ó en ese hecho capital y de una importancia social inmensa hoy más que nunca, hay necesariamente vicios de organización, que importa descubrir, señalar y combatir de una manera franca y resuelta, y sobre todo previsora. Lo haremos.

ROMAN J. BRUSOLA.

LA FRESA.

III.

Era nuestro propósito dar por terminada la exposición de los ligeros datos y consideraciones que constituyen el asunto de estos artículos con el segundo que á él hemos dedicado. Pero habiendo parecido incompleta esa exposición á alguno de nuestros benévolo lectores, nos han impulsado á que, desechando ciertos temores, añadamos á lo escrito algunos detalles más circunstanciados sobre el cultivo del fresal.

Hemos indicado ya que, por punto general—y las excepciones no hacen más que confirmar la regla—los trabajos que le constituyen afectan en España un carácter *tradicional*, que se acuerda mejor con el empirismo y la rutina que con los resultados de una práctica ajustada á los progresos modernos.

Aun limitándonos al cultivo al aire libre, debemos prescindir de la enumeración y examen de las ocho especies de fresal procedentes de Europa, Asia, América y Norte de la India y de las numerosas variedades en que se subdividen. Sería este trabajo, sobre prolijo y cansado, de todo punto impertinente, puesto que para la mayor parte de los cultivadores españoles no existen más que la *fresa* y el *fresón*; algunos añaden á este sumarisimo catálogo la *fresa francesa* y la *anana*—que hasta las regiones más apartadas de la literatura son invidias por los galicismos—y muy pocos, en fin, verdaderos aficionados, conocen algunas de las veinticuatro principales variedades que en otros países se conocen, cultivan y explotan racionalmente.

La planta de este género más generalizada en nuestros campos, ya lo hemos dicho, es el fresal *de todo tiempo*, *de las cuatro estaciones* ó *de todo el año*, que reúne en alto grado todas las cualidades: bondad, belleza, fertilidad y rusticidad. Es de pequeño tamaño su fruto, cuya maduración empieza en Marzo, dura hasta muy entrado el verano, en Valencia, retrasándose en climas menos templados y durante, por consiguiente, en algunos hasta las primeras heladas. Repútese esta variedad por la mejor de las conocidas y cultivadas, pero sus condiciones varían notablemente, según el sistema de cultivo, su sazón al tiempo de la recolección y el procedimiento empleado para el envase cuando se consume lejos del punto de producción. Por este último motivo parece de inferior calidad la fresa de Valencia á la de las cercanías de Madrid.

Como hemos indicado ya más de una vez, el sistema de cultivo empleado en Valencia es de lo más erróneo, en la parte relativa á la reproducción de la planta sobre todo. Lo expondremos sucintamente, así como el que se sigue en la provincia de Madrid, para indicar luego las diferencias esenciales que presentan con el sistema que debiera seguirse.

La época en que se verifica la plantación es la de Junio y Julio precisamente. Para realizarla se trabaja mucho la tierra, preparándola con los abonos ordinarios, y después, en Enero ó Marzo, ya próxima á la florescencia la planta, con guano, si bien éste suele hacer el fruto mucho más delicado, imposibilitándolo para la exportación. Dividense las tablas ó canteros en caballones, que son más ó menos largos y anchos, según las dimensiones de aquéllas y las necesidades del riego, de modo que si la tabla es grande se hacen pequeños caballones trasversales para que rebalse el agua. Las plantas del fresal, que se arrancan directamente de las tablas y no de viveros, se plantan generalmente en seco, con la mano, introduciendo los dos dedos índice y anular en la tierra y metiendo en el agujero la planta, que se afirma apretando la tierra contra ella con el pulgar. De

este modo se hace la operación con gran rapidez, colocando las plantas á cada lado del caballón y á distancia de una cuarta entre sí. Inmediatamente se riega. Algunos hacen simultáneamente la plantación y el riego, plantando dentro del agua.

En cualquiera de las épocas indicadas que se plante, la floración no empieza hasta Febrero del año siguiente, y en Marzo la fructificación. Cuando está el fresal en toda su lozanía, las plantas cubren por completo los caballones y aún los surcos intermedios, por lo que se hace necesario una limpia ó escardadura, que allí llaman *birbada* anual, y en algunos casos hasta cinco al año, pues también se llena de maleza, siendo la más nociva la que se conoce con el nombre de *rapeta* y *correchòles*. Esta maleza crece en proporción de la edad del fresal, que dura en buenas condiciones de producción de cuatro á seis años.

La operación de escardar la verifican mujeres y muchachos con los dedos, y ganan un jornal de 3 reales. Ellos mismos amugronan con azadillas, apartando con cuidado los *ramales* ó ramos rastreros que se extienden por los surcos, alzándolos sobre el caballón y cubriéndolos con tierra, esto es, verificando el acodo, sistema de reproducción que, practicado de este modo, sólo da malos resultados.

En aquel país necesita el fresal un riego casi continuo, sufriendo mucho con los vientos del Poniente, que allí son abrasadores.

Entre este sistema y el método seguido en la provincia de Madrid y en las riberas del Alhama, hay poca diferencia. Explotado en mayor escala en los valles de Tabernes y de Sagunto y en los huertos de Valencia (la capital) él es el que ha debido servirnos como tipo de comparación con el cultivo extranjero, ensayado hace tiempo con gran éxito, aunque en pequeña escala, en el primero de dichos valles.

Las prescripciones que vamos á transcribir, tomadas de los ilustrados horticultores condes de Le Lieur y de Lambertey, han sido allí planteadas y seguidas con las modificaciones que el clima y el terreno imponían.

La experiencia ha demostrado que el uso de los *ramales* ó *guías* para la producción conduce á una progresiva degeneración de la planta, que cada vez producirá menos y peores frutos. Asimismo está averiguado que el fresal de las *Cuatro estaciones* ó de todo tiempo (1) se reproduce habitualmente por semilla, y que las plantas obtenidas por la siembra, lejos de degenerar, ó conservan puro el tipo original ó mejoran. La semilla se encuentra en el cuerpo del fruto y es esa parte granulosa de su carne, esos granitos coriáceos de que está llena la parte pulposa de la fresa. Para procurarse la semilla, si no se tienen plantas perfectamente genuinas, es indispensable pedir las á personas ó establecimientos que cultiven el fresal con verdadera inteligencia. Por lo demás, las cualidades que debe reunir una planta destinada á semillero son: crecimiento moderado, follaje ascendente y no muy ancho, bohordos numerosos, rectos ó ascendentes y en el centro de la planta; floración y fructificación continuas, fruto rojo y como barnizado, de regular tamaño y algo cónico. Por más perfecto que sea el cultivo, no todas las plantas de una tabla son iguales en perfección; así que será conveniente examinarlas con detenimiento y señalar las que parezcan mejores para semilleras.

La época más favorable para la recolección de semillas es, en los climas templados, hacia mediados de Julio, y en todos, cuando la fructificación esté en su apogeo, es cuando mejor se puede apreciar el mérito de las plantas y la perfección del fruto. Para obtener la semilla se cogen las fresas más gruesas, más cónicas y más rojas, perfectamente maduras y producidas por bohordos más derechos y más separados de las hojas, desechando las redondas. Se aplastan sobre una tablita, y cuando evaporada el agua se haya secado la pulpa á la sombra, se recogen estos despojos, se restriegan entre las manos, se pasa por tamiz y se recoge la semilla, que después de bien seca se guardará en paquetes, sobre los que conviene escribir el año.

La siembra debe hacerse en la primavera, ya sea al aire libre, en campo abierto y *al sol*, ya á cubierto bajo cristales.

La práctica de sembrar en terreno sombrío es inconveniente, sobre todo en comarcas frías ó lluviosas, pues la humedad constante por la falta de aire y de luz, la falta de calor, retardan la germinación y favorecen la producción de lombrices y moho, con lo que las matitas vegetan trabajosamente, crecen raquíticas y cuando llega el momento de la trasplantación no soportan sin grandes dificultades el cambio de temperatura y de luz.

Es verdad que si se hace la siembra en terreno expuesto al Mediodía necesita una minuciosa y constante vigilancia. Si no se puede ejercer fácilmente, siempre al Norte ó al Mediodía, pero con una ligera capa de musgo. Escogido el sitio, que debe estar bien ventilado, se trabaja el extremo de una tabla de dimensiones proporcionadas al número de plantas que se desea obtener.

Desde el 15 de Abril al 1.º de Mayo es la época propicia, según los climas, para la siembra, que se hace á voleo y bastante espesa; se cubre la semilla con una capa demantillo pasado que se esparce con un harnero, y por fin se iguala perfectamente el terreno. Desde este momento importa evitar que se seque la superficie de la tierra, regándole muchas veces al día con una regadera de lluvia muy fina, que se pasará con rapidez. Naturalmente, la frecuencia de este *refresco*, que así puede llamarse, mejor que riego, debe regularse por el estado de la atmósfera y el del suelo; con buena temperatura la mayor parte de los granos habrán germinado y dado brote á los diez y ocho ó veinte días (del 5 al 20 de Mayo).

PRIMER PLANTEL.—La época de éste puede variar, según el tiempo, del 10 ó 12 de Junio á principios de Julio. Escogido el terreno á buena exposición, se trabaja el terreno en una anchura de dos metros y una longitud proporcio-

(1) De las denominaciones con que se ha designado á esta variedad de la *Fragaria vesca*, parecemos la más racional la usada por franceses y belgas, pues en realidad suele fructificar en las cuatro estaciones del año, empezando á fines de Febrero y continuando hasta Octubre, si bien esta fructificación tan prolongada no se verifica en un mismo lugar en toda su duración.

nada al número de plantas que se necesitan. Se prepara la tierra con azadilla primero, luego con el rastrillo y se traza una pequeña tabla de 1,5 metros, se cubre con una capa de 6 centímetros de mantillo muy pasado, se forman ocho caballones separados entre sí por distancias de 15 centímetros y se hace el trasplante, que conviene sea por la mañana ó á la caída de la tarde, si no está el cielo cubierto, en cuyo caso puede hacerse á cualquier hora.

Para efectuar esta operación se riega ligeramente el semillero algunas horas antes, con objeto de facilitar la extracción de las matitas, que debe hacerse con el transplantador, hincándolo en tierra, apoyando en el mango y levantando de una vez un terron que contenga cierto número de matitas; se separan éstas sacudiendo suavemente la tierra que tienen entre las raicillas, y se van colocando en un cesto cubierto con un lienzo. Se van plantando dos ó tres juntas en un mismo hoyo, cuidando de enterrarlas hasta el cuello. Se planta á distancia de 12 centímetros cada uno de estos grupos, y terminada esta operación se rocía con la regadera de lluvia fina. Así se van plantando todas las matas del semillero, cuidando de mantener en perpétua humedad el suelo, pues la planta no debe agostarse hasta que haya enraizado, lo cual se consigue pronto observando todas las precauciones.

El enraizamiento de todas las matas no suele quedar asegurado sino á los ocho días: importa, pues, visitar diariamente y más de una vez el vivero para rociarlo, si hay necesidad, pues si en esta etapa de la preparación se encuentran faltas de agua las hojas, se perderá infaliblemente el plantel. Esta precaución es tanto más importante cuanto mayor sea la sequedad de la atmósfera y el ardor del clima, tanto que en algunos casos conviene proteger el plantel con ligeros toldos.

Hecha esta primera plantación se modera el riego. Empiezan á aparecer los ramales y bohordos, brotan las hierbas; éstas deberán arrancarse y aquéllos se irán suprimiendo con cuidado, removiendo un poco la tierra con los dedos y rociando por la tarde ó al anochecer. Durante todo este período, que se extiende hasta principios de Agosto, es preciso vigilar el crecimiento de la planta, suprimir otra vez bohordos y ramales que hayan nacido ó rebrotado y limpiar el terreno. A principios de Agosto todas las plantas habrán crecido y se tocarán unas con otras. Es el momento oportuno para replantar en otro vivero á mayor distancia.

SEGUNDO PLANTTEL.—La razón que el Conde de Le Lieur da para la formación de este segundo plantel, y que efectivamente confirma la experiencia, es que para la plantación definitiva en las eras importa mucho que las plantas vayan adheridas á un terron lo más compacto posible, y esto se consigue con estos trasplantes sucesivos, gracias á los cuales nacen y se desarrollan ciertas raicillas auxiliares que se forman al extremo de las raíces, y que, multiplicándose y fortaleciéndose, retienen la tierra y aumentan el terron ó burullon.

Entre el 15 de Julio y principios de Agosto se dispondrá el segundo plantel en una tabla convenientemente abonada y perfectamente trabajada, de un metro 20 centímetros de ancho, dividiéndola en caballones separados á 20 centímetros de distancia; algunas horas antes de verificar el trasplante, se riega el vivero para facilitar la extracción de las matas; se sacan éstas con el cuidado necesario para que salga el terron entero; se quitan las hierbas y se cortan los ramales, las hojas estropeadas ó amarillentas y los tallos solos ó bohordos, que se cortan lo más bajo posible. A hora en que no pique el sol aún, ó en que ya se haya ocultado, se van colocando en el segundo plantel de 20 en 20 centímetros, cuidando de que la planta entre hasta el cuello, y haciéndole una hoyita proporcionada al diámetro del follaje, riéguese en seguida.

De este modo no sienten las matas el trasplante; poco á poco se va regando con menos frecuencia, pero aumentando en cantidad. A los quince días ya hay hierbas, ramales y bohordos y hojas agostadas. Hágase una limpia, cortando hasta la base bohordos y ramales, y riéguese despues.

Durante el curso de estas operaciones es fácil reconocer las matas degeneradas; distingúense por un vegetación mucho menos vigorosa, por las hojas más caídas y menos numerosas, por los bohordos ocultos, inclinados y menos floridos, y en fin, porque no ofrecen una sucesión continua de bohordos en flor. Estos ejemplares deben destruirse sin vacilación.

De este modo se llega al otoño: las plantas han adquirido tal desarrollo, que ya se tocan unas á otras; ha llegado el momento del último y definitivo trasplante.

FELIPE BENICIO NAVARRO.

ÁRBOLES FRUTALES EN TIESTOS.

Llama la atención que hasta ahora no se haya pensado en cultivar los árboles frutales en macetas, sino excepcionalmente y por personas ricas. No extrañáremos que, bajo el punto de vista comercial, no sea lo que se llama un buen negocio; pero el hecho es tanto más digno de admirar cuando, hoy más que nunca se buscan las plantas de adorno, y nada adorna mejor que los árboles frutales. Tienen además la ventaja, sobre casi todas las otras plantas, que no necesitan estufas, que no es preciso abrirlas en invierno, y que una azotea, un balcon, y en último caso una ventana, basta, con tal que este balcon y esta ventana estén expuestos al sol. ¿Qué cosa más bonita que los manzanos, perales, melocotones, cerezos, cuando están en flor, y qué admirables cuando se cubren de fruta? Pero ¿por qué, repetimos, no se ven esos árboles criados en macetas? Esto proviene de dos causas probables: la primera, la más terrible que se encuentra en todas partes y que se opone al más pequeño cambio, es la rutina, divinidad funesta que se cubre á menudo con la máscara de la prudencia para mantener el *statu quo* sobre el que reina; la otra es la idea que hay de que los árboles frutales no viven sino en la tierra ó en macetones cuya tierra es preciso cambiar á me-

nudo, todas cosas contrarias á la verdad, lo que vamos á tratar de demostrar.

Tierra.—Un suelo sustancial, compuesto de tierra de jardín, en el que el elemento calcáreo debe entrar siempre, y al que, según los casos, debe añadirse un poco de mantillo; esto para la composición general; para los casos particulares se le podrán añadir algunos otros ó hacer una mezcla especial apropiada á las especies que se propone cultivar.

Elección y preparación de las plantas.—Se deberán siempre escoger árboles jóvenes, si es posible ingertos de un año, lo que llaman chupón, é ingertos bien bajos, provistos de ojos desde la base, de manera que ramifiquen casi junto al suelo y no estén desnudos. También deberán tener estas plantas buenas raíces, más bien pequeñas que grandes, y no hay que decir que estén sanas. En cuanto á su preparación, consiste en acortar las raíces de modo que entren bien en la maceta, y que cuando el árbol esté plantado, el sitio donde se ingertó esté poco distante del suelo.

Tiestos.—Éstos, sin ser muy grandes, deberán contener fácilmente las raíces; por consecuencia, deben estar en relación con la fuerza y el número de éstas. En general, como son árboles jóvenes los que se escogen, bastará que las macetas tengan de 22 á 30 centímetros de diámetro, dimensiones que no son absolutas y que deben variar según el vigor y naturaleza de los árboles. Para colocarlos en las macetas se empieza por poner una buena capa en el fondo, compuesta en lo posible de argamasa, que, por una descomposición lenta, cede á las raíces sales calcáreas, que en general son muy favorables á la vegetación. La época más conveniente para esto es el otoño, pero se puede hacer hasta los primeros días de la primavera; si por algún impedimento se tiene que hacer más tarde, por ejemplo, cuando en los árboles brotan los botones y las hojas, será bueno tomar algunas precauciones; y si es posible, sustraerlos durante algún tiempo del mucho sol y aun de regarlas. Una vez plantados, se regarán de modo de tener la tierra ligeramente húmeda.

Poda.—Los principios generales de la poda serán los mismos que se emplean ordinariamente á estos mismos árboles, pero modificados en razón de los medios y condiciones en que está llamado á vivir. El punto esencial que no se deberá perder de vista nunca es el de obtener ramas para flores. Así se comprende que en todas estas circunstancias la forma que se ha de dar á los árboles será secundaria; ante todo, los frutos.

Así es que todas las operaciones de corte de hojas y botones deben practicarse en este sentido, y si han sido bien hechas, la poda será casi nula. Si es posible, se deben enterrar las macetas hasta el nivel de la tierra y cubrir ésta con un poco de estiércol, sobre todo en verano, para que se mantenga fresca.

En la época en que florecen los árboles frutales sucede á veces que, por consecuencia de las heladas de la primavera ó por las intemperies (lluvias y neblinas), las flores están fatigadas y aun destruidas, y nada es más fácil que resguardar estos árboles en macetas y facilitar la fecundación, sea con telas ó con otros abrigos contruidos *ad hoc*, que se ponen y quitan á voluntad, y por consiguiente aseguran regularmente los frutos cada año, pues, como es sabido, las flores de los árboles frutales faltan rara vez.

El cultivo en macetas tiene aún la ventaja de poder hacer florecer casi á voluntad los árboles rebeldes, cuando la causa de fertilidad es debida á un exceso de vigor. En este caso se aprovecha la disposición que tienen los árboles enfermos de fructificar, y basta con privarles de agua más ó menos completamente, de manera de retener la marcha de la savia para que los ojos de ramas se trasformen en botones de flores.

Los cuidados generales consisten en preservar los árboles de los insectos, orugas, pulgon, etc., por los medios conocidos, como agua de tabaco, de jabon, lechada de cal, ó mejor aún, con insecticidas reconocidos como eficaces. También es bueno, durante el calor, regarlos por la tarde y la mañana, antes que les dé el sol fuerte. Excusado es decir que se debe evitar de hacer este trabajo cuando los árboles estén en flor y no hayan aún cuajado los frutos. Desde este momento, en que la vegetación es activa, que el árbol empieza á llenarse de botones, es preciso no descuidar el regarlos, pues en esto más vale el exceso de más que de menos; así durante todo este tiempo se deberán tener los árboles con agua. Para prolongar su duración, sin cambiar la tierra, se deberá de cuando en cuando regarlos con algún abono líquido, pero sin abusar.

Conformándose de una manera general á los principios expuestos, se estará seguro de recoger el fruto todos los años, lo que no es para desdeñar, y se podrán servir en la mesa los árboles para que cada uno coja la fruta que más le guste. De todos los frutales, el que parece debe acomodarse mejor es el manzano, escogiendo las variedades más fructíferas y que estén ingertos de camueso. Termináremos aconsejando que en todos los casos, y sean cualesquiera las condiciones en que se encuentre, se deben preferir los árboles ingertos de otros de mediano vigor, con tal que puedan crecer en las condiciones en que deben vivir.

C. T.

LA LANGOSTA

Y UNA REVISTA ARGENTINA.

Hemos tenido el gusto de recibir tres números, correspondientes á los tres primeros meses del año corriente, de la interesante Revista *Anales de la Sociedad rural argentina*, destinada á la defensa de los intereses rurales del país y á la propagación de conocimientos útiles á la Agricultura en todos sus ramos.

Los cuadernos recibidos de esta excelente publicación, que cuenta ya diez años de existencia, contienen artículos de interés, siendo dignos de especial atención los que dedica á la conservación de la caza y de las aves útiles al agri-

cultor, no más protegidos en aquel país que en el nuestro; á la destrucción de los insectos, y en especial de la langosta; á la situación agrícola y pastoral de Europa; á la repoblación de arbolado en las Pampas, etc. Publica muy buenos grabados, entre ellos varios retratos de caballos premiados en la segunda Exposición de la Sociedad Rural Argentina. Por ellos y por las noticias que les acompañan se viene en conocimiento de que, en nuestra ex-colonia goza de gran favor la descendencia de *Godolphin* el árabe, y que la cruce se realiza con tanta inteligencia como buenos resultados.

Entre los datos importantes que encontramos en estos *Anales*, debemos hacer especial mención de los «comparativos entre las haciendas beneficiadas en los Saladeros y Graserías de la provincia de Buenos-Aires, desde 1.º de Enero hasta 30 de Noviembre de 1875, y los mismos meses de 1876.» Por ellos se ve la considerable importancia de su riqueza pecuaria, que en el último período ha aumentado notablemente en lo que respecta al ganado yeguarizo y lanar.

Uno de los asuntos que la ilustrada Revista trata con especial interés es el de la destrucción de la langosta, plaga que no causa en aquel país menos estragos que en el nuestro. El autor del artículo cita, entre otras personas que se han ocupado del asunto, á D. Agustín Salido, que tanto ha hecho en la materia, reproduciendo muchas de sus noticias y consejos. Además recuerda que el *Acridotheres tristis*, conocido con el nombre de *Martin Triste*, hace, según dice Cuvier, grandes servicios en los países calientes, destruyendo la langosta, habiéndose hecho célebre por los servicios del mismo género que hizo en la Ile-de-France. Es pájaro que se domestica y aclimata fácilmente, omnívoro, y que anida en cualquier parte.

La Sociedad Zoológica de Aclimatación de París sancionó ya estos hechos en las siguientes palabras de uno de sus informes:

«Los desastres ocasionados en Argelia por la langosta han dado á M. Alfred Grandidier la feliz idea de aplicar á aquella colonia el remedio eficaz que á mediados del siglo pasado se empleó en las islas Mascareñas, donde durante muchos años consecutivos era devorado periódicamente por este insecto el producto de las tierras de estas ricas colonias, y particularmente de la isla Bourbon, sucediendo á la prosperidad la más profunda miseria. Pero el celoso gobernador de aquellas islas tuvo la acertada ocurrencia de aclimatar en ellas el *acridotheres*, y este pájaro, voraz por la langosta y sus huevos, se multiplicó con tan prodigiosa rapidez, que poco tiempo despues de su introducción, los huevos de langosta desaparecieron, y hace un siglo que no ha vuelto á aparecer la plaga.»

La Sociedad Agrícola del Baradero, en una exposición que en Setiembre último dirigió al Jefe del Departamento Nacional de Agricultura, propuso, entre otros medios, según nos dicen los referidos *Anales*, que se estableciese un premio por cada libra de huevos, larvas, ninfas ó insectos perfectos de langosta, debiendo consistir dicho premio en una suma que estuviese en razón inversa del desarrollo del insecto, de manera que correspondiese su *maximum* á los huevos y su *minimum* á los insectos adultos.

Pero esta idea, que se aceptó en principio por el Departamento de Agricultura, no se ha llegado á realizar.

En España han empezado ya los estragos, y en los periódicos de provincias se leen noticias tan tristes como la que tomamos de *El Noticiero* de Badajoz:

«En el término de Ciudad-Rodrigo ha tomado la langosta mucho incremento, sin que las autoridades ni los particulares hayan tomado medida alguna para extinguirla.»

Sobre el asunto, sin embargo, se viene legislando desde los tiempos de Felipe II, cuando menos, y se ha enviado contra la langosta, ya á un ejército de 15.000 hombres, ya, por iniciativa de un celoso gobernador de provincia, á todas las aves de corral de sus dominios, previamente empadronadas.

LANSQUENET.

Este caballo, que hoy pertenece al distinguido y constante aficionado D. José de la Sierra, de Jerez, fué criado por el Sr. Marqués de Castello Melhor, dueño de una de las más acreditadas ganaderías de Portugal, y es hijo del caballo de pura sangre inglesa *Missionary* (1), importado por el Gobierno en 1867, y de *Toucada*, yegua portuguesa sin cruce conocida. Tiene ahora cinco años, es de mediana alzada, castaño muy oscuro con cabos negros, calzado del pié izquierdo, y revela, por la finura de la cabeza y de los remos y la colocación de la cola, su origen de pura sangre, si bien lo corto y grueso del pescuezo, la redondez del tronco y otros detalles dan á conocer claramente su costilla peninsular.

Fué vendido cuando potro al Sr. D. Carlos Ferreira Pinto, en cuyo nombre corrió siempre en Portugal, é hizo su primer ensayo en la primavera de 1875, teniendo entonces tres años, cuando ganó fácilmente un *match* con el potro *Pitt*, y en el otoño del mismo año ganó fácilmente el *Criterium* en Lisboa y la carrera de potros en Oporto, venciendo cinco otros. En 1876 ganó el premio del Gobierno el futuro *Derby Portugués* contra *Beldemonio*, y al día siguiente tuvo la gloria de vencer al célebre *Lucero* y tres otros en el gran premio del Jockey-Club de Lisboa (*Handicap*), llevando, sin embargo, mucha ventaja en el peso. En Oporto tuvo que sucumbir por primera vez á la yegua *Doninha*, también de media sangre inglesa, si bien logró vencerla al día siguiente para el premio del Gobierno. En el otoño ganó el premio de la misma denominación en Lisboa, pero sin competencia, y fué vencido por *Perchance* y *Lucero* en el gran premio, debido en gran parte al mucho peso que se le impuso y al estado del terreno, que no le era favorable. En Oporto también fué vencido por *Muley*, estando evi-

(1) *Missionary* es hijo de *Surplice* y *Little Red Rover mare*.

dentemente fuera de *condicion*, y poco despues fué adquirido por D. José de la Sierra por un precio bastante elevado, pero que no estamos autorizados á declarar.

Este año de 1877 corrió y fué vencido en Málaga, estando muy atrasado en su preparacion; no corrió en Cádiz, pero apareció muy mejorado en Jerez, donde fué segundo de las carreras y ganó el premio de la Diputacion provincial. Finalmente, en las últimas carreras de Sevilla fué segundo para el *Omnium*, y ganó muy fácilmente el magnífico premio de S. A. el Principe de Gales, en que tomaron parte nueve caballos, entre ellos dos de pura sangre inglesa, y los célebres *Lucero* y *Barbieri*, siendo esta victoria sin duda debida á una concesion de peso que algunos creyeron excesiva, pero que por otro lado no hubiera podido conseguir sin las condiciones de velocidad y resistencia de que en esta y otras ocasiones ha dado prueba, condiciones que nada como la carrera hace sobresalir, como arguyen con razon los defensores de esta institucion, cuya utilidad está reconocida en todos los países civilizados en que se ocupan seriamente de la mejora de la raza caballar.

Las sumas que ha ganado *Lansquet* en las nueve carreras en que ha sido vencedor, ascienden á unos 55.000 reales, sin incluir la copa trasferible del gran premio de Lisboa, cuyo valor es de 10.000 reales.

J. G. T.

CORRESPONDENCIAS.

Londres, 15 de Junio.

Con la inauguracion de la *season*, esa temporada en que la gran metrópoli del Reino-Unido parece renacer del seno de sus nieblas perpétuas, casi ha coincidido una de esas solemnidades anuales en que el pueblo inglés, sin distincion de clases ni partidos, da patente y entusiasta muestra de sus sentimientos monárquicos. El 2 de Junio se ha celebrado el aniversario del nacimiento de S. M. B., quien, sin embargo, nació el 24 de Mayo de 1819. ¿Por qué esta irregularidad? No he encontrado quien me lo explique.

Lo más notable del acontecimiento es la espontánea religiosidad con que se observa su ceremonial; por lo demas, es muy sencillo. Ese día, á las diez de la mañana, en toda la inmensa extension del territorio británico, lo mismo que en la capital, en el último rincón de la India; lo mismo por las grandes guarniciones, que por los simples destacamentos, se pasa solemne revista y se toca, aunque sea á pito solo, el grave *God save the Queen*. En Londres ha pasado la revista el Duque de Cambridge, teniendo á su derecha al Principe de Gales, que llevaba el uniforme de capitán general de artillería. Esta y los banquetes de ceremonia que dan los ministros, constituyen la parte oficial de la fiesta. En cuanto á las iluminaciones que se acostumbra en todas partes, aquí ofrecen la particularidad de ostentarse solamente por los principales círculos y por los establecimientos particulares que proveen la Real Casa. De los edificios públicos solamente el Almirantazgo ilumina. La razon que se da para estas tinieblas oficiales de los demas Ministerios en semejante circunstancia, es la de que siendo dependencias del Gobierno, la Reina no necesita darse á sí misma esta prueba de adhesion. Pero la prensa critica que los Ministros encuentren superfluo iluminar lo que resulta diversion para el público, y crean necesario dar grandes banquetes para obsequiar á amigos y subalternos, para divertirse sin el pueblo.

Otra solemnidad nacional es el *Derby*, que ha estado este año mucho menos animado que otros años. El ferrocarril quita á esta fiesta una buena parte de su carácter, pues ahora no es el viaje á Epsom tan accidentado y pintoresco como cuando sólo se hacia en coches por el camino ordinario: así y todo aún se ven carruajes de todas clases, desde el modesto carrito tirado por un pacífico borriquillo, hasta el soberbio *mail-coach* con su magnífico tiro de cuatro caballos. Este año, como todos, al principio de la *season* se ha inaugurado un instrumento que demuestra cómo ningún país, ni aún los que por más civilizados pasan, está libre de esas cosas que los españoles somos los primeros en atribuir exclusivamente á España: el chisme de que me ocupaba por objeto molestar á todo el mundo, incluso á las señoras, cuyos trajes frescos y nuevos eran víctimas de la *broma*. Consistía ésta en disparar garbanzos por medio de una cerbatana contra los sombreros, dando casi siempre en la cara y no pocas veces en los ojos, y en rociar, especialmente á las mujeres que iban más vistosas, con *agua sucia* (!) que se arrojaba con una especie de jeringa de plomo. ¿Qué hubiera dicho un inglés al ver esto en España! Aquí, sin embargo, no eran las clases populares las que más se distinguían en esta agradable y delicada diversion.

Inaugurados los ejercicios de *sport* hípico ayer tarde, se ha verificado en Hyde-Park la primera reunion de la temporada del *Four-in-hand Club*, acudiendo al acostumbrado punto de partida, que es el llamado *polvoir*, una gran muchedumbre de espectadores, curiosos de admirar los soberbios trenes que allí se reúnen en estas ocasiones. El *four-in-hand* es uno de los lujos más dispendiosos del alto *sport* inglés, y que sólo pueden permitirse los grandes señores ó los regimientos aristocráticos como los *Life Guards* y los *Blue*. Veintinueve carruajes habian acudido á la partida, á pesar de la lluvia que amenazaba y acabó por remojarse la fiesta y á los aristocráticos cocheros. Despues del acostumbrado paseo por el parque, muchos de los coches se dirigieron al Club de Orleans, donde estaba preparada la comida para los individuos del Club de los *four-in-hand* y sus amigos.

Este género de *sport*, genuinamente inglés, no tiene ya, sin embargo, el carácter que ha tenido en otras épocas. Con el establecimiento de los ferrocarriles hubieron de irse suprimiendo los viajes por los caminos ordinarios, hasta que, andando el tiempo, sobrevino una especie de reaccion y emprendióse, como viaje de recreo, lo que antes parecia insostenible cuando no habia otro medio para trasladarse de un punto á otro que embanastarse en una silla de posta

ó en una diligencia. Así se introdujo la moda de esos grandes carruajes en que pueden ir hasta catorce ó diez y seis personas dentro y sobre la caja, en el pescante y en la zaga. Engánchense á cuatro magníficos caballos de tiro, ya de un pelo todos, ya dos á dos; y en esta guisa y guiados por el dueño, se hacen expediciones de muchas leguas con increíble velocidad y no poco regocijo; lo que puede llamarse una verdadera *partida de campo*. Estos carruajes son los llamados *four-in-hand*, por el número de las riendas (cuatro en mano, literalmente) que empuña el conductor. En Londres existen por lo menos dos círculos de propietarios de estos vehículos: el ya mencionado, que cuenta 52 socios, y el *Coaching-Club*, en que figuran 120.

¿Qué lector desconocerá la inmensa importancia del teatro de *Covent Garden*, acaso el primero del mundo? Hace poco tiempo que ha empezado la temporada, y á la cabeza de la compañía figuran, entre otras muchas notabilidades, Adelina Patti y los tenores Nicolini, Capoul y Gayarré, colocado ya éste al lado de aquéllos y en la primera línea de los cantantes del mundo. Sabido debe ser tambien que Gayarré, hijo de un modestísimo labrador de una de las provincias del Norte de España, ha escalado el pináculo de la fortuna en breve tiempo, gracias á las sorprendentes cualidades con que ha dotado la naturaleza su garganta, situacion en que ha conservado las condiciones de orden y economía que ha debido adquirir en su infancia. A propósito de esto, he oido referir á persona que merece entero crédito, que Gayarré, tan buen hijo como hombre prudente, empezó á enviar á su anciano padre, que no ha querido abandonar su pueblo natal, una gran parte de su sueldo mensual, desde que llegó á ocupar un puesto privilegiado entre los tenores de ópera. Pero las cantidades eran tales, que por su importancia y la frecuencia con que llegaban á la morada del honrado anciano, llegaron á alarmarle, y semejante al zapatero de Lafontaine, temiendo acaso que aquella prodigalidad de la voluble diosa llegase á dar al traste con su tranquila felicidad, escribió á su hijo que no le enviase tanto dinero, pues comprados ya unos campos y todo lo necesario para su cultivo, el dinero le estorbaba.

En cuanto á su hijo, diré que si bien posee una voz que en la actual escasez de tenores no tiene precio, como artista tiene aún mucho que aprender en la parte trágica; y que si los ingleses, más apreciadores en la ópera de la parte lírica que de la dramática, están hoy locos con Gayarré, es posible que en París y en San Petersburgo no hiciera tanto efecto. Sin embargo, es joven, tiene excelente figura y buenas condiciones para llegar á ser un perfecto artista, en la acepcion más lata de la palabra.

Gayarré hizo aquí su debut el 7 de Abril, en el papel de *Fernando* en la *Favorita*, que es indudablemente uno de los que mejor desempeña. *I Puritani*, *Gli Hugonoti* y otras óperas le han dado á conocer como un buen artista, pero que interpreta mejor la música italiana que la franco-alemana, habiendo cantado la hermosa melodía *A te, o cara*, como pocos tenores lo habrán hecho. El único defecto que encuentro en su estilo es que se fija más en exponer la belleza de su voz que en cantar exactamente lo que está escrito; así se observa que muchas veces prolonga ó acentúa una nota con perjuicio de la frase á que pertenece. El tiempo le hará modificar este estilo esencialmente italiano.

El debut de la Patti en la presente temporada, despues del mucho tiempo que el público estaba privado de su mágico canto, ha sido uno de esos entusiasmos que pocas, poquísimas veces se presencian en este país; y verdaderamente que la voz de la célebre cantante debe admirar aún á los mismos contemporáneos de las celebridades de los primeros tiempos de la ópera. De mí sé decir que si hace quince ó diez y seis años cuando la oí por primera vez en el Teatro Real, me hizo el efecto de un ruiseñor humano, si me es dado expresarme así, hoy me parece ya un sér excepcional, pues con la edad la voz se ha robustecido sin oscurecerse, y aquellas maravillosas modulaciones que tenían suspenso al inteligente auditorio madrileño del rico raudal de su voz, se han perfeccionado aún más con la práctica y los recursos de la maestría.

Y no digo más, porque sería interminable y créolo además excusado. La voz de la Patti no puede describirse.

De la poesía descendamos á la prosa. Nicolini ha sido escriturado en *Covent Garden* por exigencia de la Patti. ¿Quién ignora la historia íntima de ambos? El empresario le admitió como primer tenor absoluto, pero el público ha protestado al verle en las tablas por primera vez. La moralidad inglesa se ha atravesado entre el artista y el marido, y olvidando al primero, que era al que tenía á la vista, ha silbado, — si, se ha silbado en *Covent Garden* — al segundo, que para nada figuraba en *Il Trovatore*. Esta conducta, más propia de un teatro de provincia que del primero de Europa, parece que tiene, sin embargo, algun fundamento tambien en la especie de dictadura que en favor de Nicolini ejerce quien puede sobre Mr. Gye disponiendo para aquél de todos los papeles, en perjuicio de Capoul, el idolo de los parisienses, y de Gayarré.

La capital que tanto dinero emplea en sus diversiones, pues todos estos cantantes están pagados espléndidamente, no olvida á los desheredados de la fortuna, y es acaso la que más hace por ellos, dando un solemne mentís á los difamadores de la calumniada filantropía inglesa.

Una prueba de esta afirmacion dan los estados mensuales del pauperismo en Londres que arrojan el resultado de que á fin de Mayo existían 80.837 pobres, de los que 37.208 estaban en las *workhouses* y 43.629 eran auxiliados fuera de estos establecimientos. Comparado el total con el que suministran los datos de igual período en los años 1876, 75 y 74, resulta una disminucion de 1.002, 5.713 y 15.234 respectivamente, por lo que se ve la considerable decrecencia que en el pauperismo se ha conseguido en tres años y cómo este antiguo estribillo empleado contra Inglaterra no tiene más fundamento que todas especies erróneas que se

admiten por tradicion y sin exámen por una tras otra generacion.

Pero lo que es verdaderamente chocante es que en pleno siglo XIX, y en este país, presencien los caminos reales escenas asignadas clasicamente á España é Italia. Un coche detenido en un bosque por «hombres enmascarados», que les ponen pistolas al pecho al cochero y *groom*, es ya un buen principio de aventura. Pero el cochero resiste el detenerse, y en lugar de contener los caballos, sacude un enérgico latigazo al bandolero que los había asido de las riendas, quien soltándolos facilita á aquel escapar del peligro. Los bandidos parecían pertenecer, segun se dice, «á una clase elevada de la sociedad», y al parecer, habian ido al lugar de su fechoría en un coche de cuatro ruedas; detalle deplorable que acaba de quitar al lance la poesía que el enmascaramiento parecia prometer. A pesar de la especie de excitacion que este lance, que se produce por segunda vez por cierto, ha ocasionado en imaginaciones aficionadas á todo lo novelesco, de esas que van á España ó á Italia en busca de bandidos legítimos, los periódicos burla burlando han puesto el grito en el cielo y piden que estén más vigilados los caminos por los *constables*, siquiera pierdan sus ilusiones los aficionados á esa «restauracion del siglo XVIII.»

La participacion de las mujeres en la vida pública, de una manera más ó ménos directa, es asunto que los ultramontanos de todos los países han tomado por su cuenta con fines que no me incumbe tratar en esta carta.

En la Cámara de los Comunes presentóse há poco un proyecto de ley encaminado á abolir la incapacidad legal de las mujeres, pero cuyo verdadero objeto es el conceder á las casadas el derecho electoral. La acogida que ha tenido en la prensa y en la Cámara habrá convencido á los firmantes del proyecto de que no les es favorable la opinion, por más que en las altas regiones gubernamentales tenga resueltos y declarados sostenedores.

Recientemente se ha celebrado el 400.º aniversario de la introduccion de la imprenta en Inglaterra por Guillermo Caxton, con varias solemnidades. Una de ellas ha sido la funcion religiosa celebrada en la Abadía de Westminster ante un numeroso concurso, y para celebrar tambien la fundacion de los diversos establecimientos destinados al socorro y asilo de todos los obreros de la imprenta, como son la *Printer's Pension*, el *Almsouse* (hospicio) y la *Orphan Asylum Corporation*. Hubo primero la lectura de rubrica, luego la parte musical, que consistió en el magnífico himno de Mendelssohn *Hymn of Praise*, entonado por un numeroso coro y orquesta y un breve sermon que tuvo por asunto las palabras que sirvieron de tema al gran maestro moderno para la composicion que escribió para la conmemoracion del 400.º aniversario de la introduccion de la imprenta en Alemania. Dichas palabras son éstas: «La noche ha pasado, el día se aproxima; arrojemos lejos de nosotros las obras de las tinieblas y vistamos la armadura de la luz.»

El entusiasmo con que se ha celebrado esta festividad de la civilizacion, el gozó con que en este país-clásico de la libertad se entregan á celebrar la de la prensa, llena de amargura los corazones de los que pensamos en lo difícil que es de aclimatar en otros países donde el inmortal descubrimiento de Guttenberg no ha recibido aún al cabo de más de cuatro siglos el desarrollo que sólo puede alcanzar sin trabas ni mordazas.

Para terminar daré cuenta de un suceso que bien puede calificarse de chusco y ha llamado bastante la atencion hasta que ha sido explicado suficiente y públicamente por persona autorizada; ha ocurrido en Dublin con motivo de la celebracion del aniversario del Papa, y él demuestra la osadía de algunos fanáticos. La noche del mencionado día apareció iluminada, causando en la poblacion la sorpresa que se puede suponer, la torre de la catedral protestante de Santa María. El hecho, que parecia inexplicable, se verificó, sin embargo, de un modo muy sencillo. Parece que al anochecer solicitaron un cura, dos hombres y tres mujeres permiso para subir á la torre, con objeto de contemplar desde allí el panorama que ofrecia la ciudad iluminada. Como quiera que la pretension nada tenía de extraña, dióse el permiso, y los curiosos emprendieron la subida, acompañados por un dependiente de la catedral. Una de las mujeres empezó á quejarse de que el estado de sus nervios no le permitía seguir subiendo y el obsequioso dependiente se quedó con ella sin sospechar nada, pues ningún motivo habia para sospechar, dejando que los demas prosiguiesen solos la ascension. Al poco tiempo bajaron, y reunidos todos, salieron de la catedral, pero no tardó mucho en llamar la atencion del dependiente un resplandor que se observaba hacia la aguja de la torre, y subiendo precipitadamente se encontró con espanto que la catedral estaba brillantemente iluminada con vasos de alquitran que se supone llevaban ocultos las mujeres. Dice Carlyle que «el amor á la luz nunca espanta á las almas de los hombres.» Hay que suponer que el dependiente en cuestion se encontró aquella noche en un caso contrario al verse juguete de tan atrevida estratagemas.

N. GREY.

NOTICIAS GENERALES.

Dos sujetos han apostado recientemente 5.000 rs. sobre quién de los dos recorrería en ménos tiempo la distancia que media entre Linlithgow y Edimburgo, yendo en un carruaje tirado por un caballo. Depositáronse los 10.000 reales en manos del dueño de la posada que se designó como meta de la carrera, y establecióse por compromiso escrito que aquél de los dos contrincantes que llegase primero á la posada con el caballo y carruaje en regla, podia tomar desde luego los 500 duros.

Antes del día de la lucha, uno de los contendientes, que estaba casi seguro de perder, pues conocía de sobra las condiciones de su caballo, ideó un modo sutil de asegurar la ganancia, y fué encargar en una estación del ferro-carri, cercana al camino que había de servir de campo de carrera, que se tuviese preparada una máquina y una plataforma para conducirla con coche y caballo á Linlithgow. Así lo hizo, quedándose atrás poco á poco desde la partida, con no poco contentamiento de su rival, quien no se sorprendió al fin de perderle de vista por completo. Pero cuál no sería su sorpresa cuando al llegar al término de la carrera se le dijo que su contrario hacía ya rato que había llegado en su carruaje, con el caballo muy fresco por cierto, y que en cumplimiento de lo pactado se había llevado los cuartos. Furioso nuestro hombre, parece que piensa llevar la cuestión á los tribunales, sin atender al arrepentimiento del otro, que dice ahora que todo fué broma y le ofrece los 5.000 rs. perdidos.

El préstamo hecho por el Príncipe de Gales de animales de las Indias á los Jardines Zoológicos, ha dado resultados excelentes para la Sociedad Zoological. Jamás las entradas han sido tantas como durante el año anterior. Este aumento de renta vendrá muy bien á la Sociedad en este momento, cuando acaban de gastar tanto en las casas de los leones y otros adelantos en lo demas del Jardín. El Consejo acordó conferir una medalla de oro al Príncipe de Gales, como prueba de agradecimiento á su beneficio, aunque lo que él hará ó lo que se le importará de una medalla de oro es difícil de decir.

LAS CARNES DE AMÉRICA.

Ya hemos dado cuenta en las columnas de EL CAMPO del feliz resultado que había tenido en la prueba verificada el Frigorífico de Mr. Tellier, que consiste en la conservación de las materias animales por el frío. Los ingleses, con el espíritu práctico que los distingue, se han aprovechado de él inmediatamente, armando buques para el transporte de carnes, y arrojan en el mercado de Liverpool enormes cargamentos que se venden á precios remuneradores. Una nueva fuente de donde surtir se han creado al pueblo inglés, el más carnívoro de los pueblos civilizados. La demanda cada vez más activa y los precios siempre crecientes de la carne, no pueden dejar de provocar un tráfico semejante en Francia, donde se preocupan mucho y temen que las carnes extranjeras, si llegan en gran cantidad á sus mercados hagan bajar las suyas, con perjuicio de la producción agrícola. La *Gazette des Campagnes* cree que por ahora no hay que temer esto, porque á pesar de los muchos mercados situados en América, Rusia, Roumania, etc., la abundancia de pedidos del comercio traerá forzosamente una subida de precios en los países productores. Sin embargo de la concurrencia de carnes extranjeras, amenaza constante para la producción del ganado, lo que sería una ruina para la Agricultura, sería urgente entonces imponer una cuota aduanera, calculada sobre las cargas que representa la producción de la carne en Francia.

Los siguientes datos, que copiamos de un periódico inglés, dan una idea bastante aproximada sobre esta importante cuestión:

«Comunmente se habla de la Australia y de la California como los países en que existen las más vastas explotaciones y los mayores dominios. Sin embargo, muchos ranchos de Tejas no tienen rivales, bajo el punto de vista de la superficie y del número de cabezas de ganado. Hace cuatro ó cinco años que la mitad de los llanos que se extienden al Oeste del río San Antonio se han convertido en diversos prados rodeados de barreras. El cultivo de los cereales ha sido abandonado completamente en esta parte de Tejas, mientras que la cría de ganados, que se multiplica de una manera prodigiosa, toma cada día más extensión.

»Las granjas en pequeño han cedido su lugar á las grandes, y hoy se cita á los *cattle-kings* (reyes pastores) que son verdaderos nabas, propietarios de miles de caballos y ocupan cientos de servidores. Para dar una idea de la importancia de estos *cattle-kings* de Tejas, el *New-York Times* publica en cifras redondas el número de acres (el acre vale sobre 37 áreas) y el de cabezas de ganado de los diez principales ranchos.

»Al Este del río Brazos, Allen é hijos poseen 40.000 acres cercados de empalizadas, de madera, y 50.000 cabezas de ganado. Al Oeste de Brazos, Fonter Diez posee 12.000 acres cercados y 40.000 cabezas de ganado. Al Norte de Austin, Carulther hermanos no tienen menos de 60.000. Al pie de la Sierra de Guadalupe, O'Brien conduce 35.000 bueyes. Al Oeste de San Antonio, M. Lowe ha convertido en prados 40.000 acres y tiene 120.000 cabezas. Más al Oeste, una viuda mejicana es propietaria de 140.000 cabezas de ganado, y exporta cada año 15.000 bueyes. Mathews Coleman, de Rockfort, tienen 200.000 acres de prados y 130.000 cabezas. Duvuse y Elleron 120.000 bueyes. Kenedos 190.000 acres, 8.000 caballos y mulas y 120.000 bueyes y carneros.

»Pero el rancho más rico, el del capitán King, se halla al Oeste del río Niwees, á 30 millas de Corpus-Cristi. El número de acres es actualmente de 200.000, y el de cabezas de ganado 170.000, de los cuales 8.000 son caballos. El otoño último Mr. King vendió y llevó al estado de Kansas 30.000 bueyes, por los que le pagaron 327.500 dollars y fueron precisos 700 hombres para conducir este inmenso rebaño hasta *Hays City*.

Después de la crisis de las lanas y de los trigos es preciso prever para la producción agrícola, que sucumbe ya bajo el peso de tantas cargas, la crisis de la carne.

CULTIVO DE LOS BOSQUES.

Bajo este título ha publicado en Francia Mr. de Saint Victor un curioso trabajo, en el que examina el cultivo de los bosques, tanto en beneficio del propietario como de la riqueza general.

Relativamente á su práctica personal, hace la cuenta de una explotación de 271 hectáreas, y demuestra con números que ningún otro cultivo hubiera dado renta que llegase á la mitad de la de los bosques, en los montes de suelo granítico.

Sus plantaciones consisten en pino albar, alternando con cedro alerce, y calculado sobre una explotación de cuarenta años, da rentas superiores á las de las mejores praderas.

Demuestra que los bosques, coronando los puntos más elevados de una comarca, aseguran el curso regular de las aguas y la firmeza del terreno, preservan el país de las intemperies excesivas y son también un elemento esencial de la riqueza general.

Cita como ejemplos la Asiria, Asia Menor, el norte de Africa y Sicilia, países ántes tan fértiles y que son hoy desiertos de arena de resultas de la tala de sus bosques.

Examinando después la producción y el consumo de maderas, hace constar por una buena estadística, que siendo superiores los progresos continuos del consumo á la producción, se está amenazado en un porvenir próximo á una falta de maderas que ya se anuncia por su carestía.

El consumo anual de madera en Francia es de 60 millones de metros cúbicos, correspondiendo á una explotación de bosques de 25 millones de hectáreas, y como éstos sólo ocupan de 8 á 9 millones, resulta que tiene que comprar las dos terceras partes de las maderas necesarias, importantes 140 millones que se pagan al extranjero.

Como ejemplo de la subida de valor de los bosques, cita uno de 1.000 hectáreas, que producía en 1789 de 6 á 8.000 francos; la madera se vendía entonces á 1,50 francos el ceterco y á 25 francos el 100 de tablas; en 1865 se vendía á 8 francos el ceterco y 80 francos las 100 tablas, siendo la renta de la finca 26.000 francos. Hoy hay que añadir 50 por 100 á esos precios, y todo hace creer que siga tomando más valor. Evaluando la subida anual en 1,60, un bosque que vale hoy 200.000 francos, valdrá 266.000 en veinte años.

El cultivo de bosques es no sólo conservador de los patrimonios, del suelo, del clima, del buen equilibrio de los elementos atmosféricos y terrestres y de la salubridad de un país, sino que mirado como explotación ó como cultivo industrial, es una excelente empresa en las comarcas accidentadas de terrenos áridos y graníticos.

Pero exige conocimientos serios y especiales, á fin de adaptar la elección de las especies y el modo de cultivarlas á la naturaleza de los terrenos, á su exposición y á otras circunstancias cuya apreciación pide una instrucción especial y una vigilancia constante.

Mr. Saint Victor presenta sobre esto juiciosas observaciones decretadas por sus conocimientos, de que sus magníficos cultivos de Ronno ofrecen muestras justamente apreciadas por todos los hombres competentes.

En los últimos días de la estación de caza de 1876 á 77, los cazadores de P. supieron que un jabalí, ya conocido en los alrededores por sus fechorías, se había acorralado en un macizo de árboles, á dos kilómetros del pueblo. Un viejo guarda reunió unos cuantos aficionados y en pocos momentos organizaron una batida.

Rodearon silenciosamente el macizo en que estaba el animal, que al primer ruido que oyó salió impetuosamente de él y pasó al alcance del guarda, que le envió dos balas, rodando por el suelo con una pata rota.

Como cazador experimentado, el guarda, en lugar de acercarse quedó en su sitio y cargó la escopeta; pero un cazador que estaba á veinte pasos, corrió hacia el jabalí herido, con la esperanza de pararlo, y le tiró sin darle. El terreno formaba cuesta bien pendiente, y sin querer se encontró el jabalí sobre su enemigo, con el que rodó á lo largo de la colina.

—¡Socorro! ¡socorro! gritaba el pobre diablo.

Mientras que sus compañeros acudían á sus gritos, el cazador pudo levantarse y se lanzó sobre un pino, al pie del cual su enemigo le siguió arrastrándose y pudo alcanzarle ántes que se subiese más, hiriéndole con sus defensas en las piernas. El cazador temía caerse, sufría de sus heridas y hacía vanos esfuerzos para subirse, cuando instintivamente levantó sus piernas y apretó el árbol con sus brazos. El animal pudo aún alcanzar el pantalón, que rasgó de una manera poco decente. Sintióse tocado, el cazador se creyó perdido y le sucedió lo que cuentan de Turena y Condé el primer día de combate.

Bajo el efecto de esta ametralladora de nueva invención, el enemigo, cegado, abandonó su víctima, sacudiendo su defensa maltratada, y este corto momento de tregua permitió á los otros cazadores llegar á tiempo. Hicieron fuego y el animal cayó acribillado.

El cazador herido seguía agarrado al árbol y parecía desmayado. Le hicieron respirar algunas gotas de aguardiente y poco á poco volvió en sí. A la vista de las defensas del jabalí, afiladas como dos navajas de afeitar, se pudo apreciar el peligro de que el cazador había escapado, preciso es confesarlo, por el efecto del miedo más que por su valor.

Se asegura que nadie puede comer 30 codornices en 30 días seguidos, por más que sea un alimento gastronómico, en apariencia muy sencillo y estimado. La codorniz se considera como uno de los bocados más delicados desde que los hijos de Israel pasaron por el Desierto y tuvieron un festín con este ave. Una señora de Vakland hizo, por broma, con su yerno la apuesta de comer 30 codornices en 30 días, y si no pagarle 500 duros, considerando esta apuesta de fácil ejecución.

Decidió que comería las codornices asadas para almorzar, pero á las dos semanas le parecieron repugnantes y le daban náuseas. Sin embargo, tuvo valor para vencerse y perseveró, soportando dolores en el corazón y cierta tendencia al oscurecimiento de la vista; pero comió su último pájaro á la vista de la gente de su casa, un poco alarmadas de su estado, y aseguró que por nada del mundo volvería á empezar la apuesta, ni aún por imitar á los hijos de Israel que vivieron cuarenta días en el Desierto comiendo estas aves

sin quejarse. Hoy está curada y ha ganado, aunque con trabajo, sus 500 duros. Se cree que esta señora pudo más en ella el vencer á su yerno que el ganar el dinero: lo que no se dice es si éste lo hizo con la esperanza de ganar ó perder. ¡Son tan indigestas, tomadas tantos días seguidos, las codornices!

Segun dice *The New York Tribune*, se han enviado desde los Estados-Unidos á Inglaterra 400 caballos para el ejército, por conducto de la línea de vapores de William and Guion, costando la conducción, sin los piensos, 75 dollars por cabeza. Otra línea conduce á Glasgow todas las semanas de 30 á 40 caballos para el servicio particular, y se cree que la demanda irá en aumento. La cría de caballos para la venta va haciéndose una de las industrias favoritas de los cultivadores norte-americanos. Los del Estado de Kentucky obtienen caballos de mejores condiciones que los de otras provincias, en particular para tiros de lujo, los cuales tienen ya gran fama.

Los de tiro para la Agricultura y el Comercio proceden de Pensylvania, donde el sistema de cría ha llegado á ser una ciencia. También hay un excelente mercado de trotones en América.

Se ha reconocido en los Estados-Unidos, así como en Inglaterra, que los caballos de gran alzada no son los mejores para tiros de resistencia, creyéndose que no hay animal mejor que el caballo de los *cabs* de Lóndres, que aunque son jacos casi todos hacen un servicio continuo de una resistencia incalculable. Algo de esto demuestra también en España, en la provincia de Valencia, el sistema de cría, que da los mejores resultados.

Un periódico militar alemán publica la siguiente estadística de largas jornadas á caballo realizadas por apuesta en estos últimos tiempos por oficiales de aquel ejército.

El 16 de Julio de 1875, el Conde de Stolberg, teniente de coraceros, recorrió los 169 kilómetros que median entre Munster y Hannover en 11 horas y 35 minutos.

El 13 de Octubre de 1876, el teniente Kotze, del 11.º de hulanos, anduvo en el mismo caballo desde Perleberg á Berlin (144 kilómetros) en 20 horas.

El 21 del mismo mes y año, el teniente de Schutter, del 6.º de dragones, fué sin cambiar de caballo y con un peso de 160 libras, desde Kemberg á Francfort (537 kilómetros) en 120 horas.

La jornada más larga fué la del teniente de la caballería austriaca, de Zubovics, quien sobre el mismo caballo hizo el viaje desde Viena á París en 14 días, andando unos 96 kilómetros diarios; es el mismo que el 25 de Febrero último pasó á caballo el Danubio, entre Ofen y Pesth, en ocho minutos y 45 segundos, siendo la temperatura del agua la de dos grados sobre cero.

Ha muerto en Lóndres el almirante Rons, con lo que el turf inglés ha tenido una gran pérdida, pues hace cuarenta años que era el Director. Había publicado un libro muy interesante, *Leyes y costumbres del Turf*, en que todas las cuestiones están tratadas con gran autoridad.

NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Ha llegado la de vámonos.

El calor que se ha dejado sentir durante la pasada quincena, ha apresurado la marcha de muchas familias, y hace que otras estén ya con un pié en el estribo dispuestas á abandonar la villa y córte.

Entre los emigrantes, podemos citar á los Sres. Duques de Fernan-Núñez, que pasarán el verano en la magnífica posesión que tienen en Dave (Bélgica); al general Serrano, que marchará en breve á Biarritz, y los Sres. Duques de Ahumada, Marqueses de Retortillo, Sres. de Baüer y Condesa de la Corzana, que han elegido el Real Sitio de la Granja para librarse allí en lo posible de los derechos *inaguantables* del Estío.

Y aquí se nos ocurre una idea que no queremos pasar en silencio.

Si el Estío, siendo sólo *es-tío* se ocupa en *achicharrarnos la sangre*, ¿qué haría si se llamase *es-suegra*?

La contestación pueden darla aquellos de nuestros lectores que tengan ó hayan tenido una mamá política.

Terminado este entre paréntesis, volvamos al tema.

Lástima grande es que la moda se lleve al extranjero la mayoría de nuestra buena sociedad, cuando hay en España tantos puntos que pueden competir ventajosamente con los de otras naciones en condiciones climatológicas y en belleza y feracidad del suelo.

El que últimamente hemos citado, *La Granja*, que bien pudiera llamarse el Versalles español, no tiene rival en el mundo.

Y en honor de la verdad, ya hay muchas personas que hacen justicia á aquel sitio tan fresco y tan ameno, eligiéndole como el más á propósito para vivir en la presente estación.

Las playas de Santander y San Sebastian empiezan á animarse.

Para el primer punto ha salido una buena compañía dramática, á cuyo frente figura el apreciable actor D. Manuel Catalina, que no dudamos hará las delicias de los bañistas que allí concurren. En cuanto á San Sebastian, tanto su Ayuntamiento como su vecindario, se esfuerzan á porfía con grandes preparativos para hacer una digna recepción á los forasteros, por cuyo motivo promete estar dicha ciudad más concurrida que en años anteriores.

Grandes reformas en los paseos y plazas, trasformando éstas en bellísimos verjeles; una numerosa orquesta compuesta de más de ochenta profesores que amenizarán la estancia de los viajeros con dos conciertos diarios, uno de doce á dos de la tarde y otro de ocho á once de la noche, en el gran kiosco que se ha construido en el Boulevard; fantásticas veladas con iluminaciones al estilo de Venecia; ex-

curciones matinales y nocturnas por la bahía y ría; regatas, bailes, teatros, toros, circo ecuestre y Skating-rink, todo esto ofrecerá á los forasteros la ciudad de San Sebastian.

Con que nos parece que si despues de este programa, no se animan VV. y van á parar á aquella ciudad, aunque sólo sea una semana, no tienen perdon de Dios.

Otro punto que recomendamos eficazmente á nuestros lectores es el Monasterio de Piedra.

Con las emigraciones, los salones de la aristocracia han ido poco á poco cerrando sus puertas, que no volverán á abrirse hasta que los frios del invierno se dejen sentir por la córte y villa.

La fiesta de los señores Marqueses de Bedmar en su preciosa quinta cercana á Canillejas, ha sido, si así puede decirse, el último adios dado por cuanto de elegante y distinguido encierra Madrid, á esos bailes tan propios de la estación de las nieves y en los que resaltan á porfia los encantos del bello sexo y la esplendidez y buen gusto de los dueños de los salones.

De buena gana, si dispusiéramos de espacio, intentaríamos hacer una ligera reseña del sarao, pero se ha hablado tanto de él, se han hecho tan magnificas descripciones, que raro será el que no esté enterado de cuanto allí ocurrió, de los nombres de las bellezas que más brillaron y de la amabilidad y exquisita cortesania con que hicieron los honores los señores Marqueses de Bedmar.

Dichos señores continuarán recibiendo en su quinta todos los miércoles, á los amigos que aún permanecen en Madrid.

Respecto á las novedades que los espectáculos de verano nos ofrecen, la más importante, sin duda, es la zarzuela de los Sres. Ramos Carrion y Pina Dominguez, que se ha estrenado la semana anterior en el teatro del Principe Alfonso con el título de *Los Madriles!*

Presentada con el calificativo de *pasatiempo* y escrita sin otro deseo que el de proporcionar algunas horas de ameno solaz al público, dicha zarzuela, dividida en dos actos y diez cuadros, llenó su objeto tan cumplidamente, que apenas daba tiempo al auditorio para cesar de reír y celebrar los chistes de que está salpicada. Pero el verdadero triunfo lo ha alcanzado el Sr. Busato, autor de la decoracion final del acto primero, y en la que el reputado artista ha realizado un trabajo notabilísimo y que produce extraordinario efecto.

Mucho quisiéramos decir acerca de los sucesos de los jardines del Buen Retiro, pero ni la índole de esta publicacion nos lo permite, ni es prudente hacer más consideraciones sobre las escenas que allí han tenido lugar.

Peor es menallo, dijo Sancho, y eso mismo pienso.

¡Quiera el cielo que para bien de todos renazca la tranquilidad y la confianza, y aquel sitio, el mejor de la córte, vuelva á ser el punto de reunion de la buena sociedad madrileña.

Una noticia fresca.

En París se está debatiendo un punto muy importante para el bello sexo.

Se trata nada ménos que de si el corsé que hasta el dia se ha llevado oculto por el cuerpo del traje debe continuar así, ó ponerse encima á manera de corpiño á lo Juana de Arco.

Los que proponen esta reforma, adornan el corsé con ricas telas de preciosos dibujos.

Si vencen al fin los partidarios de esta novedad, pronto traspasará los Pirineos.

Hay revisteros que rebuscan un chiste para poner fin á sus trabajos.

Nosotros preferimos terminar estas líneas con aplaudir y hacer público un rasgo de caridad.

Héla aquí:

La simpática heredera de los Duques de Fernan-Nuñez y la distinguida señorita de Serrano, hija de los Sres. Duques de la Torre, han destinado: primera, 2.000 rs. para las atenciones de la Casa de Socorro del distrito del Hospital, y la segunda ha entregado 1.000 rs. para la del distrito de Buenavista, 500 para los pobres de la parroquia de San José, y 2.000 para los necesitados del barrio de Salamanca.

Estas cantidades son producto de la becerrada que presidieron dichas señoritas y que los iniciadores de la fiesta tuvieron la galantería de entregarlas para que las repartiesen á su gusto entre los pobres.

Prescindiendo por completo de los estrechos lazos de amistad que nos unen al eminente literato y profundo escritor D. Juan Valera, vamos á dedicar algunas líneas al libro que acaba de publicar y que ya conocen y aprecian nuestros lectores.

Se trata de *El Comendador Mendoza*, preciosa novela con que honró las columnas de EL CAMPO el popular autor de *Pepita Jimenez*.

Todo lo que acerca del nuevo libro pudiéramos decir, parecería pálido á los que conocen cuanto de bello, delicado, espiritual é interesante encierra en sus páginas *El Comendador Mendoza*.

Pero no es ese nuestro ánimo.

Al aparecer hoy esta notable obra, formando un elegante volumen, el autor la ha engalanado con una discreta carta dedicatoria, y faltáramos á nuestros abonados si le privásemos de conocerla.

Hé ahí por qué le hacemos un lugar en nuestras columnas, seguros de que nos lo agradecerán todos los que estiman en lo que valen las joyas literarias que brotan de la pluma de nuestro distinguido amigo y colaborador.

Dice así la carta:

«A la Excm. Sra. Doña Ida de Baiier.

»Nunca, estimada señora y bondadosa amiga, soñé con ser escritor popular. No me explico la causa, pero es lo cierto que tengo y tendré siempre pocos lectores. Mi afición á escribir es, sin embargo, tan fuerte que puede más que la indiferencia del público y que mis desengaños.

»Varias veces me di ya por vencido y hasta por muerto; mas apenas dejé de ser escritor, cuando reviví como tal bajo

diversa forma. Primero fui poeta lírico, luego periodista, luego crítico, luego aspiré á filósofo, luego tuve mis intenciones y conatos de dramaturgo zarzuelero, y al cabo traté de figurar como novelista en el largo catálogo de nuestros autores.

»Bajo esta última forma es como la gente me ha recibido ménos mal; pero, aún así, no las tengo todas conmigo.

»Mi musa es tan voluntariosa que hace lo que quiere y no lo que yo le mando. De aquí proviene que, si por dicha logro aplausos, es por falta de prevision.

»Escribí mi primera novela sin caer hasta el fin en que era novela lo que escribía.

»Acababa yo de leer multitud de libros devotos.

»Lo poético de aquellos libros me tenía hechizado, pero no cautivo. Mi fantasia se exaltó con tales lecturas, pero mi frio corazon siguió en libertad, y mi seco espíritu se atuvo á la razon severa.

»Quise entónces recoger como en un ramillete lo más precioso ó lo que más precioso me parecia de aquellas flores rústicas y ascéticas, é inventé un personaje que las recogiera con fe y entusiasmo, juzgándome yo, por mi mismo, incapaz de tal cosa. Así brotó espontánea una novela, cuando yo distaba tanto de querer ser novelista.

»Despues me he puesto adrede á componer otras, y dicen que lo he hecho peor.

»Esto me ha desanimado de tal suerte que he estado á punto de no volver á escribirlas.

»Entre las pocas personas que me han dado nuevo aliento, descuella V., ora por la indulgencia con que celebra mis obrillas, ora por el valor que los elogios de V., si prescindimos por un instante de la bondad que los inspira, deben tener para cuantos conocen su rara discrecion, su delicado gusto y el hondo y exquisito sentir con que percibe todo lo bello.

»Aunque yo no hubiese seguido de antemano la sentencia de aquel sabio alejandrino que afirmaba que sólo las personas hermosas entendían de hermosura, V. me hubiera movido á seguirla, mostrándose luminoso y vivo ejemplo y gentil prueba de su verdad.

»No extrañe V., pues, que, lleno de agradecimiento, le dedique este libro.

»Por ir dedicado á V., quisiera yo que fuese mejor que *Pepita Jimenez*, á quien V. tanto celebra: pero hartos sabido es que las obras literarias, y muy en particular las de carácter poético, sólo se dan bien en momentos dichosos de inspiracion que los autores no renuevan á su antojo.

»En esto, como en otras mil cosas, la poesia se parece á la magia. Requiere la intervencion del cielo.

»Cuentan de Alberto Magno que, yendo en peregrinacion de Roma á Alemania, pasó una noche á las orillas del Po, en la cabaña de un pescador. Agasajado allí muy bien, quiso el doctor probar su gratitud al huésped y le hizo y le dió un pez de madera, tan maravilloso, que, puesto en la red, atraía á todos los peces vivos. No hay que ponderar la ventura del pescador con su pez mágico.

»Cierta dia, con todo, tuvo un descuido y el pez se le perdió. Entónces se puso en camino, fué á Alemania, buscó á Alberto y le rogó que le hiciera otro pez semejante al primero. Alberto respondió que lo deseaba (tambien deseo yo hacer otra *Pepita Jimenez*), mas que para hacer otro pez que tuviese todas las virtudes del antiguo, era menester esperar á que el cielo presentase idéntico aspecto y disposicion en constelaciones, signos y planetas que en la noche en que el primer pez se hizo; lo cual no podia acontecer sino dentro de treinta y seis mil y pico de años.

»Como yo no puedo esperar tanto tiempo, me resigno á dedicar á V. *El Comendador Mendoza*.

»Este simpático personaje, ántes de salir en público, no ya escondido y á trozos, sino por completo y por sí solo, pasa, con la vénia de Lucia, á besar humildemente los lindos pies de V. y á ponerse bajo su amparo. Remedando á un antiguo compañero mio, elige á V. por su madrina. No desdén V. al nuevo ahijado que le presento, aunque no valga lo que *Pepita*, y créame su afectísimo y respetuoso servidor.—JUAN VALERA.»

FLORICULTURA.

JULIO.

Segunda quincena.

En el jardín:

Empiezan á florecer: la *Reina Margarita*, *estrella ó flor extraña*; la *cardenala azul* y las diversas variedades de *lobelias*; la *faba crasa*, *anacanseros* ó *hierba callera*, etc.

OBSERVACIONES Y TRABAJOS.

Plántense en el plantel de preparacion las matitas que dió el semillero, de la *malva real doble*, el *estatico* de hoja grande, el *behen rojo* ó *pensamiento anual*.

Pueden aún en esta quincena dividirse ó separarse las cebollas indicadas para esta operacion en la anterior, y ademas las de *azucena*, *lirio cárdeno* y sus variedades, *matronal* ó *juliana*, etc.

Pódense los rosales.

Desde esta época hasta Octubre se pueden separar las raíces del *lirio cárdeno*, que son muy carnosas y despiden secas un perfume á violeta, empleándose algunas veces en las lejías para perfumar la ropa blanca.

Los tallos de las *azucenas* empezarán á secarse. Este es el momento de dividir las cebollas, que se vuelven á enterrar inmediatamente.

Córtense los ramos desflorados de la *boca de dragon* para que continúe floreciendo.

Los esquejes de las verbenas híbridas deben haber arraigado (se plantaron en Junio ó principios de Julio); sepárense y replántense en un tiesto mayor, dándoles más terreno. Así se conservarán todo el invierno.

En los tiestos se pueden seguir plantando los esquejes con hoja del *geranio rojo*. Es la época de trasplantar los esquejes de *heliotropo* y de *verbena* que se plantaron en Ju-

nio en tiesto chico; mójese ántes bien el tiesto; sepárense en pequeños terrones, y póngase cada esqueje en un tiesto de 14 centímetros. Déjense á la sombra dos ó tres dias, y luego pónganse al sol. Si se cuidan bien las raíces se habrán extendido por toda la tierra para el mes de Octubre: esto es esencial para que la planta resista el invierno. Hágase lo mismo con las *verbenas*.

TIRO DE PICHON DE MADRID.

27 DE JUNIO DE 1877.

A las cinco de la tarde ha dado principio la tirada ordinaria correspondiente al dia de hoy, verificándose las cinco piñas siguientes:

1.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 9 tiradores; ganada por el Sr. Duque de Huescar, quien mató 3 pájaros de 3, á 26 metros.

2.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 5 pichones, 13 tiradores; la ganó D. José Argaiz, matando 5 pájaros de 5, á 28 metros.

3.^a *Piña*.—A 30 metros: en 3 pichones, 9 tiradores; ganada por el Sr. Duque de Huescar, matando 4 pájaros de 4, y habiendo luchado con Mr. Auspach y el Sr. Marqués de Camposagrado, que mataron ambos 3 de 4.

4.^a *Piña*.—Cada tirador á su distancia: en 3 pichones, 13 tiradores; la ganó el Sr. Marqués de Camposagrado, matando 5 pájaros de 5, á 27 metros, y habiendo luchado con el Sr. Duque de Tamames, que mató 4 de 5, á 26 metros.

5.^a *Piña*.—Cada uno á su distancia: en un pichon, 7 tiradores; ganada por D. José Argaiz, matando 3 pájaros de 3, á 28 metros, y habiendo luchado con Mr. Auspach, que mató 2 de 3, á 28 metros.

Tomaron parte en estas piñas, ademas de los señores citados, el Sr. Conde de Gomar, que tiró á 26 metros; Conde de Castilleja de Guzman, á 22; Marqués de Casa-Ramos, á 26; Marqués de Peñaflor, á 24; Marqués de Ahumada, á 25; D. Scipion Morillo, á 24; D. José Abaurre, á 28; don José Luis Albareda, á 22; Vizconde de la Torre de Luzon, á 22, y D. Juan Horteiga, á 25.

La tirada terminó á las siete y media de la tarde. AVELINO.

TIRO DE PICHONES DE LISBOA.

26 DE JUNIO DE 1877.

Ultima tirada ordinaria de la estacion.

1.^a *Piña*.—3 pichones, 6 tiradores; ganada por el señor Charles Marin, con 4 en 5, á 27 metros.

2.^a *Piña*.—3 pichones, 7 tiradores; la dividieron el señor Barreiros y Oliva, con 5 en 6, á 26 metros el primero y á 27 el segundo.

3.^a *Piña*.—3 pichones, 7 tiradores; la ganó el señor Barreiros, con 3 en 4, á 28 metros.

4.^a *Piña*.—3 pichones, 9 tiradores; la ganó el señor Augusto Pinto Basto, con 2 en 3, á 27 metros.

5.^a *Piña*.—3 pichones, 9 tiradores; la ganó el señor Charles Marin, con 4 en 4, á 28 metros.

6.^a *Piña*.—3 pichones, 9 tiradores; ganada por el señor Augusto Pinto Basto, con 4 en 4, á 28 metros.

7.^a *Piña*.—3 pichones, 7 tiradores; la ganó Oliva, con 3 en 3, á 27 metros.

OLIVA.

MERCADO DE MADRID.

El precio de la carne ha fluctuado en la última quincena de 14 á 16 pesetas arroba. El pan de dos libras, de 38 á 41 céntimos de peseta. El carbon, á 1,75 pesetas arroba. El aceite, de 16 á 18 pesetas arroba. El vino, de 6,50 á 10 pesetas. El trigo, de 12 á 12,55 fanega. Y la cebada, de 5,07 á 5,28 fanega.

FIGURAS GEOMÉTRICAS DE PALABRAS.

Para dar la solucion en el próximo número.

ROMBOS DE PALABRAS.

I.

p

m i l

m a r o c

p i r o p o s

l o p e z

c o z

s

II.

m

p o n

c a n o n

p a l o m a s

m o n o l i t o s

n o m i n a s

n a t a s

s o s

s

CUADRADO DE PALABRAS.

Solucion de los cuadrados del número anterior.

I.

P a m e m a
a d o r a r
m o l i n a
e r i g i d o
m a n i d o
a r a d o s

II.

L a t o n a
a d o n i s
t o l e d o
o n e r a n
n i d a d a
a s o n a r

Para dar la solucion en el próximo número.

I.

1.^a Diosa del gentilismo.
2.^a Árbol.

3.^a Presente de indicativo de un verbo que expresa ligero movimiento.
4.^a Ciudad antigua entre el Ponto Euxino y el mar Caspio.
5.^a Infinitivo que expresa algo que por los oidos se percibe.

PROPIETARIOS.

D. J. Luis Albareda. — D. Abelardo de Cárlos.

Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(sucesores de Rivadeneyra).
IMPRESORIOS DE CÁMARA DE S. M.

A N U N C I O S .

De la Guerra de Oriente se ha empezado á publicar en la ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA una série de grabados tan interesantes y oportunos, que los lectores pueden seguir paso á paso la historia de tan gigantesca lucha. La suscripcion cuesta en Madrid por un año 35 pesetas; por seis meses 18, y por tres, 10. En provincias y Portugal, 40, 21 y 11 respectivamente. La Administracion, Carretas, 12, principal, Madrid.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA,
PERIÓDICO ESPECIAL DE BELLAS ARTES Y ACTUALIDADES,
Premiado en las exposiciones de Viena y Filadelfia,

se publica cuatro veces al mes, y en la actualidad la
CRÓNICA ILUSTRADA DE LA GUERRA DE ORIENTE, que semanalmente aparece en sus páginas, es de tanto interes, que la Empresa se ha visto obligada á reimprimir los números en que se halla.

PRECIOS.
Un año, 40 ptas.—Seis meses, 21.—Tres meses, 11.
Dirigirse con libranzas ó sellos á la Administracion, Carretas, 12, Madrid.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

El dia 3 de Julio de 1877, en las oficinas de dicho Banco, situadas en el Paseo de Recoletos, número 12, y á la hora de las once de la mañana, tendrá lugar públicamente el sorteo para designar las Cédulas hipotecarias de la emision de 9 de Agosto de 1873, que deben ser amortizadas con arreglo á los Estatutos y á los acuerdos del Consejo de Administracion.

Las Cédulas designadas por la suerte se pagarán á la par desde el dia 1.^o de Setiembre de 1877, dejando en el mismo dia de abonarse las intereses ó cupones correspondientes á las que resulten amortizadas.

Los números de las Cédulas premiadas se insertarán en la *Gaceta de Madrid* y en el *Diario Oficial de Avisos*.

Lo que, por acuerdo del Consejo de Administracion, y en conformidad á los artículos 104, 114, 115, 116 y 117 de los Estatutos, se pone por este anuncio en conocimiento de los interesados y del público.

Madrid, 30 de Junio de 1877. — El Secretario general, Enrique Lamartiniere.

Los patrones, los figurines iluminados y los dibujos en negro que la MODA ELEGANTE ILUSTRADA viene sirviendo á sus abonadas, son de tanto mérito y novedad, que apénas hay ya Señora ni Señorita que no los tome por modelo para las confecciones que se les ofrecen.

La circunstancia de publicarse cuatro ediciones, y todas muy numerosas, permiten á su Empresa tener establecidos precios muy reducidos, y esto hace que LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA sea una verdadera economía en toda casa de familia.

Se envian prospectos y números de muestra, grátis.

Administracion: Carretas, 12, Madrid.

GUÍA

DE CARRERAS DE CABALLOS DE LA PENÍNSULA.

Reglamento general de Carreras.—Relacion de las carreras verificadas en 1876.—Caballos que han ganado.—Dueños de los caballos.—Fechas de las Carreras para 1877.

Dirigir los pedidos á la Direccion de EL CAMPO.

CAMINOS DE HIERRO DEL NORTE.

SERVICIO DE LOS TRENES.

Línea de Madrid á Hendaya.

ESTACIONES.	MIXTO.	EXPRESS.	MIXTO dis-crecional.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.
	M.	T.	T.	N.	N.	M.	T.
Madrid.. salida..	8.05	4	6		8.30		
Escorial.. llegada..	10.08	5.23	8		10.16		
Ávila..	1.30	7.54	T.		1.05		
Medina..	5.45	10.17			4.03		
Valladolid.. llegada..	8	11.27		N.	5.50		
Valladolid.. salida..	N.	11.35		7	6.10		
Búrgos.. llegada..		2.35		12.42	10		
Miranda..		4.50		N.	12.55		
Alsásua..		7			3.38		
San Sebastian.. llegada..		9.48			6.40	M.	T.
San Sebastian.. salida..		10.03			6.55	5.10	5.05
Hendaya..		10.50			7.50	6.10	6
		M.			N.	M.	T.

ESTACIONES.	CORREO.	MIXTO.	MIXTO.	MIXTO.	EXPRESS.	MIXTO.
	M.	M.			T.	N.
Irun.. salida..	7.30	11.05			2.30	7.35
San Sebastian.. llegada..	8.02	11.45			2.57	8.20
San Sebastian.. salida..	8.14	M.			3.07	N.
Alsásua..	11.35				5.53	
Miranda..	2.30		M.		8.05	
Búrgos..	5.50		4		10.35	
Valladolid.. llegada..	9.32		9.15	M.	1.35	
Valladolid.. salida..	9.52		M.	6.35	1.49	
Medina..	11.30			8.47	2.57	
Ávila..	3.05			1.35	5.47	
Escorial..	5.45			5.25	7.57	
Madrid..	7.30			7.35	9.20	
	M.			N.	M.	

Empalme de Venta de Baños á Santander.

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	CORREO.
		N.	
Madrid.. salida..		9.30	
Ávila.. salida..		2.03	
Medina..		4.55	N.
Valladolid.. salida..		6.40	7
Palencia.. llegada..		8.07	9.25
Palencia.. salida..		8.17	N.
Reinosa..	M.	1.32	
Bárcena.. salida..	5	3.32	
Santander.. llegada..	8.10	6	
	M.	T.	

ESTACIONES.	MIXTO.	CORREO.	MIXTO.
		M.	T.
Santander.. salida..		9	6
Bárcena.. llegada..		11.47	8.45
Bárcena.. salida..		11.55	N.
Reinosa..		2.30	
Palencia.. salida..	M.	8.35	
Valladolid.. llegada..	6.35	10.22	
Valladolid.. salida..	9.15	10.42	
Medina..	M.	12.40	
Ávila..		4.27	
Madrid..		8.40	
		M.	